

CORRAL

EL

TESASTRI

11893

B.U
3,867

H.A
11898



1205
Manuel Corral

80

¡EL DESASTRE!

ó

LOS ESPAÑOLES EN CUBA

Memorias de un voluntario



Precio: CUATRO REALES



BARCELONA

ALEJANDRO MARTÍNEZ, EDITOR

30, SAN PABLO, 30

1894

13.11-1-6-

Biblioteca Nacional de España

I E L D E S A S T R E I

MANUEL CORRAL

¡EL DESASTRE!

M E M O R I A S

de un voluntario en la campaña de Cuba



BARCELONA

ALEJANDRO MARTÍNEZ, EDITOR

30, SAN PABLO, 30

1899

«Tipografía Moderna», Aribáu, 60.—Barcelona.



ANTES DE EMPEZAR

Lector, si en el transcurso de esta obra esperas encontrar la descripción de grandes batallas, cierra el libro, no prosigas la lectura, pues no pienso describir esas hecatombes donde la humanidad se destroza con el auxilio de los progresos que diariamente pone la ciencia en manos del Arte de la Guerra. Es, á mi juicio, de asuntos de mucha mayor importancia de los que voy á ocuparme; de las miserias de la guerra, de los que han muerto sin combatir, de aquellos á quienes el hambre y las fatigas de la campaña, han ido acabando paulatinamente con su existencia, con más rapidez con que consumen la suya los viciosos en baquicas y lupanarescas orgías; en una palabra, voy á ocuparme del pobre soldado, de ese héroe anónimo que no tiene rival en el mundo para sufrir sin protestar, el hambre, la sed, la desnudez y cuantas calamidades ha arrojado sobre él la mala adminis-

tración española, ni hay quien le iguale en abnegación para sacrificar su vida en aras de la causa que defiende. Todas estas virtudes son causa de que el soldado español sea reconocido universalmente como el primero en el mundo. ¿Qué partido han sacado los que le mandaban de tan excelentes cualidades? En el transcurso de esta obra has de encontrar hechos que han de parecerle inverosímiles, y sin embargo, para vergüenza y baldón de España son ciertos. Verás que muchos jefes y generales han considerado al soldado como una masa ignorante dispuesta siempre á obedecer y á ejecutar con presteza cuanto se le exigiese. Han mirado con la mayor indiferencia y desprecio sus necesidades, sin preocuparse para nada, de sus hambres, de sus desnudeces, de sus miserias. Verás otros, que mostrándose solícitos para atenderle, lo han hecho solamente para beneficiarse con las ganancias que ciertas clases de contratas les reportaban. Verás también la deficiencia de los hospitales, pues ni aun en el lecho del dolor, pudo hallar el pobre soldado, ni descanso, ni consuelo, y sólo la muerte ha dado término á las calamidades que pesaban sobre él.

Nada de esto hubiese sucedido, si el ejército español no le compusieran en su casi totalidad las clases proletarias; si al lado del pobre campesino, estuviese el hijo del personaje político, del banquero, del comerciante, del industrial, de cualquiera de los favorecidos por la fortuna, de muy diferente manera se le hubiese tratado; no vería en él

una masa ignorante á la que se puede explotar o sacrificar impunemente, no lloraría la nación tantas víctimas, ni tantas vergüenzas. Hoy el luto se viste en los hogares pobres, en aquellos que no tuvieron 2,000 pesetas para salvar la vida del hijo que era causa de todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todas sus alegrías, y que como dice una copla popular, *se fué y no volvió*.

No todos los que fueron han perdido la vida ;pero cómo han vuelto! Allí donde el lector vea un hombre joven, sin color en el semblante, con ese tinte amarillento que dan á la piel el paludismo y la anemia, podrá decir sin miedo á equivocarse: *Ese es un repatriado*. Pero si al hogar del pobre nuestras guerras coloniales no han llevado más que lutos y miserias, en cambio, muchos se han enriquecido con inmensas explotaciones, sin importarles un ardite, ni remorderles la conciencia las víctimas que su inícuo proceder ha causado.

No es sólo un general, ni un coronel, ni una ni dos docenas de jefes y oficiales los que han faltado á su deber ó se han enriquecido en Cuba á costa de los intereses del soldado y de la Nación, son muchos, la cifra es espantosa. Si se analiza el proceder de todos los que han administrado fondos se verá que un gran número lo ha hecho sólo en beneficio suyo.

Si por un momento abandonamos el terreno administrativo, para ocuparnos de las recompensas puramente militares, de las concedidas por méritos de guerra, se verá que en gran número de casos

han sido otorgadas con tan notoria injusticia, que claramente se veía en la recompensa la mano del favoritismo.

Al regresar á España creía encontrar funcionando con grande actividad los consejos de guerra, esperaba ver á muchos procesados por ineptos ó ladrones, y exceptuando los procesos formados por la rendición de plazas... nada; todos habían sido unos cumplidos caballeros.

Tan grande fué mi sorpresa y mi indignación, presintiendo la impunidad en que iban á quedar tantos hechos dignos de castigo que pregunté á un capitán á quien había conocido en Cuba, persona dignísima bajo todos conceptos.

—¿Qué pensáis hacer con todos esos que han explotado al soldado?

Mi interlocutor después de sonreírse con amargura me respondió:—Nada.

—¿Es decir—insistí—que vais á dejar que el honor del ejército sea mancillado por los canallas que han envilecido el uniforme que visten, que á unos continuaréis teniéndoles por compañeros, y otros os seguirán mandando?

¿No pensáis extirpar de una vez toda esa podredumbre que se ha infiltrado en el organismo militar que lo corroe y desprestigia?

—Si los grandes, si los que pueden hacerlo y poner remedio á tanto mal, se están quietos, ¿qué vamos á hacer los pequeños?

No me dí por vencido ante esta contestación y firme en mi propósito cuando menos de arrancarle su parecer en esta cuestión, continué:

—No pensáis que el soldado, al regresar á su hogar, al verse libre de las trabas que le impedían manifestar públicamente cuantos han sido sus padecimientos, al referir las vicisitudes de la campaña, citará hechos y nombres, que muchos de estos han de ser malditos, despertarán la indignación del pueblo y de rechazo caerán sobre los buenos, las maldiciones lanzadas sobre los malos?

—Cierto, pero también el soldado, podrá decir que no todos los que le han mandado fueron malos para él. Lo mismo que yo, tú conoces jefes y oficiales muy dignos cuya probidad nadie puede poner en duda y que siempre han hecho cuanto les ha sido posible en beneficio de sus subordinados.

—Es verdad, pero no olvidéis que en una colectividad basta solamente con que unos cuantos de los que la componen sean indignos de pertenecer á ella para que el buen nombre de la misma sea puesto en entredicho.

—Repito lo que antes te he contestado. Los de abajo no podemos hacer nada.

Después de esta contestación, comprendí que era inútil seguir discutiendo y me separé de mi amigo, perdiendo la esperanza de que por ahora pueda hacerse justicia.

Mil veces me he preguntado las razones que existen para que los poderes públicos no pidan estrecha cuenta á todos aquellos que en diferentes sentidos han faltado á sus deberes en nuestras perdidas colonias, y nunca he podido hallar una respuesta que me satisfaga, ni atenué la causa de tan

punible tolerancia. Ciertamente que no se necesita ser muy lince para adivinarla: las inmoralidades no han nacido con la guerra, ésta no ha hecho más que ponerlas en relieve, y si en vez de vencidos hubiésemos resultado vencedores, nadie hubiese parado mientes en que en Cuba, en Filipinas y Puerto-Rico hubo ladrones y estoy seguro de que el mal continuaría subsistiendo tanto tiempo como durase nuestro dominio en las posesiones que hemos perdido; pero hay más, no son sólo los militares de poca ó mucha graduación los únicos responsables de tanta vergüenza; el elemento civil que ha desempeñado destinos en Ultramar tampoco está exento de culpa, y desde hace muchos años acostumbraban los políticos á dar destinos en Ultramar á sus paniaguados, no sólo con el fin de enriquecerles, sino también con el de hacer ellos su negocio.

¿Quién se atreverá á asegurar que la impunidad en que han quedado las irregularidades cometidas por los funcionarios civiles no han alentado á muchos militares á seguir el mismo camino?

¿Quién se atreverá á responder que en tan sucios asuntos no hay complicadas también altas personalidades de la política, las cuales ponen en juego toda su influencia para que no se esclarezca nunca cuanto sucedió?

Creo que nadie se atrevería á hacer semejantes afirmaciones.

Cuando tuve noticia de la formación de los primeros tribunales de honor, que dicho sea de

paso y sin intención de ofender á los que los constituyeron, ningún resultado práctico han producido hasta la fecha, creí que la actitud, por todos conceptos digna de aplauso de cierta parte del ejército, obligaría al Gobierno tomar cartas en el asunto, pero hasta la fecha, maldito si en esta cuestión ha hecho nada provechoso y lo que es peor, no lleva trazas de hacerlo.

Prometió revisar las hojas de servicio, y como consecuencia, desposeer de las recompensas mal adquiridas á cuantos las hubiesen obtenido, y efectivamente... no lo ha hecho y los *agraciados* continúan y continuarán chupándose las brevas que pudieron pescar.

Hace ya algunos meses que los cuerpos regresados de Cuba, dieron principio á la entrega de sus cajas (vacías) y documentación y aun no se tiene noticia de que se haya descubierto la más mínima irregularidad, y eso que según cuentan malas lenguas, debe haberlas de regular calibre; pero eso sí, parece que están hechas con mucha habilidad, y procurando siempre no caer en las redes del código de justicia.

En una palabra, son tantas y de tal magnitud las vergüenzas que se pondrían de manifiesto si los poderes públicos tuvieran en ello verdadero interés, que estoy seguro que el Ministerio de Gracia y Justicia tendría que pedir un crédito extraordinario, para edificar cárceles y presidios donde los culpables purgasen sus delitos, crédito que estaría compensado con creces con las bajas que forzosamente sufrirían otros presupuestos.

No hay temor que nada de esto se haga, parece que existe mucho interés en ocultar todo lo que se pueda, temiendo tal vez, que las emanaciones de tanta podredumbre como hay que revolver, acaben por asfixiarnos á todos. Desgraciadamente en España la Justicia ha muerto y para que no nos acordásemos de ella la enterraron con las leyes.





¡EL DESASTRE!

CAPITULO I

Mis primeras impresiones

Voy á concretarme á referir únicamente lo que he visto y en mi concepto sea digno de mención; si alguna vez hablo por referencia, lo haré en la plena seguridad de ser cierto cuanto digo, pues las personas que me han suministrado los datos ó referido el hecho me merecen la mayor confianza.

A poco de comenzada la campaña separatista, ya en los meses de Junio y Julio de 1895, la prensa española en general y en particular los periódicos de Madrid, dieron á la publicidad relatos que favorecían muy poco á la administración militar en Cuba, quejándose de lo mal atendido que estaba el soldado; á los pocos días los periódicos que mayores ataques habían dirigido al Gobierno, cambiaron de parecer y las censuras se convirtieron en aplausos, llegando éstos hasta el punto de decir que jamás ninguna nación del mundo había hecho una guerra

con tantos recursos ni atendido tanto al soldado como el español lo estaba en Cuba.

Además, las cartas de algunos corresponsales siempre terminaban diciendo que el soldado no carecía de nada, y como si esto no fuera suficiente, las Ilustraciones publicaban grabados, representando enfermerías dotadas (esto lo decían en la explicación del grabado) con cuanto se pudiera necesitar, *cómodos* barracones para alojar al soldado, librándole así de las enfermedades que el dormir al relente acarrea y otras mil cosas que después he visto no existían más que en algunos puntos de la isla, y que lejos de estar bien montadas lo estaban en pésimas condiciones. Así es, que cuando en Julio de 1896 llegué á la isla, esperaba encontrar un ejército bien organizado y mantenido. ¡Cuán grande fué mi desencanto!... Pero vamos por partes.

El León de la Trocha

Cupóme en suerte ser destinado á prestar mis servicios á la trocha de Mariel Majana, perteneciendo á una compañía provisional, que por ser de un batallón también provisional, formado en su casi totalidad por individuos de la recluta voluntaria, era, por decirlo así, la *centésima* del arma de infantería y el ojo malo de las pedradas que con sobrada frecuencia solía disparar el general Arolas sobre la guarnición de Artemisa. No sé por qué razón se dió en aquel tiempo en llamar al Excelen-

tísimo señor general de división don Juan Arolas y Esplugues, EL LEÓN DE LA TROCHA, yo le hubiera dado otro nombre en la plena seguridad que le hubiese cuadrado mejor; pero... volvamos á mi compañía.

Ocupaba en Artemisa la compañía provisional del Provisional de la Habana, que así se llamaba entonces el batallón, al frente de la plaza lindante con el Palmar de la Matilde; un barracón de piedra seca con techo de guanó, con dos camastros capaces, todo lo más, para cincuenta hombres, era el local que nos servía de alojamiento. Detrás de nosotros había una tapia aspillerada y delante unos garitones de pálma y piedra, que no servían para defender á los centinelas colocados en ellos de las balas enemigas ni resguardarle de la inelemencia del tiempo, y sólo sí para señalar á los insurrectos el sitio donde podían hacer blanco seguro. El garitón más próximo distaba del cuerpo de guardia más de 200 metros, la espesura del Palmar que tenían á su frente, en noches de obscuridad permitía al enemigo llegar al pie de los centinelas sin ser vistos; gracias á la extremada vigilancia que continuamente ejercía, y al valor y serenidad del soldado no lamentamos el asesinato de más de un centinela; pues repito, que en las malas condiciones que estaban colocados, le hubiera sido muy fácil al enemigo darles muerte.

Ignoro las razones que tendria para ello, pero si puedo asegurar que el general Arolas profesaba *entrañable* cariño á la compañía Provisional. La primera vez que pude convencerme de ello, fué oyéndole gritar como un energúmeno.

¡A ver el capitán de esa compañía de bandidos ó lo que sean, que se me presente en seguida!

¿Verdad, lector, que estas frases son muy hermosas en boca de un general y que por sí solas hacen su apología?...

Pues aun le he oído otras, que por respetos á tí no me atrevo á estampar en este libro.

Todo lo *bueno* lo guardaba el general Arolas para los soldados del Provisional. Por la mañana, después del toque de diana, se echaba mano de cuantos individuos se podía disponer, destinándose á unos á la construcción de trincheras; y otros, á la limpieza de las calles, porque eso sí, EL LEÓN DE LA TROCHA estaba atacado de monomanía de limpieza y no podía resistir que en las calles hubiese una broza; pobres espaldas del soldado que barriese mal y fuere visto por su Excelencia, inmediatamente descargaba sobre ellos una lluvia de garrotazos que se las convertían en cóncavo cardenalicio. ¡Ay, si la guerra se hubiese acabado maltratando á los soldados, los laureles del triunfo, nadie se los hubiese podido disputar al general Arolas!

Durante las horas de calor suspendíanse los trabajos para volverlos á reanudar á las dos de la tarde; á dicha hora, los de limpieza á barrer y los de fortificación á acarrear piedras, faena que no concluía hasta la hora del rancho de la tarde. Algún lector creerá que por estos trabajos extraordinarios recibirían los soldados gratificación. Nada de eso, lo único que solían ganarse de vez en cuando era algún estacazo, pues la orden del general Arolas era de que se tratase á palos á los *gandules* y *maulas* que no querían trabajar.

Después del rancho de la tarde se establecía el servicio nocturno. El frente de Palmar estaba vigilado por 16 centinelas, quedando igual número de individuos de cuarto vigilante; para montar este servicio casi nunca se disponía de más de

sesenta hombres, y por lo tanto rara era la noche que el soldado podía descansar más de tres horas y media consecutivas, y esto había de hacerlo con el corraje puesto y con el fusil al alcance de la mano; durante el día tampoco le era permitido bajo ningún concepto despojarse del corraje; pues así lo tenía dispuesto el general Arolas. ¡Figúrese el lector en qué estado tendrían la cintura los infelices que continuamente soportaban en ella un peso de 4,500 gramos! Pues la dotación de municiones de la compañía provisional era de 175 cartuchos; generalmente las fuerzas en operaciones no llevaban más que 150.

Alimentación

Gracias á los esfuerzos del capitán que entonces mandaba la compañía, la alimentación que se daba al soldado no era del todo mala, y conste que soy enemigo de alabar inmerecidamente á nadie. La primera dificultad con que había de luchar continuamente, dicho señor, para atender al suministro de la tropa era la falta de recursos. Para conseguir los víveres necesarios le precisaba antes solicitar de los dueños de los establecimientos se los facilitasen al fiado, cosa dicha sea de paso bastante fácil de obtener en aquel tiempo, pero la *generosidad* de los tenderos no resultaba muy conveniente para los soldados.

Cuando el encargado de hacer la compra se presentaba en

la tienda abastecedora con la papeleta, en la que se pedían los artículos, y el recibo de los mismos, comenzaba la lucha. Con la mayor tranquilidad poníase el tendero ó uno de sus dependientes á leer la papeleta.

«Garbanzos, tantas libras á 11 centavos libra, importa tanto.»

—No puede ser,—decía el tendero,—los garbanzos que yo tengo me es imposible venderlos á este precio.

Y cogiendo un puñado se los presentaba al comprador, agregando:

—Vé usted, son muy gordos, muy hermosos, marca tres coronas, de lo mejor que viene á Cuba, he de venderlos, por lo poco, á 13 centavos.

—Pero, señor mío, si usted le dijo al capitán que el precio de los garbanzos era de 11 centavos, ¿por qué me pide ahora 13?

—Porque éstos son mejores que aquéllos.

—Pues deme usted de los de 11.

—No tengo, se me han concluido.

—Si el ajuste fué ayer. ¿Cómo se le han acabado tan pronto!

—Porque los he vendido todos. Han venido á surtirse á mi tienda otros batallones que pagan bien, y como es natural, les sirvo de igual manera.

Como el lector comprenderá, esto no era más que un ardid de los muchos que emplean ciertos mercachilles para hacer su negocio, y lo que el tendero daba á entender con sus frases, era lo siguiente: «El que compra con recibo ha de tomar lo que le den.»

Las consecuencias las sufría el soldado, el cual comiendo los peores géneros que llegaban á Artemisa, los pagaba más caros que los demás cuerpos.

A fin de mes, el tendero canjeaba con el capitán de la compañía los recibos parciales por uno total. Tenía el batallón sus oficinas en la Habana y en dicho punto se pagaban los recibos. Como es lógico, para cobrarlos había que ir á la capital de la isla, y los gastos del viaje, ¿quién había de pagarlos?... Pues el pobre soldado, al cual y teniéndolos ya en cuenta, el tendero les cargaba sobre el precio corriente de los artículos que consumía.

A pesar de las onerosas condiciones con que por medio de recibo adquiría los géneros, la compañía del Provisional, llegó un tiempo que no hubo en Artemisa ni un solo tendero que quisiese suministrarla; la razón es muy sencilla. Con objeto de hacer efectivos los recibos los presentaban á la caja de Cuerpo y... lo único que sacaban en limpio, era que en caja no había dinero y que por entonces no se les podía pagar. Generalmente solían obtener la promesa más ó menos formal de que se les pagaría tan pronto como se cobrase una consignación, soliendo suceder que la consignación se hacía efectiva y tampoco se pagaban todas las deudas por suministro de víveres, pues el batallón Provisional había de atender también al pago de las contratas de ropas, que por aquel tiempo importaban mensualmente algunos miles de duros.

Lo único que no faltó ningún día al soldado, durante el tiempo que estuve en Artemisa, fué carne, si bien no puedo concretar en absoluto la forma en que se suministraba.

Otras gangas

Otra de las ventajas que disfrutábamos todos enantos pertenecíamos á la compañía Provisional, era la de cobrar nuestros haberes muy de tardé en tarde y éstos llegaban á nuestro poder tan desfigurados que les faltaba mucho para ser la cantidad asignada en presupuesto.

Habíamos llegado todos á acostumbrarnos á no cobrar, y nadie se acordaba de si el batallón tenía ó no habilitado. Los pobres soldados habían de valerse de mil artimañas para adquirir un pedazo de jabón con que lavar la ropa, y en muchas ocasiones tuvieron que vender el pan para comprarlo. Tabaco, rara era la vez que se veían dueños de una cajetilla de cigarros ó de un puñado de picadura, generalmente fumaban las colillas que recogían en las calles.

Es decir, que en plena Vuelta de Abajo, en el sitio donde aflucía todo el tabaco de la provincia de Pinar del Río, los soldados recogían colillas! En vano era que el capitán reclamase con los respetos que la ordenanza impone, recursos al jefe del batallón exponiéndole la espantosa crisis que el soldado atravesaba, la respuesta cuando se obtenía era siempre el fatídico

no hay, espere á otro mes, y así de uno en otro sucedíanse los meses y el dinero no llegaba.

Como quiera que el sargento debe mantenerse de su paga, con este motivo se dictó por la superioridad una orden-circular, en la cual se ordenaba á los jefes de los cuerpos que con preferencia al pago de cualquiera otra atención se abonasen á dicha clase las pagas por quincenas adelantadas, orden que nunca fué cumplida en el batallón Provisional de la Habana y en la mayoría de los demás batallones tampoco.

Cuando yo llegué á Artemisa, llamó mi atención que ninguno de los sargentos de la compañía me indicase la cantidad que diariamente debíamos pagar para nuestra manutención, se lo pregunté á uno de los compañeros que más confianza me inspiraba, el cual me repuso:

—No te preocupes de eso. Aquí comemos de balde, y si traes algún dinero guárdalo y no lo malgastes, pues ha de hacerse mucha falta para comprar tabaco. Las pagas las cobrarás tarde y mal.

—Aquí comemos... de lo que se compra para el soldado.

—Y el capitán de la compañía ¿lo sabe?

—Lo sabe y lo autoriza, pues de no ser así hace tiempo que nos hubiéramos muerto de hambre.

—Y el soldado ¿lo sabe también?

—¡Ya lo creo! Nadie ha tenido interés en ocultárselo.

—¿Es decir, que nosotros comemos robándole al soldado una parte de su alimento?

—Esa es la verdad, pero no temas que nadie te pida cuentas por ello, ni te sobrevenga responsabilidad alguna por un abuso que en España se castigaría con severidad. Aquí todo el

mundo vive como puede, nosotros vivimos así y no falta quien nos ayude, el soldado paga.

Como mi compañero hacía algunos meses pertenecía al batallón, le supliqué me explicase en qué forma se distribuían las pagas.

Ignoro con arreglo á qué disposiciones lo harán—me respondió,—pero en este asunto no hay criterio fijo, y cada jefe de cuerpo hace lo que estima más conveniente. Nosotros somos los más castigados. Como tú sabes nuestra paga es de 23 duros 90 centavos, por estar en operaciones nos corresponde un plus de seis duros mensuales, lo que hace un total de 29 duros 90 centavos; pues bien, cuando llega el momento de darte la paga te entregan 16 duros, si es que no tienes algún descuento particular, y asunto concluido, el resto ó sean 13 duros 90 centavos quedan en masita, hasta que completes con ellos un fondo líquido de 50 duros; pero, según lo que voy viendo, será hasta que San Juan baje el dedo.

—¿Y los premios y las cruces?

—Esos quedan también en masita. Tú y yo por tener derecho á un premio mensual de 4 pesos con 16 centavos dejamos en masita 18 duros con 6 centavos, cantidad mayor que la que percibimos.

—Esto es ignominioso. No conozco ninguna ley que autorice un descuento tan atroz con el sólo objeto de completar la masita.

Cuando me entreguen la paga, pienso hacerle presente al capitán de la compañía, para que á su vez lo haga al jefe del cuerpo, que no estoy conforme con sufrir un descuento tan excesivo.

—Te aconsejo no hagas semejante cosa, pues tendrías que arrepentirte de ello.

—¿Por qué razón? Nadie tiene derecho á negarme lo que me concede la ordenanza.

—Ríete de todo eso, aquí la ordenanza, en estos casos es letra muerta, y para que desistas de esa idea, te diré que el sargento X... (aquí un nombre que no creo conveniente citar) hizo la misma reclamación que tú. ¿Sabes lo que le sucedió?... pues le impusieron un mes de arresto por reclamación viciosa, y como es consiguiente, una nota en la filiación, quedando inutilizado para el ascenso.

—¿Por qué no acude á la superioridad en demanda de justicia? Yo en su caso lo haría.

—No adelantarias nada más que una cosa, la de ser mal visto de tus superiores, todos te pondrían la proa y al más mínimo desliz que cometieras, te mandarían por lo poco al batallón disciplinario, pues en lo que á castigos toca para nosotros mantienen el código militar en todo su vigor.

—Aquí no hay otro recurso más que el de callarse á todo y aguantar lo que venga.

—¿Y el soldado cómo cobra?

—Peor que nosotros; en lugar de 10 centavos diarios que en concepto de sobras le corresponden, percibe 5, el plus de campaña, las cruces y premios si les tienen quedan en mansita, de modo que mensualmente deja en fondo por lo poco 10 duros y medio. Los cabos no cobran de sus ventajas más que la mitad.....

—¿Y los jefes y oficiales?

—Esos cobran la paga, los pluses y si tienen cruz pensio-

nada también, aquí nadie sufre descuentos más que las clases de tropa.

—Entonces no me explico porqué se nos paga con tanto retraso.

—Por una razón muy sencilla, porque las cantidades que dejamos en masita, sirven también para dar las pagas á los jefes y oficiales, aunque no se haya percibido la consignación correspondiente al mes que se les entrega.

Estoy seguro que á estas fechas, gran número de los jefes y oficiales que residen en la Habana han cobrado la paga de este mes... para nosotros ni esperanza de cobrarla.

Para que veas lo bien atendida que está la compañía, no tienes más que fijarte en el botiquín, no hay ni un vendaje ni un mal medicamento, y eso que estamos al frente del enemigo, si un día hacemos una salida y nos tienen un soldado, además de no poderle curar, nos falta camilla en que conducirlo.

No hay ni un purgante ni un gramo de quinina, cuando un soldado se pone ligeramente indispuerto tiene que ir á la enfermería y gracias á que el médico es bueno y se compadece de ellos, alguna vez les facilita medicamentos.

El continuo trabajo á que están sujetos los soldados, la falta de un descanso seguido y las privaciones que sufren son causa de que diariamente aumente el número de enfermos. Hace veinte días la compañía podía disponer para el servicio de armas de 200 hombres, hoy no llegan á 100 y con ellos hay que cubrir el servicio del Palmar y la guarnición de 8 fortines.

Cuanto referido ocurría en Julio y Agosto del 96, después como el lector verá han sucedido cosas más graves.

Indagaciones

No satisfaciéndome por completo las explicaciones de mis compañeros, pues no podía comprender que fuerzas pertenecientes á un mismo ejército y por lo tanto sujetas á idéntico régimen obrasen de diferente modo, me propuse averiguar particularmente lo que hubiere de verdad en dicho asunto. No tardé en convencerme era cierto cuanto me habían dicho. El batallón de San Quintín, 7.º Peninsular, era el mejor pagado de cuantos operaban en aquel tiempo en la Trocha, el soldado no solamente percibió sus sobras completas, ó sea á razón de diez centavos diarios, sino también el plus de campaña, lo cual llenaba de asombro á los individuos de los demás cuerpos que aun no habían logrado que de dicha gratificación llegase un céntimo á sus manos, y como complemento de dichos abonos recibía también en mano los soldados la bonificación de oro; y cito este detalle por que á mi juicio es de suma importancia. En Cuba el valor del centén ó sea de la moneda de oro de cinco duros, tenía entonces un valor legal de cinco pesos, treinta centavos, como para vez al soldado le correspondía cobrar el valor completo de una moneda, resultaba de aquí que los pagos

se verificaban en plata, Con el beneficio de oro, se formaba una especie de fondo particular, cosa que dicho sea de paso, no autoriza el reglamento de contabilidad, y una vez reunida una cantidad algo respetable, se compraban prendas que después se distribuían entre los soldados. No diré que en la citada adquisición se cometiesen irregularidades, pero sí puedo afirmar que dieron origen á muchas murmuraciones, pues se disponía caprichosamente del dinero del soldado sin consultar para nada la voluntad del mismo.

Otro de los batallones que operaban en la Trocha era el de Asturias y en él se pagaban las sobras al soldado á razón de cinco centavos diarios, los pluses quedaban en masita, por cierto que en esta época tenía dicho batallón sus oficinas en Sancti-Espíritus, y según me refirieron, el pundonoroso general Sr. Giménez Castellanos tuvo que corregir ciertas deficiencias que notó en la parte administrativa.

En los batallones de Garellano y San Marcial se pagaban las sobras al soldado á razón de 10 centavos diarios, sin abonar tampoco el plus de campaña, y esto se hacía por decenas vencidas en el primero ó por días alternos en el segundo.

Cito estos detalles á título de curiosidad y para que el lector comprenda el desbarajuste que ha reinado en la cuestión administrativa en la isla de Cuba, desde los comienzos de la campaña.

Se rompe la Trocha

No puede negarse que el servicio de vigilancia en la Trocha era bastante activo, lo cual no quiere decir fuese todo lo completo que debía ser, tratándose de un enemigo que fiaba más el éxito de sus operaciones en la astucia, que en la fuerza de las armas. Las guarniciones de los fuertes que defendían la línea tenían, como ya se ha dicho, orden de no quitarse el corraje ni de día ni de noche. Desde el toque de oración debían permanecer en pie las dos terceras partes de la fuerza, y en las noches que se esperaba que el enemigo atacase la línea toda la fuerza debía permanecer con las armas en la mano apostada en las aspilleras, pronta á repeler cualquier ataque. Terminado el servicio nocturno, en lugar de entregarse al descanso se dedicaban los soldados á la limpieza del fuerte y sus inmediaciones, teniendo mucho cuidado que no hubiese ni una broza ni creciese una mala yerba. Como la fortificación era bastante defectuosa y los fuertes amenazaban derrumbarse, sus defensores tenían que dedicarse á reconstruirlos de nuevo. Tanta fatiga como el servicio de vigilancia y los trabajos de fortificación ocasionaban, eran muy pocos los que podían soportar-

las sin graves quebrantos de su naturaleza, por lo tanto no debe extrañarse el lector que el contingente de enfermos de la Trocha bastase por sí solo para llenar los hospitales de la Habana y Santiago de las Vegas, los mayores ¡y mejor montados que entonces existían en la isla.

Otra de las monomanías del general Arolas era la de obligar á todo el mundo á que llevasen los pantalones ceñidos al tobillo por medio de una correa; ignoro las ventajas estratégicas de esta disposición, ni las batallas que se pueden ganar sólo por llevar los pantalones atados, pero sí aseguro que la orden se cumplía al pie de la letra, y puedo citar varios casos en que algunos soldados fueron castigados, imponiéndoles penas que el código militar prohíbe, por el solo *delito* de no llevar los pantalones atados, sin que les valiese para nada justificar que tenían úlceras ó escoriaciones en las piernas y la presión de las correas les servía de continuo martirio.

Otro de los castigos que frecuentemente imponía el citado general, era el de barrer las calles; la más mínima falta cometida por un soldado, bastaba al *León de la Trocha* para mandarle, por lo poco, arrestado al principal por 15 ó 20 días, y como consecuencia del arresto tenía que barrer las calles. Más de una vez he visto con la escoba en la mano, cabos y hasta sargentos. ¿Es posible—me he preguntado—que el general en jefe ignore todo esto? No; pues los hechos son tan públicos que no hay en la Isla quien no conozca el despotismo del general Arolas. ¿Entonces, por qué no se le impone un correctivo, por qué al menos no se le hace entender que su elevada posición militar no le autoriza para ser el tirano de sus subordinados?

Pues bien, tanta tiranía, no sirvió al general Arolas para nada absolutamente en el buen desempeño de la misión que se le había confiado. Una noche del mes de Agosto, el negro Quintín Banderas, rompió la Trocha seguido únicamente de un reducidísimo número de sus parciales.

¡Ah, señor Arolas! Si la severidad empleada por V. E. en mortificar al soldado inútilmente, la hubiese empleado en aguzar el ingenio para que un enemigo astuto no se burlase de sus *habilísimas* combinaciones estratégicas, estoy seguro que ni Quintín Banderas ni ningún otro cabecilla hubiese podido romper la Trocha, pues le sobraban elementos de defensa y fuerzas para guarnecerla.

Desde aquel día, el prestigio militar del general Arolas decayó tanto, que los soldados decían de él: «El León ha perdido las uñas y los dientes, ya no le quedan más que los pulmones.»

Por mi parte no pongo en duda el valor personal del general Arolas; le oído decir á muchos que era un valiente, pero en cuanto á su talento militar, la verdad, no me satisface, y como estratégico era una segunda edición del célebre general Cuesta, tantas veces derrotado en la guerra de la Independencia.

Estas fueron las primeras impresiones que recibí á mi llegada á la isla de Cuba, y como el lector comprenderá, el efecto que me produjeron fué altamente detestable.

Para terminar este capítulo, sólo me falta decir, que, tantos sufrimientos y privaciones las soportó el soldado sin formular quejas que pudieran traducirse en falta de subordinación. Cierto es que hubo murmuraciones, pero eran tan ocultas y de tan poca importancia que los jefes no tuvieron necesidad de intervenir para corregirlas.

II

La Cabaña

No voy á ocuparme de la descripción en concreto de esta fortaleza, cosa que en la actualidad creo perfectamente inútil; pero sí á relatar cuanto en ella sucedía y yo presencié durante los días que me fué forzoso permanecer en la misma.

Bajo el punto de vista estratégico el castillo de la Cabaña no defiende ni el puerto ni la capital de la Isla; estaba artillado con piezas de bronce que hace cien años podrian ser la última palabra del progreso balístico, pero que en la actualidad no servían más que de estorbo y para hacer salvas los días de fiesta nacional, el castillo de la Cabaña se construyó para impedir que en el caso de desembarco, un ejército sitiador pudiese dominar con sus baterías las del castillo del Morro y se reprodujesen sucesos como el acaecido en época de Carlos III cuando los ingleses se apoderaron de la fortaleza citada, única que entonces defendía la entrada del puerto.

Tiene el castillo de la Cabaña un crecido número de almacenes y dormitorios contruidos á prueba de bomba, los cuales no reciben más ventilación ni luz que la que penetra por las

puertas, por lo tanto las condiciones higiénicas de dichos locales son completamente nulas; en ellos tenían sus alojamientos la primera y segunda compañía del provisional de la Habana, cuya misión era en aquel tiempo la de recibir los contingentes que en cada correo llegaban de la Península, los cuales no bajaban cada vez de 600 hombres, procedentes en su casi totalidad de la recluta voluntaria. No solían ser en conjunto estos individuos gente dócil y amiga de obedecer, antes al contrario, su carácter levantisco, y el afán en muchos de ellos de hartarse de caña, daban margen á escenas poco edificantes; pero si los jefes para contener los desmanes de los voluntarios habían de apelar á medios demasiado enérgicos, por su parte, tampoco hacían nada práctico para conducir á los reclutas por buen camino, evitando el empleo de medios violentos que la ordenanza y la dignidad del hombre reprueban en absoluto.

Con regularidad matemática, llegaban á la Habana los vapores correos procedentes de la Península y con ellos el contingente de reclutas; desde el día anterior los jefes y oficiales del batallón provisional de la Habana tomaban sus precauciones para recibirlos; consistían éstas en mandar á la playa del Chivo, situada en las inmediaciones del Morro, un par de soldados por compañía, con encargo de cortar unos cuantos haces de varas, de las que según frase de un capitán, se pegasen mejor á las costillas. Una vez llegado el vapor, iba una comisión de clases y oficiales, á los muelles del carbón, que era el sitio designado para el desembarco á hacerse cargo de los reclutas; desde allí eran conducidos al castillo del Morro, donde sin permitirles penetrar en la fortaleza, se les formaba en la rampa que desde la puerta principal de la misma conduce al

embarcadero. En dicho punto estaban las comisiones de las distintas armas encargadas de recibir los contingentes que se las destinasen. Al aire libre, se colocaba una mesa, en sitio donde los rayos del sol no molestasen á los escribientes, pero sin cuidarse para nada de que cayesen ó no de plano sobre los reclutas, dando comienzo á las formalidades de entrega, la cual consistía en llamar á los soldados por su nombre y primer apellido, y responder éstos con el segundo. Si durante esta operación algún individuo no estaba bien alineado, no respondía con prontitud cuando le llamaban, ó mantenía conversaciones con sus compañeros, sin tener en cuenta que aquella gente ignoraban en su casi totalidad los severos preceptos militares, no faltaba alguna clase, que tratase de enseñárselos á estacazos, y en esta parte no hay que culpar sólo á los cabos y sargentos, pues eran los jefes y oficiales quienes les daban el ejemplo. Tanta severidad, según pude ver, no servía más que para una cosa, para que unos cuantos vendedores autorizados cobrasen al soldado un real por un vaso de agua.

Terminada la recepción, los reclutas que en su casi totalidad eran destinados al arma de infantería, pasaban al castiño de la Cabaña, quedando á cargo de la primera y segunda compañía del provisional de la Habana. Los locales destinados para su alojamiento eran los dormitorios construídos á prueba de bomba; como he dicho, carecían de ventilación, el hacinamiento de gente hacía que en ellos se respirase una atmósfera tan densa, que era imposible soportarla, y no obstante se le obligaba á permanecer en ellos muchas horas, sin permitirles salir á la plaza de armas del Castillo. La administración militar, ni los jefes del batallón hicieron nunca nada en beneficio

de los reclutas, en los dormitorios no había ni un catre, ni un asiento, donde pudiese descansar el soldado; la primer noche que dormían en la fortaleza habían de hacerlo en el suelo y sin más abrigo que una manta, y esos únicamente los que la recibieron en la Península y habían podido conservarla, pues debo advertir, era costumbre obligar á los reclutas tirasen cuanta ropa llevaban, de modo, que aquellos que en el banderín de enganche recibieron en la metrópoli las prendas correspondientes á la llamada primera puesta, quedaban al llegar á la Isla en absoluto despojados de ellas, recibiendo en cambio, pero con cargo á su marmita, un traje de rayadillo, muda interior, manta, hamaca, zapatos, y algunas prendas de escasa utilidad.

Una vez dueños de la hamaca, los soldados hubiesen podido dormir en mejores condiciones, al tener donde colgarlas, pero es el caso, que en los dormitorios no había ni anillas ni perchas donde amarrar las cuerdas del lecho característico de los países tropicales, por esta razón, la inmensa mayoría de los soldados continuaban durmiendo en el suelo.

La prensa española en general se ha ocupado en la forma en que algunos contratistas han hecho crecidos negocios enganchando unas veces á infelices y á gente maleante otras, con destino al ejército de Ultramar. Con arreglo á las disposiciones dictadas en Mayo del 95 por el general Azcárraga, podían engancharse voluntariamente aquellos que no excediesen de los 40 años de edad, pues bien, yo he visto llegar muchos hombres que excedían de los 60, completamente inútiles, no sólo para soportar la vida de campaña, sino también la de guarnición, esos viejos han sido destinados á los batallones y al me-

nos, que yo sepa, no ha habido ningún jefe de cuerpo que protestase de que se destinase al suyo gente valetudinaria. Así es, que en los banderines podían continuar cometiendo abusos que fueron descubriéndose poco á poco, y en una pequeña parte.

Pero no era solamente gente valetudinaria la que enviaban á Cuba, iban también inútiles cuya imposibilidad física era tan visible, que no hacía falta ser médico para conocerla: he visto herniados, cojos, mancos, armáticos, tísicos y hasta ciegos. En una de las expediciones llegadas á fines de Agosto del 96 vino un soldado que á consecuencia de enfermedad sífilítica tenía los pies y las piernas completamente plagados de úlceras, algunas tan profundas, que dejaban al descubierto el hueso ya cariado, pues bien, muchos de estos hombres eran inmediatamente destinados á los batallones en campaña, y como es lógico no pudiendo prestar ningún servicio ingresaban en los hospitales. Tan crecido fué el número de inútiles, procedentes de la recluta voluntaria ingresados en los hospitales, que el director del de la Habana, lo puso en conocimiento del general en jefe, quien ordenó que en lo sucesivo, los voluntarios que llegasen á la isla sufrieran un detenido reconocimiento facultativo, el cual dió origen á que á fines del año 96, se formase proceso á algunos jefes, oficiales y médicos de los banderines de enganche.

Cito estos casos, para demostrar que no sólo ha sido en Cuba donde se ha considerado al soldado como artículo explotable, sino que ya en algunos banderines de enganche se comerciaba con él descaradamente.

Poco era el tiempo que los voluntarios permanecían en la

Cabaña, y durante él, se procuraba darles siquiera alguna noticia de la instrucción del recluta: á este propósito voy á referir uno de los muchos casos que sucedieron. Formóse un pelotón de reclutas y un oficial destinó un sargento para que les instruyese; procedía éste del arma de caballería, é ignoraba en absoluto el reglamento táctico de infantería. Muy respetuosamente se acercó al oficial y le dijo:

—Mi teniente, me es imposible obedecerle á usted.

Miróle el oficial con enojo creyendo que trataba de burlarse de él y le repuso con sequedad.

—Por qué razón?

—Porque mal puedo enseñar lo que yo no sé. He pertenecido siempre al arma de caballería, y aunque así lo he hecho presente al jefe de la comisión receptora, no ha querido escucharme y me ha destinado á infantería.

El oficial se encogió de hombros como dando á entender que él nada podía hacer en aquel asunto, y respondió con sequedad.

—Enseña Vd. lo que sepa.

El sargento, que por lo visto no era de los cortos de genio, púsose al frente de su pelotón y después de hacerle numerar por grupos de á cuatro gritó:

—¡Por divisiones de á cuatro á la derecha... Marchen!

Al oír esta voz de mando algunos oficiales se acercaron al sargento y uno de ellos creyendo lo hacía en son de broma, le reprendió con aclitud.

—Mi capitán, enseñe lo que sé, nada más, repito que pertenezco al arma de caballería—respondió el sargento.

Esta escena dió lugar á que los oficiales, entre sí, murmu-

rasen un poco sobre la poca escrupulosidad y menos cuidado con que se hacía la distribución de los contingentes, todos convenían era en extremo defectuosa, pero á nadie se le ocurrió tratar de remediarla.

Además, como ya he dicho, no era este el primer caso, en una compañía del provisional de la Habana, de los cuatro sargentos que tenía presentes, tres procedían de artillería montada y... hasta un cabo de mar he visto destinado al batallón de Mallorca.

Hoy, el sargento á que me refiero, cuyo nombre no cito por no hacer al caso, sé que es oficial de la escala de reserva de infantería; supongo que no habrá tenido tiempo de aprender la táctica de esta arma.

Al embarcar los reclutas en la Península creían de buena fe que á su llegada á la Habana, percibirían por lo poco los haberes devengados durante los días de navegación. ¡Infelices! pronto se convencieron de lo erróneo de su creencia, pues en el batallón provisional de la Habana, era costumbre no entregar ni un sólo céntimo á los que, en expectación de destino pertenecían á él.

Parece que molestaba á alguien que los soldados pudieran pasear por las calles de la Habana, y con este motivo se dió orden terminante de no permitirles la salida del castillo de la Cabaña, los que, por razón del destino que ejercían, les era indispensable hacerlo, se hallaban provistos de un pase autorizándoles la salida; esta orden dió margen á que se cometieran bastantes abusos. Muchos de los soldados que llegaban de España, tenían asunto que ventilar en la población ó deseaban verla; como no era fácil burlar la vigilancia de los centinelas,

poníanse de acuerdo con algún asistente, el cual, mediante una cantidad estipulada les prestaba su pase de salida; en más de una ocasión sobornaron también á algún comandante de guardia.

La forzosa permanencia de los soldados en el castillo, producía grandes beneficios al cantinero del mismo, pues aprovechándose de la circunstancia de ser único vendedor expendía el género más caro y de peor condición que cualquiera de los establecimientos de la ciudad. Le he visto cobrar á un soldado por un almuerzo compuesto de un par de huevos, bisteck, pan, vino y un poco de dulce de guayaba siete pesetas, cuando en cualquiera de las cantinas inmediatas al castillo, en aquel tiempo no hubiera costado más de dos.

Decíase que el contratista de la cantina había de abonar diariamente á cierta autoridad dos centavos por plaza. ¿Sabe algo de esto el general Oliver entonces gobernador del castillo de la Cabaña?

Ya que he citado á este general me parece oportuno hacer constar que á semejanza del *León de la Trocha* se hallaba igualmente atacado de la monomanía de limpieza si bien no se hizo extensiva á los soldados de las llamadas compañías de convalecientes, de las cuales me ocuparé después. Comenzó el general Oliver por mandar allanar la plaza de armas del castillo, contruir en la misma caminos cómodos que condujesen á su pabellón, plantar árboles en las inmediaciones del mismo convirtiendo la plazoleta en jardín, en una palabra, ejecutando cuantas obras tuvo por conveniente mandar hacer para recreo y comodidad de su persona.

Ignoro en concreto de donde saldrían los fondos para sufragar estos gastos y no censurarían las obras si en ellas no se hu-

biese obligado á trabajar á los infelices de la compañía de convalecientes.

Eran estos soldados á quienes las fatigas de la campaña habían hecho perder la salud; enviados á los hospitales de la Habana, á causa del gran número de enfermos que continuamente afluían, no pudiendo permanecer en ellos hasta su completo restablecimiento se les daba de alta con la nota de que pasasen á convalecientes. Una vez incorporados á las compañías se les alejaba en los dormitorios que ya he citado, existían en ellos catres pero en tan escaso número que parece que más se tenían para cubrir el expediente, que para comodidad del soldado, el rancho que se les suministraba era bastante aceptable, el pan de buena calidad, pero en lugar de encontrar descanso del que se hallaban tan necesitados para reponer su quebrantada salud se les empleaba en fatigosos trabajos corporales. El servicio de armas era en su casi totalidad cubierto por ellos y le prestaban en tan tristes condiciones, que causaba verdadero dolor ver á un hombre con el semblante amarillento por los estragos de la fiebre, el cuerpo huesoso y en las piernas frescos vestigios de grande ulceración, con el fusil en la mano puesto de centinela; como su estado de debilidad no le permitía permanecer á pie firme dos horas consecutivas, llamaba al cabo de guardia para hacérselo presente. Nada más fácil que poner otro individuo en su lugar, pero esto era imposible, si el centinela se encontraba en mal estado, no se hallaban en mejor los demás individuos, por lo tanto no quedaba otro recurso al comandante de la guardia más que el de permitir á los centinelas que se sentasen, cosa prohibida en las ordenanzas y severamente castigada.

¿Creerá el lector que la situación de estos infelices inspiraba compasión á sus jefes?...

Por lo que atañe al general Oliver, puedo asegurar que no, pues al menos, nunca lo puso de manifiesto en ninguno de sus actos. A este propósito voy á citar un caso.

A fines de 1896 me encontraba yo de guardia en la puerta que desde la Cabaña conduce al embarcadero del castillo del Morro; componían la guardia ocho soldados convalecientes y un músico de tercera con carácter de cabo interino. Antes de montar el servicio, cumpliendo los preceptos de la ordenanza, pasé revista á los soldados, viéndoles á todos ellos en malísimo estado de salud. Hice presente al ayudante de plaza que no podía responder del buen cumplimiento del servicio que se me confiaba, no teniendo á mis órdenes hombres útiles para ello.

El oficial miróme sorprendido por mi respetuosa protesta y con sequedad autoritaria me contestó:

—Vaya usted donde le mandan y déjese de tonterías.

Comprendiendo que con insistir no adelantaría otra cosa que ponerme en evidencia, corriendo además peligro de que arbitrariamente me impusiesen un castigo, guardé silencio, resignándome á entrar de guardia con hombres completamente inútiles para todo servicio.

Al montarles, les tocó de centinela á dos soldados de los que en peor estado de salud se encontraban. Uno de ellos, el de la puerta del castillo, tenía las piernas horriblemente hinchadas y llenas de úlceras cubiertas con una capa de polvos de iodoformo, para impedir que el roce de los pantalones le molestase en las heridas, los llevaba arremangados hasta la rodilla

dejando así al descubierto unas piernas que producían asco y lástima, tuve que permitirle hiciese el servicio sentado.

Como á la hora de entrar de guardia el centinela dió la voz de ¡Guardia, á formar!

Era el general Oliver que regresaba al castillo después de haberse dado el baño cotidiano. Dile el parte de no ocurrir novedad, haciéndole de paso presente, que en vista del mal estado de salud de los soldados les permitía se sentasen estando de centinela.

—Está bien—me respondió.—Mande usted á los francos de servicio que busquen una guataca y arranquen la hierba que hay alrededor de la puerta de entrada.

Sin darme tiempo á que pudiese hacerle la más mínima observación se dirigió tranquilamente á sus pabellones, por mi parte no cumplí la orden viendo la imposibilidad física en que los soldados se hallaban para ejecutar cualquier trabajo corporal.

Otra de las calamidades que pesaban sobre ellos, era la falta de ropa, la mayoría ingresaron en el hospital sin más traje que el que llevaban en operaciones, es decir, en lamentable estado, los más curiosos pasábanse el día remendando pantalones y guayaberas, que más que prendas de uniforme, parecían cribas de garbanzos; de calzado no estaban mejor que de ropa, y era frecuente ver á algunos con los pies en el suelo y á otros llevar un zapato y una alpargata.

Era inútil que estos infelices pidiesen ropa ó calzado; se les contestaba que no había, ó que ya lo recibirían cuando se incorporasen á sus cuerpos.

¿Ahora dígame el lector, si con este trato podían reponerse los convalecientes?

Este mal y otros muchos que iré citando lo conocía todo el mundo, ¿por qué razón no se puso remedio?

La única medida dictada por el general Oliver en beneficio del soldado, fué sobre los ranchos, y me creo en el deber de confesar que produjo muy buenos resultados, cortando, al menos en gran parte, ciertos abusos que se venían cometiendo.

En el momento que el rancho iba á ser distribuído, si el general no se presentaba personalmente á examinarle, cada compañía estaba obligada á mandarle una porción de su rancho para que lo examinase, y me consta que más de una vez ha reprendido á los encargados del suministro por encontrar el rancho mal condimentado ó los géneros de mala calidad.

III

Las guerrillas

Desde los comienzos de la guerra la falta de tropas regulares obligó al general en jefe á organizar guerrillas locales compuestas en su casi totalidad de españoles residentes en la isla y de criollos de reconocido amor á España. No puede negarse que estas guerrillas bien organizadas, y teniendo á su frente jefes de reconocido valor y probidad, hubiesen podido prestar muchos y muy buenos servicios, pues sobre los batallones que llegaban de la península reunían las ventajas de ser gente aclimatada, y no sólo conocedora de la región donde operaban, sino también del carácter é ideas políticas de sus habitantes.

La organización de las guerrillas, como más adelante demostraré, no fué hecha con acierto, fué, por decirlo así, un levantamiento en masa del elemento español en frente de la revolución separatista, y si no produjo los buenos resultados que prometía, fué por torpeza y tacañería de los gobiernos, y además, por la ineptitud de muchos de los jefes que las mandaron.

Gran número de los encargados de organizar las guerrillas, no procuraban otra cosa más que reunir gente, sin preocu-

parse para nada del carácter y condiciones de los individuos que reclutaban, así resultó que los mejores confidentes de los insurrectos militaban al lado de sus más encarnizados enemigos.

El voluntario que se filiaba en una guerrilla, había de presentarse con caballo, equipo y machete, pues el Estado no le facilitaba más armamento que una tercerola remington, no siempre en buen estado y la dotación de municiones correspondiente.

Hallar caballo y equipo, era cosa fácil en los principios de la campaña, pues sabido es, que en Cuba, el ganado caballar abundaba extraordinariamente y para el campesino el caballo era artículo de primera necesidad, además, si alguno de los que trataban de filiarse en cualquier guerrilla, carecía de ellos no faltaba quien se los proporcionase, pues en honor á la verdad debo manifestar que nunca fueron muy escrupulosos los guerrilleros en respetar la propiedad ajena.

Al constituirse una guerrilla movilizada, por regla general, se las destinaba á operar en la zona donde se habían organizado, siendo su principal misión la defensa de los poblados y reconocimiento de sus inmediaciones, cuando operaban con fuerzas del ejército servían de prácticos y flanqueadores de las columnas.

Si bien al organizarse las guerrillas, se dictó una orden mandando que las plazas de oficiales de las mismas habían de ser desempeñadas por sargentos licenciados del ejército, dicha orden no tuvo efecto en la mayoría de los casos, y las plazas de capitanes y tenientes se confiaron á gente allegadiza, completamente desconocedora de la táctica y organización militar;

muchos agentes de policía pasaron de golpe y porrazo á ser capitanes de guerrilla; multitud de comerciantes tronados abandonaron sus establecimientos para lucir divisas militares, en una palabra, para desempeñar estos cargos no se tuvo en cuenta para nada los méritos del agraciado, dándose las plazas á aquellos que mayor influencia tenían.

Desde los comienzos de la campaña, la opinión pública acusó á los guerrilleros movilizados de ladrones y de cometer multitud de atropellos. No puede negarse la certeza de estas acusaciones en gran número de casos; y antes de efectuarse la reconcentración los guerrilleros saqueaban las casas de los campesinos siempre que para ello se le presentaba ocasión oportuna. Si alguien que no fuese autoridad militar les censuraba por el crecido número de atropellos que cometían contestaban como única disculpa, que el Gobierno hacía tantos ó cuantos meses que no les satisfacía sus haberes, y que, por lo tanto, les era forzoso *buscar algo* con que mantener sus familias.

Mientras en los campos de Cuba hubo algo que coger, no faltaron nunca guerrilleros, pero cuando el país quedó completamente esquilado, cuando fuera de las poblaciones no hubo una casa que no fuera pasto de las llamas, y en los potreros desapareció la última reses, desaparecieron también de las guerrillas gran número de movilizados que alardeaban de ser defensores entusiastas de la causa española, y entonces fué cuando entró la verdadera desorganización de las guerrillas, pues para cubrir el considerable número de bajas que diariamente ocurrían en ellas, fué forzoso á los jefes admitir á cuantos individuos se presentaban. Eran éstos, por regla general, campesinos á quienes la reconcentración había privado de sus

habituales medios de subsistencia, y por no perecer de hambre se afiliaban á la causa española; pero siéndoles más simpática la bandera insurrecta que la gualda y roja, muchos de ellos desertaban de nuestras filas, llevándose al pasar á la insurrección, armamentos, caballos y equipo.

Por regla general no pecaban de escrupulosos los administradores de las guerrillas, y no han sido pocos los que á su costa se han enriquecido. En esta cuestión son tan públicos los abusos que se cometieron, que no creo haya quien se atreva á ponerlos en duda. Como prueba de ello citaré lo siguiente:

Un año antes de finalizar la campaña hallábame acantonado en la finca «Alegria,» antiguo sanatorio, situado en el término de Caunan, y en una pared exterior de la casa y en letras bastante grandes, leí lo siguiente:

«Lo que se necesita hoy para organizar una guerrilla:

»Un capitán que no tenga vergüenza y sea muy ladrón, no importa que no sepa una palabra de milicia.

»Tres ó cuatro tenientes tan ladrones como el capitán, pero que sean buenos monteros y enlaenen cuantas reses encuentren.

»Cuatro sargentos que chillen mucho y no defiendan nunca los derechos de los individuos.

»Diez cabos que tengan buenos puños y repartan muchas bofetadas, y ciento veinte guerrilleros que tengan paciencia para sufrir todo lo que con ellos quiera hacerse.»

Después de esto, creo que el lector podrá formarse un juicio aproximado de la mala organización é inmoralidad que reinaba en las guerrillas movilizadas.

No negaré que las hubo que prestaran muchos y muy buenos servicios, que entre los oficiales movilizadas no faltaron

quienes dieran repetidas pruebas de valor y acendrado patriotismo, pero los buenos no fueron siempre los mejor recompensados y atendidos por los jefes superiores de la isla, y por esta causa muchos de ellos abandonaron los puestos que ocupaban cansados de ver que sus méritos de nada les servían y que el favoritismo imperante les iba poco á poco postergando.

Guerrillas de ejército

Desde hacía muchísimos años en el ejército de Cuba las unidades orgánicas del arma de infantería tenían afectas una guerrilla montada cuya organización numérica se hizo siempre con arreglo á las necesidades del presupuesto. En tiempo de paz la misión de las guerrillas era en primer término perseguir las partidas de bandoleros que con sobrada frecuencia infestaban el país. Las guerrillas percibían un haber superior en seis duros al de los demás soldados, haber que se les asignaba, teniendo en cuenta la mayor fatiga que habían de reportar, y el continuo riesgo de perder la vida, pues la clase de servicio que desempeñaban les exponía á perecer en una de las emboscadas á que tan aficionados se mostraron siempre los bandidos y los insurrectos. Cuando en Febrero de 1894 estalló la guerra separatista, la fuerza de las guerrillas se aumentó á cien plazas montadas, los nueve primeros batallones que de España llega-

ron á reforzar el ejército de la isla, también tuvieron su guerrilla montada y equipada á costa del Estado, disfrutando los guerrilleros del mismo haber que los del ejército de Cuba, igual beneficio se otorgó á los batallones de cazadores provisionales de Puerto Rico y á los de infantería de Marina.

Las necesidades de la campaña obligaron al Gobierno español á reforzar el ejército de operaciones, con diez batallones de cazadores y cincuenta y seis de línea, á ninguno de los cuales se autorizó para que organizasen guerrillas montadas con arreglo á las disposiciones reglamentarias, pero sí se les autorizó para que montasen cierto número de individuos, debiendo el cuerpo buscar los caballos, mantenerles á su costa, y pagar los equipos. Las pocas guerrillas de esta índole que existían, formaban el conjunto más abigarrado que el lector puede imaginarse, no había dos monturas del mismo modelo, y muchos guerrilleros no tenían otro equipo que una manta; faltos de tercerolas habían de hacer uso del fusil, y éste sabido es lo difícil que se hace su manejo á caballo.

Constituyendo estas fuerzas montadas por su defectuosa organización una carga pesada para los cuerpos que las crearon, palatinamente fueron desapareciendo, resignándose los jefes de columna, que generalmente lo eran los de los batallones, á operar, teniendo á sus órdenes caballería movilizada, pues debo advertir que la regular se reducía á dos regimientos y veintiocho escuadrones reconcentrados en su casi totalidad en 1896 en la provincia de Pinar del Río.

La desconfianza que á muchos jefes de cuerpo inspiraban los movilizados y la necesidad que sentían los batallones de tener fuerza propia montada, hizo que de nuevo volviese á

plantearse la cuestión de su organización, y los jefes de los cuerpos de ejército fueron autorizando á los de los batallones para que organizaran guerrillas, sin que en este asunto prestase un criterio fijo y equitativo.

En primer término al concedérsele á un cuerpo permiso para organizar una guerrilla á los individuos que habían de formarla, ya no se les concedía sobre haber alguno, los caballos, equipos y machetes debían ser cogidos al enemigo, pues el Estado lo único que daba era, la tercerola y la ración de maíz para los caballos; los cuerpos que mayores concesiones obtuvieron en este punto, fué el abono de herraje.

Ahora bien, ¿eran ó no necesarias las guerrillas montadas? Creo que sí, pues plenamente se demostró en el transcurso de la campaña.

¿Qué razones existieron para no conceder á todos los guerrilleros iguales beneficios? ¿Se hizo por economizar gastos al Estado? Si fué esta la razón, no me explico entonces, el porqué se mandaba diariamente organizar guerrillas locales que ningún resultado práctico producían, pues aparte de su organización, la mayoría de ellas no servían más que para consumir raciones de etapa y devengar haberes; eran también centros donde la insurrección se surtía de armas y caballos.

Muchas son las guerrillas movilizadas residentes en la zona de Cienfuegos, que pudiera citar, cuyos individuos han dado un contingente grandísimo á la insurrección.

Obligados por la necesidad de montarse, los guerrilleros del ejército, para buscar caballos tuvieron que seguir el ejemplo de los movilizadas, tomándoles, allí donde los encontraban, y sin reparar en medios para su adquisición.

Era costumbre en el ejército de Cuba que los oficiales de infantería operasen á caballo, y en muchos batallones los sargentos gozaban también de este beneficio, lo cual no reportaba ninguna ventaja al soldado, pues no sintiendo las clases las fatigas de la marcha, les obligaban andar, en muchas ocasiones, más de lo que sus menguadas fuerzas les permitían.

Esta tolerancia que fué autorizada por el general Martínez Campos, dió origen á que los soldados dijese: «Si en Cuba no hubiesen tantos caballos, no morirían tantos soldados.»

No siempre les era á los oficiales factible encontrar montura, bien porque no las hubiese en la localidad donde se hallaban, por carencia de dinero ó porque no quisieran gastarlo. Si el batallón tenía guerrilla, el problema estaba resuelto, con pedirle al jefe diese orden para que *provisionalmente y hasta que pudiera comprar caballo le facilitase uno la guerrilla*. Si el jefe accedía á esta petición, que era lo más frecuente, el oficial se hallaba montado, mientras el caballo le fuese útil, pues a las guerrillas rara vez volvía el caballo que de ella salía.

Batallones había, en los cuales las nueve décimas partes de la oficialidad montaban caballos procedentes de la guerrilla del mismo: como fin de fiesta al finalizar la campaña, se dió orden para vender los caballos propiedad de los cuerpos, y los oficiales que les tenían, lejos de entregarles, los enegenaron por su cuenta guardándose bonitamente el dinero.

IV

Mi guerrilla

Lo dicho en el capítulo anterior, me obliga á puntualizar algo, la organización de lo que pudiéramos llamar guerrillas irregulares del ejército. La que yo pertenecía se reorganizó en Cruces y si no recuerdo mal la fecha fué á fines de Septiembre de 1896, sirvió de base para dicha reorganización un grupo de mal llamados guerrilleros, de los cuales puede decirse que nadie se cuidaba, pues al frente de ellos hallábase entonces un sargento, muy conocedor de las costumbres militares y del célebre aforismo: «El que más pone más pierde». Dicha guerrilla lejos de prestar el servicio de exploración ó cualquiera otro de su incumbencia, en las marchas custodiaba la impedimenta y recogía los soldados cansados.

Habia entre los guerrilleros una media docena, muy hábiles en el *cante flamenco* y más amantes de lucirse en un café que en el campo de batalla, como dicha gente fuera llamada más de una vez, por él entonces teniente coronel del batallón, para que le recreasen con sus habilidades chulescas, adquirieron por este motivo tales hábitos de independencia é insubordi-

nación que no tuvo más remedio que imponerles un correctivo, cosa que disgustó en extremo á los muchachos, y sin andarse con rodeos, hicieron al jefe colectivamente la petición de que se me relevase de la guerrilla; por fortuna había en el cuerpo un comandante, cumplido militar y caballero, que conociendo las razones que me asistían, puso voto á la demanda de los guerrilleros, expulsándoles de la guerrilla é imponiéndoles además un correctivo.

Esta fué la causa primordial de la reorganización de la guerrilla, con el fin de que dejase de ser lo que había sido y pudiera desempeñar cumplidamente la misión que se la confiaba.

Dióse orden á los capitanes de las compañías para que de cada una se destinasen ocho soldados á la guerrilla, y como yo esperaba, cada compañía mandó los individuos que peores condiciones tenían para guerrilleros. Al hallarme con 48 hombres que en su casi totalidad no servían para nada, se lo hice así presente al ayudante, y entonces el teniente coronel dió orden de que los individuos se escogiesen entre los mejores del batallón. Hecha la escogida y satisfecho del buen resultado de la misma, faltábame lo más necesario para reorganizar la guerrilla, como eran caballos, monturas y machetes, pues las terceroles esperábamos que en breve nos las facilitase el parque de Santa Clara. Así se lo hice presente al ayudante y éste sobre poco más ó menos, me manifestó lo que sigue:

«No espere Vd. nada de lo que pide, el batallón no tiene fondos y por ahora nada puede comprar, cuanto necesite para la guerrilla, búsquelo donde pueda y más adelante veremos lo que se hace».

Ante esta contestación, y seguro de que el cuerpo nada había de facilitarnos, busqué unos cuantos caballos (los de la baraja) y se los entregué á los guerrillos que me pedían les montase; advirtiéndoles de paso que si querían ir á caballo aguzasen el ingenio. No tuve que repetírselo muchas veces, cuatro días después la guerrilla estaba montada; por mi parte no me cuidé de averiguar la procedencia de los caballos y equipos, y los jefes tampoco volvieron á preocuparse de dicho asunto.

Pocos días después salíamos á campaña y los guerrilleros comenzaron á practicar el servicio de exploración que por aquel entonces se efectuaba en las Villas, la reconcentración de los *guajiros*, en los campos habian quedado abandonadas infinidad de gallinas; siempre el soldado español fué amigo de la volatería y con especialidad los guerrilleros por el hecho de ir montados y á larga distancia del resto de la columna tenían más medios para apoderarse de las gallinas, que una vez prisioneras colgaban de la grupa del caballo; por este motivo los demás soldados dieron en designar á la guerrilla con el sobrenombre de *La gallinera*, apodo que no hizo mucha gracia á los guerrilleros, y por quitársele de encima ansiaban se les presentase una ocasión en que demostrar servían para algo más que para coger gallinas. No tardó en presentarse en el mes de Noviembre del 96. *La gallinera*, con dos compañías del batallón y la guerrilla de otro cuerpo, operaba en la demarcación de Aguada de Pasajeros, teniendo su cuartel general en el ingenio Indio.

La guerrilla, á la cual nos habíamos unido, pertenecía á un regimiento de los de la isla, estaba mandada por un teniente coronel graduado, capitán retirado que antes de la guerra

ejerció en Colón el cargo de jefe ó inspector de orden público. Blasonaba dicho capitán de ser muy conocedor del país y de la clase de guerra que en él se hacía, los guerrilleros á sus órdenes, eran todos gente veterana, buenos soldados, que más de una vez demostraron su valor en el campo de batalla, pero á quienes su capitán inspiraba muy poca confianza, motejándole de cobarde, poco probo en asuntos administrativos y más amante del juego y de las mujeres que de la vida de campaña.

Al mando de este jefe salimos en la madrugada del 29 de Noviembre de 1896, á reconocer el curso del río Hanabana, al llegar al sitio denominado San José tuvimos un encuentro con un grupo enemigo y en él pude convencerme de la certeza con que los guerrilleros calificaban á su capitán.

Dos horas después cruzamos el río Hanabana y penetrando en Ceja del Rey, hubiéramos podido copar un campamento enemigo donde se hallaban las partidas de Pancho Pérez, Tuerto Matos y Varona, si el citado capitán hubiese demostrado más valor y mejores condiciones militares.

Como no es mi ánimo referir las peripecias del combate, sólo diré que *La gallinera* se hizo dueña del campo, cargando al machete, y cogió al enemigo veintitrés caballos y cuatro mulos; desde aquel día, dejaron los soldados del batallón de dar á los guerrilleros el nombre que tanto les molestaba.

Trasladado en centro de operaciones á Ayuda de Pasayeros diariamente salíamos las dos guerrillas á las órdenes del capitán á recorrer la demarcación y en estas operaciones pude convencerme de lo que era.

Por el siguiente relato lo comprenderá el lector.

Una mañana cerca del poblado de Jaguey Chico una pareja

de exploradores de mi guerrilla, hizo un prisionero. Era éste un jovencuelo que apenas habría cumplido quince años, no llevaba otro armamento más, que un machete desgastado por el uso y de los que el país le llaman boniateros. Cuando fué preso llevaba al hombro un saco con calabaza, yucas y plátanos guineos, por su aspecto comprendí era un desdichado de quien me sería fácil obtener alguna revelación. Antes de interrogarle, y con objeto de hacerle perder el miedo que le inspirábamos le dí de comer, y así que hubo concluido comencé á preguntarle quién era y en qué sitio tenía el campamento, no me fué necesario trabajar mucho para conseguir lo que deseaba, el prisionero me dijo que era hijo de un voluntario de Colón, que hacía nueve días le cogieron los insurrectos y por no conocer bien aquella zona no se había escapado, añadió que á poca distancia de aquel sitio tenía su campamento una partida compuesta de 60 hombres montados y bien armados y que él juntamente con otros catorce, y varias mujeres y chiquillos, todos sin armas de fuego, estaban en otro campamento vecino al de la partida.

Le pregunté si estaba dispuesto á conducirnos á dicho sitio y sin vacilar me contestó que sí.

De todo esto dí noticia al capitán jefe de la columna, á la vez que le presentaba el prisionero á quien hizo repetir cuanto acababa yo de decirle; terminado el relato quedóse el capitán pensativo durante algunos instantes y como el que acaba de adoptar una resolución heroica, dió orden para que nos preparásemos á atacar al campamento donde estaba la gente desarmada, tal disposición me hizo enrojecer de rabia y de vergüenza, y de buena gana hubiere escupido al rostro de aquel

miserable y la diferencia de gerarquía militar no me lo hubiere impedido.

No comprendía cómo aquel hombre teniendo á sus órdenes 120 soldados ansiosos de batirse, rehuía un encuentro con un enemigo muy inferior en número y en todo.

Cumpliendo la orden del capitán y seguido solamente por seis guerrilleros penetramos en una vereda designada por el prisionero. No había mentido: á los pocos pasos encontramos el campamento y seis insurrectos perdieron la vida.

No obstante la facilidad de esta victoria y de otras muchas de esta índole únicas que dicho señor se atrevía á conquistar, relató el hecho en el parte oficial dado á Cienfuegos; fué tan exagerado que cualquiera que no estuviese en el secreto hubiese creído que aquel día habíamos realizado un hecho de armas digno de pasar á la historia y de citarse en el arte de la guerra como modelo de estrategia guerrillera.

El capitán que cito, tuvo en Cuba algunos imitadores, los cuales lograron verse recompensados á fuerza de mentiras y alguno de los que en su hoja de servicios tienen consignado el ascenso por méritos de guerra, debierán sustituirle, sólo con esta frase: ascendió por embustero.

V

Weyler y el papel moneda

La penuria del Tesoro, en unión de otras causas que no puedo analizar, dió origen á la emisión de Billetes del Banco Español, por valor de veinte millones de duros; medida que fué aprobada por el comercio de la isla de Cuba. Dicho papel moneda había de tener en plaza el mismo valor que el oro.

En el mes de Agosto de 1896 se entregó á los habilitados de los cuerpos al hacerles efectivas las consignaciones de los mismos la primera emisión de billetes que se dió á la plaza y acto seguido el comercio de la Habana que tan propicio habíase mostrado á su emisión comenzó á poner dificultades para admitirlos, fundábalas en que si el billete de cinco duros había de tener ó no el mismo valor que el centen, el cual circulaba en plaza á razón de cinco duros y treinta centavos.

Según datos que en absoluto no he podido confirmar, mostróse enérgico en esta cuestión el general Weyler y resuelto á que se cumpliesen las órdenes dictadas sobre el papel moneda, declarado de curso forzoso, mandó prender á varios comerciantes que se habían negado á tomarle por su valor nominal.

La primera vez que percibí mis haberes en papel moneda, fué en el mes de Octubre de 1896, y ya entonces el comercio de Cruces se negaba admitirle como oro, si bien algunos comerciantes la concedieron una prima insignificante sobre la plata. En vano era que nosotros protestáramos de aquella trasgresión de la ley, el comerciante al detalle se disculpaba diciendo que los almacenistas y banqueros de la Habana se negaban á admitir el billete como oro, y siendo esta la clase de moneda en la que había de efectuar el pago de los géneros recibidos y no teniendo en plaza el billete el valor del oro, le era imposible admitirlo como tal; por lo tanto los únicos responsables de cuanto sucedía eran los grandes almacenistas y banqueros de la Habana, que con los cambios del papel moneda por *oro acuñado* estaban realizando muy buenos negocios.

El mes de Noviembre se nos pagó también en papel, y como consecuencia de la mayor cantidad puesta en circulación, vino un aumento en la depreciación, pues en dicho mes en casi todas las poblaciones de la provincia de Santa Clara, el comercio no admitía el papel más que como plata, y para eludir las disposiciones del general Weyler acordaron poner en sus facturas lo siguiente: «Los pagos se harán al contado y en oro del cuño español precisamente.»

Conociendo el ejército el carácter enérgico de su general en jefe, todos confiábamos que tomaría una resolución severa que cortase de una vez los abusos cometidos por el comercio. Lejos de ser así, veíamos que de día en día aumentaba la depreciación del papel y que resultaban completamente inútiles las órdenes dictadas por el general para cortar tanto abuso. Como hacía ya bastante tiempo que el soldado venía cobrando

en plata, mientras el papel tuvo el mismo valor que esta clase de moneda, la depreciación no le fué muy sensible, pero cuando ya no se quiso el papel al mismo valor de la plata, entonces comenzaron las murmuraciones, llegando el soldado á decir que el causante de todo aquello era el general en jefe y que no debían ser muchas las pérdidas que sufriría en el asunto, cuando tan poco cuidado ponía en remediarlo. Otros iban más allá en sus murmuraciones, y juntamente con el del general se citaban los nombres de otras personas, cifras y negocios... amén de otra porción de cosas que por no tener de ellas pruebas fehacientes no me atrevo á consignar aquí.

En los meses de Febrero y Marzo de 1897, fué cuando el comercio dió de golpe al papel una depreciación terrible, haciéndole un descuento sobre la plata de un 25 á 30 por 100.

No obstante, tan terrible depreciación el ejército seguía cobrando sus pagas en papel moneda, sin preocuparse para nada la autoridad superior de la isla del quebranto que la tropa sufría en sus ya exíguos haberes, y al parecer, dando al olvido la orden dictada en Enero para recoger el papel oro cangeándole por papel plata.

Esta disposición que por unos fué calificada como medida salvadora, y efectivamente, sirvió á varios comerciantes para realizar pingües ganancias, otros la calificaron de muy distinta manera dándole nombres que me es forzoso omitir.

En Junio y Julio, la depreciación llegó á ser escandalosa; cualquier artículo que se adquiriese en un comercio pagándole en papel costaba al comprador doble que si lo hiciese en plata.

No obstante, el soldado seguía cobrando en papel, y si bien murmuraba, fueron muy pocos los que se negaron á recibir las

pagas en esta clase de moneda, y en mi batallón no hubo ninguno que se negase á recibirla.

Recordando cual fué el proceder del Gobierno de la nación con los que bajo sus banderas pelearon en la campaña del 68 al 78, nosotros decíamos.

Al ejército que sostuvo la campaña anterior le pagaron con un abonaré, ó nosotros nos le están ya dando y sólo el demonio sabe cómo nos pagarán cuando la campaña termine.

Ya ve el lector que el soldado no se engañaba, pues aun el Gobierno no ha acuñado la clase de moneda en que ha de pagar los alcances al ejército de Cuba.

Mucho debió preocupar al general Weyler, que la crecida depreciación del papel pudiese acarrearle un conflicto grave con el ejército, pues las murmuraciones crecían de día en día, y la situación de las tropas íbase haciendo insostenible; sea por esta razón ó porque realmente se compadeciese del soldado, ello fué que los habilitados comenzaron á cobrar las consignaciones en plata con un 30 ó 20 por 100 en papel, esta medida fué muy bien recibida por el ejército, pues si no cobraba sus pagas en la clase de moneda en que debía percibir las, en cambio ya no era tan grande el quebranto que sufría.

No sé como hubiese solucionado el marqués de Tenerife la cuestión del papel, cuya depreciación llegó bajo su mando hasta el punto de no quererle admitir en ninguna parte, pero en aquel entonces fué relevado en el mando superior de la isla por el general Blanco.

Muchas censuras se han dirigido al marqués de Peña Plata por su gestión en la isla de Cuba, y no seré yo quien me atreva á salir en su defensa, pero sí puedo afirmar, sin miedo á

que nadie me desmienta, que el ejército salió muy beneficiado con la orden dictada por el general Blanco, disponiendo que el papel moneda dejase de tener curso forzoso en plaza, y permitiendo su pública y libre cotización, desde entonces dejamos de sufrir grandes quebrantos en nuestros haberes, pues cuando se nos pagaba en papel se hacía al mismo tipo que tenía en plaza, sin embargo, la mala fe del comercio de Cuba y el agiotaje ha sido tan grande, que una vez puesto en circulación el dinero del soldado, si éste lo recibía en papel, inmediatamente bajaba el cambio.

Recuerdo que en Febrero de 1898, á mi batallón se le pagó en papel al tipo de 27 5/8 por 100, y cuatro días después en la plaza de Cienfuegos se cotizaba al 15 por 100; al mes llegó á estar al 4 y ni á este precio le quiso tomar el comercio.

Todos aquellos que esperaban para cambiar sus pagas, á que el papel subiese, sufrieron enormes perjuicios, y muchos que por economizar una exigua cantidad sufrieron durante la campaña grandes privaciones, se encontraron en el momento de evacuar la isla, con que el fruto de sus ahorros hecho en papel moneda, era completamente estéril, pues en el mes de Enero del año 99 el valor del papel fluctuó entre el 4 y el 7 por 100.

De los grandes *economizadores* de aquellos que ahorraron todas sus pagas nada digo, pues si han sufrido algún quebranto en sus economías, no debió serles muy sensible, teniendo en cuenta el poco trabajo que les costó el hacerlas.

Una marcha penosa

Lo eran, en extremo todas las que con frecuencia hacíamos para la conducción de convoyes obligados á seguir una ruta determinada, sin hallar un camino que en realidad mereciese este nombre, y teniendo á cada instante que cruzar ríos y terrenos pantanosos, difícilmente podíamos caminar 15 ó 20 kilómetros en un día de continua marcha.

Desde el momento que en una población cualquiera se organizaba un convoy, inmediatamente tenía noticia de ello el enemigo, sabiendo con todos sus detalles el número de carretas de que constaba, punto donde iba destinado, y algunas veces hasta el número de fuerzas que había de escoltarle.

Siendo en Cuba los caminos de pésimas condiciones, pues se reducen á lo allanado por las carretas en su continuo tránsito, sin cuidarse nadie de su arreglo, sin puentes, convertidos en grandes barrizales en la época de lluvias, donde en algunos sitios se hunden caballos, bueyes y carretas, haciéndose imposible hasta el tránsito de los peatones, fácilmente comprenderá

el lector que toda marcha realizada en estas condiciones ha de ser muy penosa.

Cada carreta, para ser arrastrada, conduciendo de 120 á 150 arrobas, á lo sumo, lleva de tres á cuatro yuntas de bueyes, por regla general de poca corpulencia, escasas fuerzas y menos genio para el tiro. Un convoy compuesto solamente de cuarenta carretas, ocupaba una larga extensión de terreno, y siempre por mucho cuidado que se tuviera para que no marchasen distanciadas existía de unas á otras grandes intervalos.

El jefe de una columna encargada de la conducción de un convoy, solamente para la escolta de las carretas había de emplear la mayor parte de sus tropas. Para desempeñar bien el servicio de flaqueos habían éstos de marchar á mayor distancia de la columna que de ordinario y componerse de más número de fuerzas que de costumbre, para en caso de una sorpresa, impedir el movimiento de avance del enemigo y dar lugar con su resistencia á la llegada de los esfuerzos para sostener el combate en buenas condiciones.

A poco de iniciarse la marcha de un convoy y por buenas condiciones que tuviese el camino comenzaban las dificultades, bien porque una carreta hubiese caído en un bache, destrezo de un eje ó cualquiera otra circunstancia fortuita; por ligero que fuese un incidente de esta clase, la columna había de suspender la marcha; remediado el percance se continuaba de nuevo, hasta que tornaba á repetirse y así sucesivamente iban haciéndose las jornadas, sufriendose un percance cada cinco minutos, siendo los soldados los que en primer término debían acudir á remediarlos.

Con frecuencia ocurría también que una ó varias carretas

quedaban completamente inutilizadas, entonces los soldados habían de transportar la carga que conducían las inutilizadas á las demás carretas y después sacarlas del camino para que no impidiesen la marcha; más de una vez esta operación vino á dificultarla el enemigo con su presencia, y en tanto que unos le combatían, otros sufriendo sus fuegos habían de dedicarse al trabajo de acarreo.

En ninguna parte del mundo es posible encontrar carreteros que menos cuiden el ganado que se les confía que en Cuba; una vez puestos en marcha su misión parece que se reduce únicamente á fustigar á los bueyes para que anden, empleando para ello una ahijada cuyo aguijón de hierro de forma triangular suele tener más de dos centímetros de largo, y al hostigar á los bueyes les producen grandes y numerosas heridas que acaban por dejarlos completamente extenuados.

Inútil es recomendar á los carreteros que guarden silencio durante la marcha; no saben conducir el ganado sin dar grandes voces, que en más de una ocasión han advertido al enemigo la presencia del convoy.

Conociendo los cabecillas insurrectos las dificultades con que las tropas habían de luchar para la conducción de convoyes, y teniendo en las poblaciones donde se organizaban confidentes que les suministrasen datos sobre los mismos, desde el momento que los recibían, preparaban la gente á sus órdenes para molestar al convoy durante su marcha, y no digo para apoderarse de él, pues esta empresa sabían ellos por experiencia que no era cosa fácil. Los jefes de columna también tomaban sus precauciones. Voy á recordar las tomadas por el general Aldave en el mes de Octubre de 1896.

Siendo entonces Manicaragua centro de operaciones de varias columnas, era preciso que la factoría de dicha plaza estuviese bien provista de raciones, pues el comercio por la dificultad de transportes no podía atender á las necesidades de la tropa. Con este fin se organizó en San Juan de las Yeras un numeroso convoy en el que no sólo iban las carretas de la administración militar, sino también un crecido número del comercio. Por aquel entonces los cabeceillas Reyo, Quintín [Banderas, Camacho, González, Cayito Alvarez y otros muchos habían conseguido tener á sus órdenes un crecido número de gente montada y bien provista de armas y municiones. Sabe el general Aldave que el enemigo pensaba dar un golpe de mano sobre el convoy y apoderarse de él. Para impedir tan osados planes, reconcentró la fuerza de sus órdenes, dividiéndola en tres columnas. La del centro, bajo sus órdenes, encargada de escoltar el convoy, la componían dos batallones de infantería y unos doscientos jinetes entre los que iba el escuadrón de Sagunto, un batallón de infantería, una pieza de artillería en unión de varias guerrillas montadas, debía marchar por el flanco derecho; otro batallón, al que yo pertenecía, teniendo 641 hombres disponibles para campaña, reforzado con la segunda guerrilla de Lajas, 1.ª y 2.ª escuadrones de tiradores del Damuji debíamos marchar por la izquierda.

Terminada la organización del convoy y de las columnas, si mal no recuerdo, el día 5 de Octubre se dió la orden de marcha. La columna de la izquierda abandonó el poblado de las Cruces, y pasando por Lajas, San Marcos, San Juan de las Yeras, Ranchuelo y Cardoso, llegó á Manicaragua ocho días después de haber comenzado la marcha, describiendo en la

misma un círculo de bastante consideración ó impidiendo con sus maniobras que las partidas enemigas pudieran aproximarse al convoy. Durante estas operaciones si se exceptúan los ligeros tiroteos que los flanqueadores sostuvieron con el enemigo en los cuales no sufrimos ninguna baja, no ocurrió nada digno de mención.

La columna de la izquierda encargada de vigilar el espacio comprendido entre Manicaragua y Cumanayagua, batió al enemigo en las inmediaciones de la Mandinga, gracias á estas precauciones, la columna del centro pudo marchar con seguridad relativa, pero aun así, se vió obligada á rechazar al enemigo parapetado en las minas de San Fernando, y el escuadrón de Sagunto en el paso del río Arimao cayó en una emboscada puesta por la partida de Quintín Banderas, en la cual sufrió algunas bajas y tardó tres días en recorrer una distancia de siete leguas.

Lógico era que el comercio de Manicaragua, teniendo en cuenta los peligros que corría el soldado escoltándole sus mercancías le tratase con alguna consideración; lejos de ser así le explotó del modo más inicuo que el lector puede imaginarse; por un cuarto de lata de sardinas que en Cienfuegos ó pueblos inmediatos costaban de cuarenta á cincuenta céntimos de peseta, llegaron á cobrarnos cinco reales. Media botella de ginebra malo, un doró... en fin para no enumerar el valor de todos los artículos que expendían diré que cuando menos nos costaban el doble que en cualquiera otro punto.

Muchas veces he querido estudiar el patriotismo de muchos mercachifles establecidos en Cuba, y para deshonra nues-

tra nacidos en España, y no le he podido encontrar por ninguna parte, haciéndome suponer que debían tenerle encerrado en el cajón del mostrador.

El general Pin

La distribución de las fuerzas en pequeños destacamentos guarneciendo ingenios ó lugares denominados estratégicos teniendo por todo abrigo un mal fortín de madera, incapaz de resistir un ataque sério, (á la que se mostró tan aficionado el general Martínez Campos, y que como el lector sabe no produjo otro resultado práctico más que el enemigo copase algunos destacamentos), fué suprimida casi en absoluto por el general Weyler, quien autorizó á los dueños de los ingenios y demás fincas rurales, para que si querían defender su propiedad organizaran fuerzas movilizadas. Sea por desconfianza de los voluntarios ó porque su sostenimiento les costase bastante caro, muchos dueños abandonaron sus propiedades dejándolas á merced del enemigo, otros pusieron en juego su influencia y valiéndose de medios muy conocidos en aquella isla, lograron que se les permitiesen tener en sus fincas guarniciones del ejército.

En aquel tiempo era jefe de la división de las Villas, teniendo su residencia en Cienfuegos, el general Pin. Habíase dado orden desde hacia algún tiempo para que fuesen retirados los destacamentos de los ingenios, y sin embargo, mi batallón, tuvo fuerza destacada en los puntos siguientes: San Sino, Constancia, Cieneguita, San Ramón, La Rosita, Guayabales, Real Campiño, El Indio, Perseverancia, Jaguey Chico, y Juragua, como si aun no fuese bastante la disgregación de estas fuerzas la octava compañía completa, operaba en los terrenos del ingenio Constancia, propiedad del señor marqués de Apezteguía. Ocho eran entonces el número de compañías de un batallón, y al que yo pertenecía, para operar, no podía reunir más que tres y no completas, y con corta diferencia los demás batallones de las Villas tenían sus fuerzas distribuidas lo mismo que el mío.

Esto dió lugar á que se murmurase bastante del general Pin, y que sobre su generosidad en conceder destacamentos se hiciesen sabrosísimos comentarios que en nada le favorecían.

Ello fué, que mucho antes de que el general Weyler cesase en el mando de la isla, el general Pin regresó á la Península y que no hace mucho tiempo, obligado por ciertas cuestiones, pidiese el pase á la reserva, dejando el mando que ejercía en el octavo cuerpo de ejército.

VII

La reconcentración

La prensa americana en primer término, algunos periódicos de Europa, y la prensa española de oposición en segundo, atacaron con ruda saña la orden del general Weyler mandando que los campesinos de Cuba se reconcentrasen en los poblados. No trataré de defender la medida dictada por el entonces gobernador general de la isla, pero sí afirmo que cuantos han hecho la campaña de Cuba piensan de distinto modo que los escritores que combatieron al general Weyler.

Siempre ha sido en Cuba el campesino el principal auxiliar del bandolero. El aislamiento en que vivía le dejaba por completo á merced de éste, y para librarse de sus venganzas, había de ser su confidente, su proveedor de víveres y el que muchas veces le facilitaba armas y municiones.

No afirmaré que los campesinos cubanos no sean honrados, pero sí diré que siempre ha existido un crecido número de ellos, cuyo modo de vivir era bastante dudoso. Si antes de la

insurrección eran dóciles instrumentos de una partida compuesta á lo sumo de quince ó veinte bandoleros, con mayor razón habían de serlo de las fuerzas que defendían la causa de Cuba libre: unos por serles simpático el movimiento separatista y otros por terror, todos eran auxiliares de los insurrectos, quienes encontraban en las sitieras cuantos recursos pudiesen necesitar.

Mientras los *guajiros* estuviesen en el campo, no era posible impedir que de las poblaciones saliesen víveres, ropas, medicamentos, y otra porción de cosas necesarias á las fuerzas insurrectas. Un grupo de enemigos astutos podían impunemente molestar á una columna ó asesinar á cualquier infeliz que se separase de ella, cosa que antes de la reconcentración acaeció con bastante frecuencia, para impedirlo era inútil que los exploradores vigilasen, pues si algúu insurrecto se veía en peligro de caer en sus manos, para librarse de él ocultaba sus armas en cualquier sitio á propósito y se presentaba á ellos diciéndoles ser campesino; como no era fácil probarle lo contrario, se le dejaba en libertad; pasado el peligro toruaba á recoger sus armas y si le era posible hostilizar á las tropas no dejaba de hacerlo.

A este propósito voy á citar un hecho: al borde del mal llamado camino real de Ranchuelo á Sau Juan de las Yeras, sobre una pequeña altura había un bohío de bastantes dimensiones, y en él hallaron los flanqueadores de la columna cinco mujeres y ocho hombres los que al ser interrogados respondieron eran campesinos dedicados á la recolección del tabaco, esta respuesta no satisfizo al jefe de la columna, quien no obstante verles vestir limpios sospechó eran enemigos. Con el fin de ver si sus

sospechas eran ó no ciertas dispuso que un sargento de la guerrilla con catorce hombres montados, se ocultase en una manigua inmediata, con las debidas precauciones para impedir que le viesen los supuestos campesinos. Hecha esta operación, la columna prosiguió su marcha, aun no distaba la extrema retaguardia 200 metros del bohío, cuando los titulados campesinos salieron de él armados de rifles y machetes y riéndose de su estratagema para burlar á la columna. Con grandes voces empezaron á insultar á los soldados llamándoles Patones, Hijos de la p... blanca... á la vez que les hacían algunos disparos: después de esta operación temiendo que la retaguardia cargase sobre ellos, fueron á refugiarse á la manigua donde se hallaba emboscado el sargento y cayeron en poder de nuestras tropas.

Como estos casos se repetían con sobrada frecuencia y habían costado la vida á muchos españoles, en mi concepto la reconcentración se imponía y creo que no solamente el general Weyler, era capaz de dictar semejante orden, sino tambien cualquiera otro, que ocupando su puesto hubiese querido concluir la guerra.

Como consecuencia de la reconcentración, perecieron de miseria muchos campesinos ¿pero acaso la vida de nuestros soldados no valía tanto como la suya ó es que los que han invocado las leyes de humanidad querían siguiésemos dejándonos asesinar impunemente?

En las villas la reconcentración se hizo durante los últimos meses de 1896 y no fué ejecutada con la premura que muchos han supuesto, se dió á los campesinos tiempo sobrado para que pudiesen recoger sus frutos, que dicho sea de paso, no los tenían, pues la insurrección se apoderó de ellos; pero los *guajiros*,

lejos de obedecer las órdenes dictadas sobre este punto, y en los plazos que se les marcaba trasladar su residencia, apelaron á la resistencia pasiva, creyendo tal vez que la reconcentración no llegaría á efectuarse.

Aquellos á quienes el movimiento separatista les era odioso y conservaban algún amor á España, pudieron no solamente abandonar sus siterias, sino, también deshacer sus viviendas y armarlas de nuevo dentro del poblado donde quisieron fijar su residencia, y se les facilitó tierras de cultivo. A los que apelaron á la resistencia pasiva, que fueron en su mayor parte, no hubo más remedio que hacerles cumplir la orden á viva fuerza. Entonces fué cuando se vió los que eran ó no fieles á España, la casi totalidad de los que permanecían en el campo en vez de retirarse á los poblados hicieron descaradamente causa común con el enemigo marchándose á engrosar sus filas; multitud de mujeres y niños quedaron completamente abandonados, sin otro medio de subsistencia que la caridad pública, ó por mejor decir, la del soldado que generosamente compartió con ellos durante toda la campaña su exigua ración.

Al decretarse la reconcentración se dispuso que en las inmediaciones de los poblados se creasen zonas de cultivo, obligando á los propietarios á ceder los terrenos destinados á este fin, pero un crecido número de reconcentrados, aquellos que en el campo habían siempre llevado una vida holgazana y observado una conducta bastante dudosa, se negaron á trabajar, y su holgazanería fué causa única y exclusivamente de las miserias que sufrieron.

He visto muchos poblados de la isla en donde la zona de cultivo perfectamente defendida por fortines y por lo tanto á

cubierto de la rapacidad del enemigo, era puramente nominal. En honor á la verdad, debo también decir que en aquellas poblaciones en donde los alcaldes y comandantes de armas pusieron verdadero empeño en la creación de las zonas, éstas dieron magníficos resultados, pues no sólo producían lo suficiente para que los trabajadores reconcentrados pudiesen cubrir sus más perentorias necesidades, sino también vivir con bastante holgura.

Citaré un ejemplo. En 1897, era jefe militar del pueblo de Rodas un comandante cuyas condiciones personales no trato de elogiar, el cual puso verdadero empeño en que se cultivase la zona de aquella localidad, con este fin la dividió en cuatro subzonas, poniendo al frente de ellas personas competentes con el encargo de dirigir los cultivos; distribuyó las tierras entre los colonos equitativamente y les obligó á que trabajasen, facilitándoles también semillas, ganado y aperos de labranza. Cuatro meses después de comenzadas las faenas agrícolas en Rodas, no solamente se recolectaba lo necesario para el consumo de la población, sino también se remitía á Cienfuegos grandes cantidades de viandas.

Si todos los comandantes de armas hubiesen hecho lo mismo que éste, estoy seguro, que al declararse la guerra con los Estados Unidos el bloqueo que éstos pusieron á la isla hubiese resultado completamente inútil, y no habría sufrido el ejército tanta hambre como padeció. Además, de nada hubiese servido el permitir que los agricultores continuasen en el campo, pues el enemigo era el primero en destruirles sus propiedades arrebatándoles los ganados y haciéndoles imposibles toda clase de cultivo.

Hecha la reconcentración, las columnas pudieron operar con más libertad, sabiendo que todos los que encontraban fuera de los poblados realmente eran enemigos de España. Dióse entonces orden para que de los pueblos no saliesen víveres, medicamentos, ni nada de cuanto pudiese ser útil á la insurrección, y gracias á esta medida en las filas enemigas, el hambre y la miseria comenzó á causar terribles estragos.

Los enemigos de la reconcentración podrán hacer de ella los juicios que les parezcan oportunos, pero no podrán negar que fué un golpe tan terrible para la causa separatista, que hubiese concluido con ella á no ser la intervención de los Estados Unidos.

VIII

La primera derrota

En los primeros días del mes de Febrero de 1897, con el objeto de conducir un convoy á los poblados de La Sierra y Cumanayagua, se organizó en el ingenio Horniguero la columna más abigarrada que el lector puede imaginarse; componíase ésta de dos compañías del batallón de Bailén, cuyos soldados se hallaban enfermos en su casi totalidad, una compañía organizada del batallón de Burgos, otra de este mismo cuerpo formada por 90 individuos de la recluta voluntaria, muchos de ellos tan faltos de instrucción militar que ignoraban el manejo y carga del fusil Maüser, formando un total de unos quinientos hombres de infantería. Las fuerzas montadas eran: la guerrilla volante de Las Cruces, 120 ginetes, el flamante escuadrón de tiradores de Cienfuegos, ambas fuerzas movilizadas gozaban en aquel tiempo de una brillante reputación militar, ¡lástima que no la conservasen intacta hasta el final de la campaña!, y la guerrilla del batallón de Burgos, formando un conjunto de

unos 360 ginetes. Todas estas tropas fueron puestas á las órdenes de un teniente coronel, que muchas veces había demostrado su valor personal en el campo de batalla, pero nada más.

Dado el objeto á que se la destinaba y las condiciones del terreno en que había de operar, la columna era bastante respetable, y pudo conducir los convoyes á los puntos ya citados sin que apenas la molestase el enemigo. Cumplida esta misión se retiraron los tiradores de Cienfuegos y el resto de las fuerzas quedaron en Hormiguero, recibíendose orden á los pocos días de salir á operar; en varias jornadas recorrimos los poblados De Guaos, Arimao y La Sierra, quedando acampados en este último.

Nada digno de mención ocurrió hasta el día 17 de Febrero. Al amanecer de dicho día púsose en marcha la columna en dirección al valle de San Juan, faldeando la cadena de montañas conocidas por La Siguauea, y después de atravesar el destruido poblado de Gabilán, en donde la tea incendiaria de los insurrectos no dejó en pie ni una sola casa, llegamos á los potreros de Guajmíca, en el cual el enemigo nos hizo notar su presencia. Los guerrilleros de La Sierra que aquel día prestaban el servicio de vanguardia, por ser prácticos en la zona, en vez de cargar al machete, pues el terreno era favorable á esta operación, se pararon en firme, y lo mismo que tímidas mujerzuelas, comenzaron á gritar: *¡Adelante los del Maüser!* El teniente que mandaba la guerrilla de Burgos, hizo que sus soldados desplegasen en línea de tiradores y á galope tendido se lanzó en persecución del enemigo, pero ya era tarde para alcanzarle, los insurrectos después de hostilizar á la vanguardia con algu-

nos disparos emprendieron precipitada fuga, desapareciendo por los barrancos que conducen á las lomas del Cuyují.

Todos esperábamos que la cobardía de los guerrilleros de La Sierra sería castigada en el acto, pero el jefe de la columna mandó continuar la marcha. Una hora después los de La Sierra volvieron á poner de manifiesto su cobardía; á poco de penetrar en una estrecha vereda que apenas daba paso á un hombre á caballo, volvieron á quedarse parados á unos diez metros de distancia de un bohío, dentro del cual estaban tranquilamente comiendo unos veinte insurrectos en unión de varias mujeres. Al apercibirse los guerrilleros de Burgos de esta maniobra espolearon sus caballos, y atropellando á los cobardes que les obstruían el paso llegaron al bohío, encontrándose con que el enemigo había huido, dejando abandonadas multitud de ropas, monturas y víveres. Hecho un reconocimiento por aquellas inmediaciones, se hallaron tres caballos y dos toros recién sacrificados, lo cual nos hizo suponer que el enemigo en fuerza bastante respetable debía hallarse muy cerca de allí.

Sin dar descanso á las tropas seguimos caminando y á las diez de la mañana llegamos al río de San Juan, uno de los de mayor cauce de las Villas. Altos farallones que forman tres órdenes de inexpugnables trincheras se levantaban á la margen derecha del río; cualquier fuerza que se parapete en dicha posesión hace completamente imposible el paso del río. Una vez la columna pisó los potreros de la orilla izquierda, el jefe mandó hacer alto, dando á la vez orden de acampar.

Las fuerzas montadas quedaron en una eminencia desde la cual dominaban perfectamente el campamento de la infantería

y á más una grande extensión de la margen derecha del río, al cual acudían los sedientos soldados en busca de agua.

Desde que se mandó hacer alto, las investigadoras miradas de los guerrilleros estaban fijas en los farallones, de los cuales apenas distábamos 400 metros. No podíamos comprender cómo el jefe de la columna había mandado hacer alto en aquel sitio, sin practicar antes un minucioso reconocimiento asegurándose así de la ausencia del enemigo, máxime cuando aun no hacía mucho tiempo en aquel mismo lugar, otra columna más numerosa que la nuestra había sufrido bastantes bajas, causadas impunemente por fuerzas enemigas parapetadas en los farallones.

Pasaba el tiempo y el enemigo no daba señales de vida, gran número de soldados rendidos de fatiga fueron á tenderse bajo la sombra de los árboles; otros recogían leña para guisar los ranchos. De pronto cuando mayor era la tranquilidad y confianza que reinaba en el campamento, tres líneas de humo coronan los farallones, dejándose oír igual número de descargas perfectamente uniformes como si hubiesen sido hechas por fuerzas disciplinadas. Descargas que producen la confusión entre la infantería, el enemigo continúa arrojando sus fuegos, nuestros oficiales y sargentos gritan llamando á sus soldados; aquí es un teniente, allí un sargento, quienes han podido reunir quince ó veinte hombres, cuyos fuegos responden á los del enemigo.

El teniente coronel monta á caballo y corre por el campamento dictando órdenes y animando con su ejemplo á los soldados; pronto se organizan las dos compañías de Bailén y la de Burgos, pero la otra de este batallón formada por los de la recluta voluntaria dió un espectáculo lamentable manchando

la historia de un cuerpo que nunca había vuelto la espalda al enemigo. Desde las primeras descargas aquellos soldados que nunca habían oído el silbido de las balas, se arremolinaron como manada de ovejas, dando palpables muestras de terror: el único oficial con vergüenza de esta compañía, en unión de algunos soldados, hallábase distanciado de ella defendiendo unas cajas de municiones que quedaban á merced del enemigo; el otro se ocultó detrás de un árbol, y por lo que al capitán se refiere, éste merece punto y aparte.

Era éste un buen señor, de arrogante presencia, amigo de la vida regalona, y de fácil oratoria, más amante de hacer alardes de valor que de practicarlos en el campo de batalla; al oír la primera descarga en lugar de correr á ponerse al frente de su compañía, se tiró al suelo pegándose tanto á la tierra, que parecía querer ocultarse en sus entrañas. En tanto el capitán permanecía en tan ridícula posición, un sargento, cuyo nombre no consigno por no ofender su modestia, con grave peligro de su vida y buscando sus soldados uno por uno reorganizaba la compañía, con la misma tranquilidad que si se hallase en un campo de maniobras, así que hubo conseguido su objeto, miró á todas partes como buscando á alguno de sus oficiales para que tomase el mando de la gente que acababa de organizar. Viendo al capitán tendido en el suelo, uná sonrisa de desprecio se dibujó en sus labios y volviéndose hacia sus soldados les mandó hacer fuego por descargas; el teniente, que se había ocultado detrás de un árbol, salió de su escondite y cogiendo un fusil se puso á hacer fuego á las órdenes del sargento. El capitán de la compañía montando á caballo se separó del lugar del combate y sólo Dios sabe á donde hubiese ido, sino trope-

zara con el jefe de la columna, quien le detuvo diciéndole con enojo:

— Señor capitán, ¿dónde va usted?

— En busca del médico, repuso con turbación.

— ¿No hay clases en su compañía que puedan buscarle?... Vaya usted inmediatamente á su puesto... Esa es una disculpa que no puedo admitir, es usted un...

Ni el más mínimo detalle de cuanto acabo de relatar escapó á la mirada de los guerrilleros, los cuales señalaban al sargento dirigiéndole frases de elogio; en cuanto á los comentarios que hacían del proceder del capitán no son para dichos, el lector puede imaginárselos.

El fuego terminó á la media hora de comenzado porque al enemigo le plugo suspenderle, pues no creo que nuestras descargas le causasen ninguna baja, dado lo excelente de las posiciones que ocupaba, por nuestra parte tuvimos un muerto y dos heridos, todos de los soldados procedentes de la recluta voluntaria.

Unas dos horas después de terminada la acción se mandó empezar la retirada, maniobra que se efectuó en buen orden y sin que el enemigo se atreviese á hostilizarnos de un modo formal.

Al siguiente día llegamos al poblado de Arimao y en él supimos que el jefe de la columna había dado parte al general de la división de la cobardía del capitán, ambos fueron llamados á Cienfuegos, en donde el capitán quedó arrestado. Todos esperábamos que con este motivo se harían averiguaciones en las cuales pondríase de manifiesto el proceder del sargento y por lo tanto sería recompensado con arreglo á los méritos contra-

dos; pero no fué así, y se le incluyó en la propuesta que se mandó formar como uno de tantos. Con arreglo á lo que prescribe el reglamento de campaña, el sargento debió haber ido propuesto en juicio de votación, mas para que esto se hiciese, era necesario hacer constar detalladamente los méritos que había contraído, lo cual obligaba á los oficiales á declarar bajo su firma, aunque fuese de un modo indirecto, la cobardía de un capitán que se arroja al suelo y la extraña mansedumbre de un teniente que hace fuego mezclado con los soldados, á las órdenes de un sargento.

Como consecuencia de aquella acción, el teniente coronel fué separado del mando de la columna.

El capitán estuvo algunos días arrestado en Cienfuegos, pero la cosa no fué más allá y otra vez tornó á incorporarse al batallón, no volviendo á salir á campaña hasta que por antigüedad ascendió á comandante pasando á otro cuerpo, por cuya circunstancia le perdí de vista.

En cuanto á la propuesta formulada á consecuencia de los hechos relatados, á pesar del mucho tiempo transcurrido aun no se ha resuelto; se dijo que el general Weyler había mandado darla carpetazo, otros aseguraron que por no castigar al capitán no se resolvería nunca. En una palabra, por no hacer justicia al castigar á un cobarde, dejábase de premiar á un valiente, cometiendo una injusticia manifiesta.

IX

Vamos viviendo

Al ser separado el teniente coronel de la columna, se encargó del mando el capitán de la guerrilla volante de Cruces, á quien por antigüedad correspondía.

En el corto número de días que llevábamos de operaciones, las fuerzas de la columna habían sufrido bastante disminución; las dos compañías de Bailén que, como he dicho, estaban compuestas en su casi totalidad de enfermos, tuvieron que mandar más de sesenta hombres al hospital de Cienfuegos, los que sumados á los que enviaron las demás unidades, darán un total de más de cien bajas.

De nuevo volvimos á comenzar las operaciones, pero esta vez cambiando de zona, pasando á la de Manicaragua.

Hacia varios meses que en el sitio denominado Minas Ricas, feroz comarca formado por un conjunto de valles y pequeñas eminencias, campaba la insurrección por su respeto, sin que la presencia de las tropas les molestase lo más mínimo. Muchos

campesinos huyendo de la reconcentración fueron á refugiarse á aquel sitio, estableciendo en él grandes siembras de boniatos, yuca y demás vianda que constituye el alimento principal de la gente del país; los insurrectos no solamente protegían á estos agricultores, sino que les obligaban á sembrar considerables extensiones de terreno, con el interesado fin de poder ellos surtirse de cuanto necesitasen.

Gran número de reses vacunas y bastante ganado caballar, campaban aún libremente por los potreros de aquella comarca, en ellos dejaban también los insurrectos que sus cabalgaduras se repusiesen de los quebrantos de la campaña. En los sitios más ocultos de los bosques tenían instaladas enfermerías y hospitales de sangre, y hasta talleres de herrería en los cuales componían sus armas.

Teniendo nosotros noticia de todos estos antecedentes y sabiendo cuán favorable era aquel terreno para la táctica de sorpresas y emboscadas á las que el enemigo tenía tanta afición, esperábamos que desde el momento que penetrásemos en él, nos veríamos obligados á sostener un continuo tiroteo; así debió también comprenderlo el ex capitán que mandaba la columna, y en el momento que abandonábamos el camino que desde Manicaragua conduce á Provincial, para torcer á la derecha, é internarnos en la serie de valles y eminencias cuyo conjunto forman la comarca de Minas Ricas, dividió las fuerzas montadas en pelotones y procurando que entre unos y otros hubiesen puntos de contacto para en caso de necesidad prestarse mutuos auxilios, les lanzó por lomas y cañadas flanqueando á la infantería que de este modo pudo marchar segura de no ser hostilizada por el enemigo. Esta maniobra debió frustrar por com-

pleto los planes de nuestros adversarios, pues á la caída de la tarde acompañamos en Minas Ricas, sin haber sentido un solo disparo.

Los flanqueadores hallaron impresas sobre el terreno frescas huellas del reciente paso de la caballería enemiga. Establecido el campamento, con las debidas precauciones, pudimos entregarnos al descanso, sin que aquella noche turbase nadie nuestra tranquilidad. Al amanecer del siguiente día comenzamos á practicar reconocimientos en las inmediaciones del campamento, en todas las maniguas inmediatas, había grandes claros de terreno lleno de siembras, bohíos y ganado en abundancia; como la orden que se nos dió era de destruir todo aquello, para restar recursos al enemigo, pronto la llama del incendio reducía á pavesas los combustibles, viviendas y multitud de columnas de humo señalaron el paso de los pelotones exploradores, el machete tumbó los extensos maizales que prometían abundante cosecha, y en tanto que las fuerzas montadas se dedicaban á esta tarea, los infantes, provistos de patos, escarbaban la tierra arrancaudo los boniatales; esta operación era casi inútil, pues la raíz del boniato vuelve á reproducirse con pasmosa rapidez.

Estas operaciones no debieron ser muy del agrado del enemigo, pues saliendo de su pasividad, y siempre oculto en la espesura comenzó á hostilizarnos con sus disparos desde diferentes sitios, con objeto de repetir la agresión nos internamos en las maniguas, oyendo entonces una espantosa algarabía lanzada por multitud de mujeres y chiquillos refugiados en aquellos lugares y que al apercibirse de nuestra presencia comenzaron á desbandarse en todas direcciones. No obstante, la

precipitada fuga que emprendieron, hicimos prisioneros á algunos de ellos los cuales nos comunicaron las noticias más estupendas que hasta entonces habíamos oído. Según voz que habían hecho correr los cabecillas, el gobierno español convencido de que le era imposible sofocar el movimiento separatista había dado orden á las tropas para que abandonasen la isla, debiendo terminar la evacuación el 4 de Marzo, es decir pocos días después del que nos ocupa, agregaban que ellos habían creído de buena fe estas noticias porque hacía más de ocho meses que vagaban por aquellos contornos sin haber visto un soldado.

Más que extrañeza, todas estas noticias nos causaron risa, demostrándonos al mismo tiempo la facilidad con que los campesinos creían todo lo que no era favorable á España.

Continuado en diferentes días el reconocimiento de aquellos lugares hallamos multitud de viviendas, bien provistas de comestibles, en un bohío encontramos más de diez sacos de arroz, calé ann sin limpiar, miel de abeja, carne tasajeada, manteca de puerco, y todo cuanto puede necesitar un gnajiro para darse una vida regalona. Algunas viviendas estaban montadas con verdadero lujo, armarios de luna, lavabos con piedra de marmol, cómodas gruesas de cedro y caoba, camas torneadas, colgaduras de raso y batista, y hasta hallamos un servicio completo de mesa de rica porcelana de China, en una palabra, palacios campestres cuya edificación mezquina distaba mucho de responder á la esplendidez con que estaban amueblados.

Preguntando por la procedencia de tan lujoso mueblaje, supimos había sido traído por los insurrectos de diferentes puntos

de la comarca y especialmente del próximo valle de Provincial para adornar con él las viviendas de los cabecillas.

En todas partes encontramos crecido número de gallinas, pavos, puercos, cabras y vacas de leche de las cuales iban apoderándose los soldados. Siéndonos imposible transportar tanta riqueza la entregamos á las llamas y en menos de una hora el fuego destruyó objetos por valor de algunos miles de duros.

Cuatro días permanecimos en aquellos lugares y en este tiempo es incalculable el valor de los objetos y siembras que destruimos; muchas fueron las aves y reses que consumió el soldado, pero aun así, el número de las que quedaron ocultas fué mucho mayor.

Todas estas operaciones se ejecutaron á la vista del enemigo, cuyos centinelas á caballo veíamos continuamente moverse sobre las lomas de Monte Obscuro y Arroyo blanco: prosiguiendo el movimiento de avance abandonamos el campamento para descender al valle de Minas bajas, en la creencia de que por aquellos sitios habíamos de sostener un fuerte combate con el enemigo, nuestra suposición no resultó del todo errónea, si bien se redujo á un combate parcial, sin consecuencias por nuestra parte, sostenido por las guerrillas con un fuerte destacamento enemigo que, como de costumbre, no quiso cruzar sus machetes con los nuestros contentándose con hacernos algunas descargas á larga distancia.

En Minas bajas también hallamos un crecido número de bohios que fueron pasto de las llamas, destruimos los sembrados, dando muerte á cuantos caballos enfermos caían en nuestras manos para que el enemigo no pudiese aprovecharlos.

A medida que iba avanzando la columna, á su retaguardia

iban levantándose espesas humaredas; eran los exploradores, que en cumplimiento de las órdenes recibidas proseguían su tarea destructora. Al día siguiente llegamos al valle de Provincial, verdadero paraíso de la grande Antilla, cuya hermosura y fertilidad puede competir con el lugar donde habitaron nuestros primeros padres, y en aquel sitio hallamos tanta riqueza como en Minas Ricas, á la cual cupo la misma suerte. Sólo se salvó del incendio una pequeña cantidad de tabaco. Ocultos por un espeso monte había dos grandes cobertizos de guano y yagua y en ellos había depositado el enemigo grandes cantidades de tabaco en rama cuyo valor fué calculado, por un práctico en más de 100,000 duros, también fueron entregados á las llamas.

Durante estas operaciones, un destacamento de la guerrilla de Burgos formado por diez hombres se separó alguna distancia de la columna, y cuando menos lo esperaba se halló cercado por el enemigo, la superioridad numérica de los adversarios no acobardó á los guerrilleros, quienes imposibilitados de cargar al machete por impedirlo las condiciones del terreno echaron pie á tierra y parapetándose detrás de los árboles pusieron á raya con sus certeros disparos la audacia de los insurrectos: uno de los guerrilleros que combatían en primera línea fué herido en un muslo momentos antes de que la columna llegase en nuestro socorro, después de media hora, y habiendo sido necesario que los soldados le trasladasen al lugar donde se hallaba el médico se le practicó la primera cura.

Según el reglamento de recompensas todo herido grave en acción de guerra, tiene derecho á ser condecorado con una cruz del mérito militar roja, pensionada con 750 pesetas men-

suales, dicha pensión es vitalicia, pues bien fué tanto el interés que por aquel infeliz demostraron sus superiores que aun no ha sido recompensado, verdad es que tampoco se tomaron el trabajo de proponerle á la superioridad, contentándose en dejarle tres días después de lo ocurrido el hecho en la enfermería de Cumanayagua, población en la cual se alimentó á los enfermos y heridos durante varias temporadas con boniatos y calabaza.

Para quienes resultaron una verdadera ganga estas operaciones, fué para alguno de los encargados de suministrar á las compañías. En primer término, para la condimentación de los ranchos no era necesario comprar carne, pues en el campo la hallamos con sobrada abundancia hasta el punto que la menestra comprada para cuatro días llegó á durar ocho ó nueve, pero eso sí, en la distribución de fin de mes no se olvidaron los comandantes de compañía de cargar al soldado al valor completo del rancho, como si todo cuanto había consumido hubiese costado el dinero. Así es que muchos capitanes al liquidar con la caja alcanzaban algunos cientos de duros que bonitamente se metían en el bolsillo.

El lector preguntará: ¿Los jefes del detall no intervenían en estas liquidaciones?

—Sí, señor.

—¿No podían comprender que no era posible que un capitán pudiese adelantar trescientos ó cuatrocientos duros mensuales para el suministro de su compañía?

Yo sólo puedo contestar lo siguiente: hubo en el ejército de Cuba bastantes comandantes de compañía que siempre alcanzaban en sus liquidaciones, sé de uno que durante quince me-

ses que ejerció el mando de una compañía alcanzó más de dos mil duros, de los cuales se le expidió abonaré, cuyo número y fecha debe constar en el libro de caja... tente pluma, no estampes el nombre del batallón y se descubra el pastel.

Este era uno de los muchos modos de explotar al soldado, y al menos que yo sepa, aun no hay en presidio ninguno de los explotadores.

X

Como se mata un batallón

Viéndose la insurrección acosada por todas partes, sin poder establecer en ningún sitio campamentos, hospitales, ni depósitos de viveres que no cayesen á los pocos dias en poder de las tropas, y considerando que el punto de refugio más seguro para ellos era la Ciénega de Zapata, á ella trasladaron sus talleres de armería, estableciendo allí, aunque de modo bastante primitivo, fábricas de pólvora, con la cual recargaban las vainas de la cartuchería disparada que las tropas dejaban abandonadas en los sitios de combate.

Constituyen la Ciénega de Zapata un verdadero laberinto de terrenos pantanosos entre los que sobresalen pequeñas alturas, únicas transitables, llenas de pedregales puntiagudos, clases de piedra que se conoce en el país con el nombre de *diente de perro*, que inutiliza el casco de los caballos, que por descaído lo pisan y destroza los pies de los infantes. En algunos

sítios la vegetación es exuberante, si bien las viudas no se dan con tanta abundancia como en el resto del país. Antes de la insurrección, la Ciénega de Zapata fué el refugio de los bandidos que asolaban las provincias de la Habana, Matanzas y Cienfuegos, y el lugar donde no sólo ocultaban el fruto de las rapiñas, sino vivían tranquilamente largas temporadas al lado de sus familias sin miedo á que nadie les molestase.

Desde los comienzos del año 1897, fuerzas insurrectas iban conduciendo al interior de la Ciénega cuantas reses vacunas y caballos podían recoger, haciéndolo con tanta actividad que en pocos días dejaron limpias de ganado las zonas de Aguada, Yaguaramas y demás de aquellos contornos. Las plantaciones de caña eran destruidas por los destacamentos insurrectos refugiados en la Ciénega, que continuamente asolaban la comarca con sus correrías. A consecuencia de todo esto se propuso el general Prats, penetrar en la Ciénega y limpiarla de enemigos, eligiendo para este fin al batallón de Burgos por ser el que mayor fuerza tenía disponible, pues al ser revistado por el general Weyler en Cienfuegos, presentó en línea de parada 1,377 hombres útiles para entrar en operaciones. En el mes de Mayo embarcaron estas fuerzas en Cienfuegos juntamente con las del batallón de Bailén; después de una noche de navegación desembarcaron en el sitio conocido por la Machina, siendo protegidos en esta maniobra por dos cañoneros.

Siendo necesarios en la Ciénega de Zapata hombres muy prácticos del terreno para que las operaciones que se ejecuten puedan producir algún resultado, como guía de cada una de las pequeñas columnas que con el batallón de Burgos se formaron, iban los más hábiles conocedores del terreno. Desde el

primer día que comenzaron las operaciones pudimos convenirnos de que el enemigo había tenido con anticipación noticias de ellas, por todas partes hallábamos campamentos abandonados, pero en ninguno fuerzas enemigas, que por su número y organización mereciesen en nombre de tales.

En la entrada de un bohío en el cual había restos de pieles cortadas de un modo primitivo hallamos un cartelón escrito con letra bastante defectuosa que decía: «El talabartero por falta de parroquia se muda á la Siguanea.»

No esperó esta vez el enemigo á que nosotros le destruyésemos sus campamentos, pues al abandonarlos les pegaba fuego. Entre las familias los llamados pacíficos, que en bastante número se habían refugiado en aquella comarca, hizo correr la voz de que los españoles no daban cuartel á nadie, y lo mismo mataban á los hombres en armas que á las mujeres, ancianos y niños, manifiesta calumnia con que nos obsequiaron durante la campaña; pronto pudieron convencerse las familias que cayeron en nuestro poder ó voluntariamente se nos presentaban, que el soldado español, lejos de tener instintos sanguinarios, es noble y generoso como ninguno, pues lejos de maltratarles ni aun de palabra, compartía con ellos su mezquina ración. Verdad es que el aspecto que presentaban aquellos infelices decían ser amigos de España, por más que en el fondo de su alma creo nos odiaban encarnizadamente, infundia profunda conmiseración; casi todos cuantos hallamos, más que seres vivos, parecían esqueletos cubiertos por piel amarillenta, seca y rugosa, otros estaban inchados por la fiebre ó cubiertos de úlceras, en las cuales se agitaban los gusanos royendo la podredumbre de una carne descompuesta.

Los chiquillos, los seres que siempre inspiran más lástima, los encontramos á todos escualidos y macilentos, llevando retratado en sus cuerpos los estragos del hambre y en su brillante mirar los horrores de la fiebre.

Recuerdo que al penetrar en un campamento abandonado, en el que aun humeaban los restos de algunos bohios, hallamos seis mujeres, descalzas y casi desnudas por completo, en redor de ellas habría más de veinte chiquillos, ninguno de los cuales excedía de ocho años.

Nuestra presencia no debió causarles la más mínima sorpresa, pues al penetrar los soldados ni siquiera se movieron, contentándose solamente con dirigirles una mirada que más que espanto ú odio expresaba indiferencia, á las preguntas que el jefe de la fuerza les dirigió apenas contestaron, en tanto los soldados sacando de sus morrales la poca galleta que llevaban la distribuyeron entre los niños, más que comer las infelices criaturas devoraban, y á los pocos momentos, casi todas las provisiones de los soldados, habían pasado al estómago de los niños y de las mujeres, entre las cuales sólo una parecía no tener apetito. Estaba la infeliz sentada á la sombra de una palmera, teniendo en su regazo una criatura de pocos meses envuelta en una mala tela de saco, aquella infeliz aun conservaba intacta en su mano una galleta que le había dado un soldado, sus ojos estaban fijos en la criatura que inútilmente se afanaba por sacar jugo á un pecho que, no era más que una piltrafa colgante.

—¿Usted no come?—la preguntó un soldado; la mujer fijando en él sus ojos humedecidos por el llanto, y con el dolor

propio de una madre que ve paulatinamente irse extinguiendo la vida del ser que lleva en sus entrañas, le repuso:

—¡Mi hijo!... ¡Se muere y es de hambre, ya ve usted, no tengo nada que darle! En aquel instante el niño comenzó á llorar desgarradamente. El soldado como si en aquel momento se acordase de algo que pudiese devolver la vida á la criatura, salió corriendo con precipitación, á los pocos momentos volvía otra vez al lado de la madre juntamente con otro soldado que le ayudaba á conducir una cabra de leche que hacía pocas horas habian tenido la fortuna de encontrar, entre varios soldados sujetaron á la cabra y la famélica criatura pudo saciar su hambre con las repletas ubres de la nodriza que la suerte le había deparado.

La desdichada madre al ver á su hijo satisfecho comenzó ella también á devorar la gallata hasta entonces intacta, secó su llanto y la alegría volvió á reflejarse en su semblante entrando en conversación con los soldados.

Al preguntarla porqué no se había presentado á las tropas, la mujer respondió: —Porque nos decían que ustedes mataban á todo el mundo, que no perdonaban á nadie...

—Sí, que éramos fieras, la interrumpió un soldado. Pues ya han visto ustedes como nos portamos.

Escenas de esta índole se han repetido con bastante frecuencia durante toda la campaña y estoy seguro que muchas mujeres cubanas no las habrán olvidado y al acordarse de ellas no podrán menos que bendecir á los que fueron sus salvadores, aunque continuen odiando el nombre de España.

Cuando salimos de aquel campamento los niños y las mujeres marchaban confundidos con los soldados, y muchas cri-

turas que por su estado de debilidad se hallaban imposibilitados de seguir la marcha iban á caballo sobre los hombros de los defensores de España.

Cerca de un mes duraron las operaciones en la Ciénega de Zapata y durante este tiempo los soldados del batallón de Burgos, recogieron más de seiscientas personas, las cuales después de alimentadas, se las fué trasladando á Cienfuegos.

No puede negarse que el sistema empleado por el general Prats en sus operaciones, le producía siempre buenos resultados, cierto que en la Ciénega si se exceptúan unas cuantas escaramuzas de escasa importancia no hubo ningún encuentro con el enemigo; el general consiguió realizar casi todo su plan como era el de arrojar al enemigo de aquellos sitios, destruirle sus talleres, y hasta la imprenta donde se componía un periódico separatista, y su proceder no merecería más que elogios si se hubiese cuidado con más preferencia de la alimentación del soldado, pero en esta ocasión, lo mismo que en otras no se cuidó más de que las diez acémilas puestas para su servicio por la administración militar llevasen abundantes provisiones.

Las malas condiciones del terreno en que se operaba impedían la marcha de las acémilas, y los pobres soldados habían de llevar en sus morrales raciones para seis ú ocho días, compuestas únicamente de arroz, tocino y galletas, raciones que además de compartirlas con las familias que íbamos recogiendo había que alargar para mayor número de días que el señalado; únase á esto la carencia absoluta de cuanto el soldado puede apetecer en campaña, pues la carencia de tabaco fué tanta que un cigarrillo llegó á cotizarse á peseta y aun así la

falta de tabaco fué tan grande que no todos los que tenían dinero pudieron fumar.

Muchos días tuvo que pasarles la tropa sin comer, y el hambre fué tan grande que los soldados no sólo comían los cogollos de las palmeras, sino también colas de cocodrilos ó caimanes.

Otra de las privaciones que más mortificaban al soldado fué la falta de agua, muchos días se hicieron jornadas durante la fuerza del calor sin hallar un solo arroyuelo donde poder mitigar la devoradora sed que nos consumía. Cuando la fortuna nos deparaba un hueco formado por piedras á los que se da el nombre de cachimbas, lleno del transparente y codiciado líquido é íbamos á aplicar con avidez nuestros sedientos labios, el espantoso hedor que manaba de aquel lugar nos obligaba á retirarnos con rabia y con asco: dentro de la cachimba veíamos nadar los fangosos cangrejos corruptores del agua. Ocasiones hubo en que la sed fué tan mortificante, que nos obligó á tirarnos sobre fangosos charcos, y poniendo el sucio pañuelo á modo de colador chupábamos con avidez un líquido mal oliente, que si bien nos humedecía los labios, aliviándonos de momento, emponzoñaba nuestra sangre con el germen del paludismo.

La falta de agua hizo que no pudiésemos lavar la ropa que hecha mil girones nos servía de vestido, y bien pronto los parásitos se enseñorearon de nuestros cuerpos. El ingenio del soldado que suele encontrar recursos en todas partes, suplió bien pronto la falta de calzado, haciéndose abarcas con pieles de bucy y de cocodrilo, siendo las de esta última clase las que mejores resultados produjeron, pues me olvidaba decir que á

los ocho días de entrar en la Gléuega, las piedras llamadas de *diente de perro* habían dado fin de todo nuestro calzado, y no eran solamente los soldados quienes gastaban abarcas, sino también muchos jefes y oficiales que apelaron á este recurso para no ir descalzos.

A pesar de tantas fatigas y privaciones como sufrimos durante estas jornadas el batallón no tuvo más bajas que unos diez y ocho enfermos y tres ó cuatro heridos habidos en las escaramuzas, lo cual prueba una vez más, que aquellos cuerpos cuyos jefes cuidaron con preferencia de la alimentación del soldado tuvieron siempre nutridas sus filas.

XI

La jornada de la muerte

Como complemento á las muchas fatigas soportadas en la Ciénega, el batallón fué destinado á operar en la extensa zona, que empieza en el poblado de Arimao y termina en el sitio conocido por la Caleta del Inglés, faja de terreno de más de siete leguas de longitud, limitado al sur por el mar y al norte por las altas montañas de Siguanca, compuesto en su casi totalidad de potreros en los que abundaba extraordinariamente el ganado vacuno.

Como de costumbre, el objeto principal de las operaciones que íbamos á ejecutar en aquella parte, se reducía á destruir las siembras hechas por el enemigo y á recoger el ganado de los potreros, el general Weyler se había propuesto con aquel plan de operaciones aniquilar á la insurrección por hambre, y lo iba consiguiendo.

El soldado español durante la campaña tuvo que aprender de todo, y había muchos, con especialidad guerrilleros, que en-

lazaban unas reses con tanta destreza como el más hábil monterero. Cumpliendo las órdenes dictadas por el general, las guerrillas comenzaron la recogida de las reses, que por centenares embarcábamos para Cienfuegos, esta operación se hubiese hecho sin ningún incidente, si en los potreros de la Vega Vieja no hubiéramos tropezado con una ganadería de reses bravas, que nos dieron más de un disgusto, causándonos la pérdida de algún caballo y contusiones á tres ó cuatro guerrilleros; pero esta vez el soldado comía bien y con abundancia, no carecía de nada, estaba contento y trabajaba con tanto gusto y actividad que en menos de un mes el general vió cumplidas sus órdenes, no quedando por aquellos sitios ni una sola res ni un sólo lugar por oculto que estoviese que pudiera servir de refugio al enemigo.

En tanto realizábamos estas operaciones se fortificaban las bocas del río de San Juan, para impedir que el enemigo continuase recibiendo armas y municiones por aquel sitio, uno de los más favorables de la isla para efectuar desembarcos y por donde en mayor número y cantidad se habían verificado en las Villas, fortificábanse también las alturas de Gavilán y Gavilancito, evitando el continuo cruce de partidas que hasta entonces habían campado libremente por aquellos sitios, y todo hacía presumir que el enemigo se vería obligado á abandonar aquellos lugares, como efectivamente sucedió poco tiempo después.

Mientras permanecimos por aquellos lugares todo fué bien, pero una vez que nos internamos en los abruptos lugares de la Lignonea comenzaron nuevamente las fatigas y privaciones para el soldado; faltaba solamente registrar el último rincón de aquellos lugares que por ser sitio colocado en las inmediacio-

nes del mar, el enemigo tenía allí sus salinas; reconcentrado el batallón en las alturas y valles de Guayanaba, comenzaron los reconocimientos. Bien pronto las fuerzas destacadas, hallaron ocultas en las sinuosidades de la costa enormes pailas de hierro cuyo transporte á aquellos lugares debió costar al enemigo muchos afanes y trabajos. Esos grandes recipientes les llenaban de agua del mar, y á fuerza de mantenerla en continua ebullición, conseguían que el agua al evaporarse deja en el fondo de la paila las sales que contenía juntamente con las sustancias amargas.

Esta clase de sal era la única de que el enemigo podía disponer. Careciendo de herramientas adecuadas para romper las pailas, los soldados habían de trabajar largo tiempo, y sólo después de un continuo machaqueo, para el cual se servían de piedras, lograban verlas rotas. De este modo fueron distribuyéndose en poco tiempo todas las salinas de la costa en el espacio comprendido entre la Caleta del Inglés y la desembocadura del río Arimao, es decir, en un espacio de 40 kilómetros.

Si bien en los potreros, de lo que pudiéramos llamar con bastante impropiedad parte llana de la costa, habíamos recogido la casi totalidad de las reses que en ellos existían. Estas operaciones fueron ejecutadas bajo la vista de los centinelas enemigos continuamente apostados en las atalayas que dominan aquellos lugares.

El general Pratz sospechó con sobrado fundamento que los insurrectos debían haber hecho grande acopio de ganado, ocultándole en las fragosidades de las montañas; y, en efecto, el general no se equivocó en sus cálculos. En el centro de Guayanabo, en un valle donde la yerba crece en abundancia, allí

tenían los insurrectos encerradas en grandes corrales más de quinientas reses. Este hallazgo produjo grande contento en las tropas, pues aquella recogida no solamente les evitaba bastante trabajo, sino también les proporcionaba abundante alimentación.

Por orden del general se distribuyó á las compañías cuantas reses necesitasen, orden que dicho sea de paso, no era necesaria, pues ya los soldados, adivinando que el hallazgo era suyo, habían dado principio á la matanza, y pronto multitud de hogueras denunciando otras tantas cocinas improvisadas, brillaron en el campamento. Para que el banquete fuese completo, faltaba pan y vino, pero la dura galleta substituía al primero y los cristalinos arroyos al zumo de cepa. En todos los corrillos se comentaba alegremente aquella abundancia, poniéndola en parangón con las hambres sufridas en la Ciénega de Zapata. Pronto una noticia vino á turbar la alegría de los soldados: el general había dicho que era preciso economizar á toda costa las raciones de tapa y dar al soldado única y exclusivamente carne á todo pasto. Con este motivo se recordó la marcha hecha en Febrero del 96 por las lomas de Monte-Obscuro, durante la cual la alimentación del soldado fué sólo de carne, produciendo con este motivo la disenteria grandes bajas en la columna.

Ignoro si algún jefe hizo sobre este punto alguna observación al general, pero si que éste dijo: «Si el soldado pide galleta, carne; si quiere arroz, carne; y siempre carne, mientras estemos aquí carne y más carne, ha de ser su alimentación,» y en efecto, la orden del general se cumplió casi al pie de la letra, y durante los días que estábamos en el centro de Guaynabo no se comió más que carne, y las auras tiñosas perpetuas

denunciadoras de los campamentos invadían el nuestro, ávidas de devorar la abundante pitanza que en él encontraban.

Antes de proseguir la marcha para internarnos en el corazón de la cordillera, se sacrificaron todas las reses que quedaban, entregándolas al fuego, para que el enemigo no se aprovechase de ellas y la podredumbre no infectase la atmósfera.

Esta medida se dictó en vista de que los malos caminos que habíamos de seguir hubiesen hecho muy difícil la conducción del ganado, pero si bien al emprender la marcha no se llevaron reses para la alimentación de la tropa, no por eso se olvidó el general de encargar fuese en la impedimenta una magnífica vaca con su cría, para tener siempre para su consumo leche en abundancia.

Cuantos platanares cafetales y siembras encontrábamos á nuestro paso eran destruídos, produciendo estas faenas enormes fatigas al soldado. A los cuatro días de empezar estas operaciones comenzaron á escasear los víveres siendo necesario poner á las tropas á media ración.

Largo sería el relato de todas las vicisitudes sufridas por el soldado durante el tiempo que estuvimos registrando lugares tan intrincados como las lomas de San Ramón, San Pedro, el Purgatorio; Curvas de Cirilo, Gorro del Catalán y demás, cuyas elevadas cumbres son casi inaccesibles á la planta del hombre.

La falta de raciones llegó á ser absoluta y durante algunos días tuvimos que alimentarnos con boniatos, plátanos y calabaza, artículos que si bien llenan el estómago, su falta de substancias nutritivas no repara las fuerzas de quien las consume, pero también estos artículos que hasta entonces íbamos encon-

trando, principiaron á escasear, concluyendo por no hallarse en ninguna parte. Pronto el hambre empezó á causar estragos en la columna. A poco de emprender una jornada ibanse quedando rezagados por las abruptas veredas multitud de infelices cuya debilidad era tan grande que apenas podían soportar en su mano el peso del fusil, el cual apretaban nerviosamente temiendo que se les escapase. He visto muchas veces al soldado español, abrumado por la fatiga, tirar las raciones que conducía en su morral, sin acordarse para nada que aquel alimento podría ser su salvación del día siguiente; pero jamás le he visto tirar el fusil ó los cartuchos.

Los horrores del hambre hicieron que los egoísmos del instinto de conservación se despertasen en el soldado, aquel á quien la fortuna le deparaba el encuentro de un boniato, haciendo cuanto le era posible para que sus compañeros no se aperibiesen del hallazgo, iba á devorarle á un lugar solitario y más de una vez los soldados se disputaron á puñetazo limpio la posesión de cualquier vianda.

Indiferente á tantas miserias el general Prats continuaba las operaciones como si á pocas leguas de distancia no existiese el poblado de La Sierra, en cuya bien provista factoría hubiésemos podido aprovecharnos de raciones.

Eran ya tres ó cuatro los soldados que habíamos enterrado en aquellas lomas muertos á consecuencia del hambre y las fatigas, cuando á la caída de la tarde acampamos en las inmediaciones de la Cueva de Cirilo, como de costumbre el general mandó armar su tienda de campaña y pronto su cocinero se puso á prepararle la cena para él y sus ayudantes, pues debo advertir que en esta marcha el general no empleó para la con-

ducción de sus víveres y equipaje *nada más* que once acémilas, por lo tanto creo inútil decir al lector que su excelencia no carecía de nada. ¡Oh, con que envidia contemplaban los infelices soldados las faenas del cocinero! Hacía nueve días que estábamos sin raciones, y aquella desgracia hizo que no encontrásemos en nuestro camino ni un mal bouiatio con que entretener el hambre. De nada sirvió que por orden del general se encendiesen multitud de hogueras si no había qué guisar en ellas. Otro ejército menos sufrido que el nuestro estoy seguro que dando al traste con la subordinación hubiese asaltado las provisiones del general y roto las cajas donde las guardaba. Nada de esto sucedió y el soldado se conformó con decir: «El general quiere matarnos á todos de hambre, él come y nosotros no.»

Más afortunada la guerrilla tuvo la suerte de encontrarse un potro que apenas contaría cinco días de edad, el hambre es poco amiga de los escrúpulos y desechándolos por completo, el potro fué sacrificado y repartido entre los guerrilleros con tanto cuidado y equidad como entre los fanáticos pudieran serlo veneradas reliquias. Entre todos los guerrilleros no hubo más que uno que se negase á comer una carne que nuestro apetito halló saz deliciosa: el corneta, pobre muchacho que apenas contaría 22 años; en vano era que los demás compañeros le instasen á que siguiese su ejemplo; encerrado en el mutismo más absoluto sólo respondía con signos negativos. Después de portarle mucho se pudo conseguir que pidiese un poco de café, acto seguido tres ó cuatro soldados corrieron á un cafetal inmediato y de las matas arrancaron los colorados granos que al recibir los destellos de la luna parecían trozos de coral pendientes del ramaje. Los guerrilleros, en el afán de servir á un

compañero moribundo, no repararon en que aquel café estaba sin curar, con pasmosa rapidez le descascarillaron y después de tostado y molido caen en la cuenta de que les falta azúcar, esta falta también queda subsanada, un guerrillero recuerda haber visto próximo á los restos de un bohío incendiado unas colmenas y sin miedo á las abejas ni á caer en poder de las partidas enemigas que observando nuestros movimientos vagaban en torno del campamento corre presuroso en su busca regresando á poco trayendo varios panales; pronto estuvo hecho aquel breva-je y satisfecho: los deseos del moribundo compañero.

Cerca del amanecer llamó mi atención ver que la casi totalidad de los guerrilleros francos de servicio estaban en torno de la hamaca donde yacía el corneta, me aproximé á él y pude observar que sus ojos se hallaban desmesuradamente abiertos, los labios contraídos por amarga sonrisa. Traté de animarle con mis palabras, y con entonación muy débil, en la que se reflejaba la amargura de un ser res'guado ante la idea de una próxima muerte, me contestó:

—Cuanto V. diga para infundirme valor y todo cuanto hagan mis compañeros por salvarme es completamente inútil, sé que me muero, y me muero de hambre. ¡Oh, si mi pobre madre supiese la causa de mi muerte moriría ella de dolor!... En mi casa no somos ricos pero nada nos falta. En su última carta me decía mi pobre madre, que guarda aún los jamones de la última matanza para celebrar con ellos mi regreso. ¡Infeliz, cual lejos estaba de sospechar que yo había de perecer de hambre!

No volveré á verla, pero por Dios suplico á todos que nunca sepa la causa de mi muerte, decídla que fué una bala ene-

miga la que me mató... ¡Adiós madre mía! y como si al pronunciar estas frases hubiese concluído con las últimas fuerzas que le quedaban, entró en el período agónico.

Al amanecer amortajado con su hamaca dábamos sepultura al pobre corneta al pie de una guásima. El infeliz era una víctima más que el hambre había causado en aquellas operaciones.

De suponer es que los jefes del batallón al dar noticia de estas defunciones al general Prats, le explicasen las causas que las motivaban, lo cual no debía causar mucha impresión en el ánimo del general, pues éste solo mandó racionar á las tropas cuando lo tuvo por conveniente.

A estas operaciones, las bautizó el soldado con el nombre de «¡La jornada de la muerte!»

XII

La Siguanea

El día que el general Prats se separó de nosotros en Manicaragua, fué un día de verdadero júbilo para el batallón, pero ¡ay! ya no era aquel cuerpo tan lucido que tanto llamó la atención del general Weyler al revistarle en Cienfuegos. De los 4,377 hombres que tenía en sus filas cuando comenzó las operaciones bajo las órdenes del general Prats, apenas si le quedaban 500 y estos débiles extenuados por el hambre y la fatiga y muchas víctimas del paludismo.

En cada población á que llegábamos, la columna sufría sensibles bajas, pues era necesario mandar al hospital de 80 á 400 hombres; hubo expedición de enfermos cuya cifra llegó á 150.

Alejado de nosotros el general Prats y teniendo en cuenta el extraordinario número de bajas sufridas por el batallón y el pésimo estado de salud de los individuos que aun permanecían en filas, todos esperábamos que durante algún tiempo se

nos permitiría descansar, único medio de que el batallón se repusiese, pues siendo las bajas sufridas de enfermedad y no de bala, (durante las operaciones que acabábamos de ejecutar sólo tuvimos tres heridos) la casi totalidad de los enfermos no hubieran tardado mucho tiempo en tornar á incorporarse á las filas.

A juicio de todos con un mes que se nos hubiese permitido descansar, el batallón se hubiera encontrado de nuevo en buenas condiciones para volver á entrar en campaña; desgraciadamente no fué así, y los restos de aquella columna, recibieron orden de acampar en el asiento de Signanea. Forma el lugar conocido con este nombre un extenso valle de forma irregular rodeado por altísimas montañas de tierra vegetal de extraordinaria fertilidad. La escabrosidad de aquellos terrenos hicieron que el enemigo estableciese en ellos sus siembras y campamentos, siendo una de sus más seguras guaridas, por lo muy difícil que era á las tropas maniobrar por aquellos sitios. Cruza el valle el río Hanabanilla, cuyas aguas cristalinas conservan siempre grata frescura, teniendo la propiedad de estimular el apetito. El valle de Signanea, goza fama de ser uno de los sitios más sanos de la isla, fama cuya justicia no disento, pero sí afirmo, que al menos con nosotros no queda demostrada, pues desde el momento que acampamos en aquel lugar, diariamente aumentaba el número de enfermos; pronto se descubrió el origen de tanta enfermedad, según el médico, la causaban las aguas, estimulando el apctito de los soldados cuyo único alimento consistía en arroz, tocino y galletas, muchas veces en cantidad tan insuficiente que había que distribuir media ración por plaza.

El punto más próximo para racionarnos era Cumanayagua, población distante unas seis leguas del campamento, y tan escasa de recursos que los comercios no podían dar abasto á las necesidades de la columna, los pocos artículos que podíamos proporcionarnos además de la ración de etapa, no obstante ser malos, habían de pagarse por lo poco, á doble precio de lo que costaban en Cienfuegos; únase á ésto que alguna vez fuimos á Cumanayagua en busca de raciones y nos encontramos la factoría completamente desprovista de ellas, y al comercio poco dispuesto á facilitarnos víveres, si no se les pagábamos en el acto, resultando de aquí que como recompensa á los muchos trabajos sufridos por el batallón, como fin de fiesta se nos condenaba á morir de hambre, pues debo advertir que por falta de dinero ú otras causas, en el batallón se suprimió la caja de campaña.

Desde el primer día que llegamos al asiento de Siguaneya, comenzaron los trabajos de campamento y fortificación. Antes de que la tea incendiaria hubiese devastado el país, existían en aquel lugar multitud de viviendas, entre las que había tres establecimientos muy bien surtidos, á los que en el país se da el nombre de bodegas y hornos de coeer pan, de todo aquello no quedaban más que los restos de algunas viviendas respetadas por el incendio, los cuales tuvimos nosotros que aprovechar.

Desde el momento que comenzamos los trabajos de fortificación tropezamos con la dificultad de la falta de herramientas, las únicas de que podíamos disponer eran algunas hachas de partir leña, y las palas de tres ó cuatro guatacas que encon-

tramos abandonadas á las cuales hubo que poner mango y los machetes de la guerrilla.

Como ya he dicho, el asiento de Siguanca está rodeado de altísimas montañas, desde una de las cuales se domina tan considerable extensión de terreno, que en días claros se ven Cienfuegos y Santa Clara, punto el más próximo que distará unas doce leguas para llegar á la cúspide de esta eminencia; un hombre que caminase sin conducir ningún peso, forzosamente había de tardar cuatro ó cinco horas en el trayecto, descansando varias veces, juzgue ahora el lector los enormes sacrificios que representaría para el soldado el conducir á dicha eminencia los materiales necesarios para la construcción de un fuerte.

Durante más de un mes puede decirse que los soldados no tuvieron ni un solo día de descanso; desde el instante que la luz del día comenzaba á despuntar poníanse en movimiento, y en tanto que unos se dedicaban á la construcción de fuertes, otros levantaban bohíos. Distribuidos por diferentes sitios del asiento, se señaló á las compañías los lugares donde habían de construirse sus respectivos campamentos, edificando un bohío para cada diez hombres.

Como este modo de acampar era bastante defectuoso y muy expuesto á que el enemigo pudiese dar algún golpe de mano, pues había compañía que distaba del campamento central cerca de dos kilómetros, con muy buen acuerdo el comandante que había quedado al frente del batallón mandó reconcentrar las fuerzas, lo cual implicaba nuevas fatigas para los reconcentrados, terminado el trabajo general del campamento, comenzó lo que pudiéramos llamar el de adorno del mismo, edificándose

pabellones hechos con verdadero lujo y por último, un puente sobre el río Hauabanilla, puente que hubo que reconstruir varias veces, pues siempre que el río tenía alguna crecida causaba en él grandes desperfectos.

La falta de alimentación nutritiva y el constante trabajo que los soldados soportaban produjo sus efectos, y pronto el ochenta por ciento de los individuos cayeron enfermos, teniendo necesidad de habilitar para los más graves una enfermería provisional, en las que no había otros lechos que las mezquinas hamacas. Por fortuna, gracias á la previsión del comandante, el botiquín de campaña se hallaba bien surtido de los medicamentos más necesarios; pero el problema de la alimentación, único que nos podía salvar á todos seguía sin resolver, faltos de carnes con que hacer cablos, hubo que apelar á las latas de leche condensadas, pues si bien de Cienfuegos se trajeron jamones y chorizos, estas carnes, por la mala condición con que están curadas, más que beneficiar perjudican á los organismos enfermos.

A más del paludismo, que ya casi todo el batallón venía sufriendo, el vómito comenzó á causar terribles estragos en el campamento, en pocos días fueron cerca de cuarenta los individuos que tuvimos que enterrar en un guayabal, muertos por tan terrible enfermedad; gracias á los talentos é interés que por los enfermos tenía el médico del batallón las bajas no fueron mayores; este buen señor, para quien siempre los soldados de Burgos tendrán un recuerdo de gratitud, no obstante, hallarse él atacado de paludismo, las horas que se veía libre de los efectos de esta enfermedad, la dedicaba á recorrer todos los bohíos del campamento, examinando con detención enfermo

por enfermo, después de recetarles cuidaba que se les suministrasen en debida forma los medicamentos, y con sus palabras iba infundiendo valor en muchos á quienes la apatía causaba más daño que la enfermedad.

Las órdenes que de Cienfuegos se recibían, lejos de venir á aliviar la situación del batallón la empeoraron. No teniendo comunicación directa con el cuartel general, únicamente recibíamos sus órdenes, cuando se iba á racionarse á Cumanayagua, órdenes en las que siempre se mandaba al batallón que ejecutase operaciones por varios días, cuyo número era siempre mayor que las de raciones que quedaban á las fuerzas que guardaban el asiento, así es que, cuando regresábamos al campamento, los que en él habían quedado llevaban algunos días alimentándose solamente con calabaza y boniato.

A consecuencia de todo lo referido, los soldados cobraron verdadero horror á la Sigüanea. Desde el instante que se daba orden de organizar una columna para ir á Cumanayagua, muchos enfermos abandonaban sus hamacas para formar en las filas, siendo inútil que las clases les advirtieran que no podrían continuar la marcha, todos contestaban afirmativamente en su afán de abandonar aquellos lugares. Salida hubo en que todas las acémilas del batallón y la casi totalidad de los caballos de la guerrilla iban ocupados por los enfermos, algunos de los cuales, iban en tan grave estado, que hallaron la muerte antes de llegar á Cumanayagua.

Llegó una época en que ya no eran solamente los enfermos los que trataban de abandonar La Sigüanea, pues muchos de los que aun se hallaban en condiciones de seguir operando, se fingían enfermos ó apelaban á cuantos recursos le surgieren al

soldado su ingenio para abandonar el batallón. Los que salían del hospital de Cienfuegos, una vez en el depósito de transeuntes, buscaban el modo de que se les mandase destacados á cualquiera de los muchos fuertes de la zona de Cienfuegos, llegando á ser tan grande el esparcimiento de soldados, que en la revista de comisario del mes de Julio de 1897, quedaron más de 300 por revistar, por ignorarse en las oficinas del batallón cual era su paradero.

XIII

A poner remedio

Debido á causas que sería prolijo y un tanto escabroso enumerar, hacia algunos meses que el batallón se encontraba sin teniente coronel, cuando fué destinado á mandarlo D. José Sánchez Morgán. Al presentarse este jefe en Rodas, punto donde entonces se hallaba la representación, quedó horrorizado al ver el estado de disgregación del cuerpo, de cuyo mando iba á encargarse.

Era entonces precisamente el mes que por ignorarse su paradero habían dejado de justificar más de trescientos soldados. La caja del batallón hallábase tan exhausta de fondos que en metálico no había dos pesetas, solamente podía disponerse de una pequeña cantidad en papel, cuyo valor en plaza era casi nulo; pero si en la caja del batallón no había dinero, en cambio en el almacén tampoco había prendas con que vestir al soldado. Por otra parte no era fácil que el comercio nos ayu-

dase á salir de nuestro apuro, pues el descrédito del batallón había llegado á ser tan grande, que en Cienfuegos no existía un sólo comerciante que quisiese fiarle géneros por valor de cien duros. En Rodas solamente una casa era la que seguía suministrando á las fuerzas destacadas en este poblado, y según confesión de dicho comerciante, lo hacía con la esperanza de cobrar una crecida cantidad que por diferentes conceptos le adeudaba el batallón.

El descrédito, repito, llegó á ser tan grande, que en cierta ocasión llegó á Cienfuegos un oficial con objeto de adquirir víveres para las fuerzas acampadas en Siguanoa; con este fin presentóse en uno de los almacenes más fuertes de la citada ciudad, cuyo dueño nos había suministrado otras veces víveres mediante recibo, por valor de algunos miles de duros, aquella vez se negó á ello diciendo clara y terminantemente que al batallón no le fiaba un centavo, pero no tenía inconveniente en facilitar algunos víveres, siempre que del valor de los mismos respóndiese cualquier oficial, no el cuerpo.

No faltó quien quisiera averiguar la causa de todo esto, tarea bastante fácil, pues los comerciantes no se ocultaban en manifestarla; el causante de todo era el papel, el cual se les entregaba al hacerles efectivos los recibos que presentaban al cobro, en cantidad mucho mayor de la que á ellos les convenía cobrar; decían que la caja del batallón cuando tenía dinero, pagaba con papel.

Otra de las cosas que más extrañeza causó al nuevo teniente coronel, fué el examen del libro en el cual se anotaban las recompensas otorgadas al batallón durante la campaña, hasta entonces no había más ascensos que el de un teniente coronel

que le mandó ascendido á coronel y el de dos sargentos á oficiales, cruces pensionadas apenas existían y sencillas en muy escaso número. El que examinando el estado del libro desconociere los trabajos del batallón, hubiese creído que él era de aquellos cuerpos que no habían prestado otros servicios más que cubrir como dos destacamentos, cuando en realidad la escasez de recompensas no demostraba más que el poco interés que el bien recompensado teniente coronel había tenido por los que fueron sus subordinados.

Conociendo el nuevo jefe que para reorganizar el batallón, poniéndole en condiciones de responder cumplidamente á la buena fama que gozaba en las altas esferas oficiales, había de proceder con talento y energía, comenzó por quitar al soldado su horror á la Siguanca. Horror nacido más de las fatigas sufridas, del hambre pasada en aquellos lugares. Al trasladarse á Cienfuegos, se presentó en el depósito de transeuntes, en el cual había más de doscientos soldados del batallón que hacía tiempo venían apelando á todos los medios que su ingenio les sugería para no incorporarse á la columna; con su palabra consiguió que toda aquella gente más que por fuerza le siguiese por voluntad.

El dos de Agosto nos remimos en Arimao con las fuerzas en operaciones, pero era tal el estado de postración en que los soldados de la columna se encontraban que aquel refuerzo apenas bastó para cubrir las bajas del crecido número de hombres que en pocos días pasaron al hospital.

Desde el primer instante que el teniente coronel se hizo cargo del mando de la columna, fué preocuparse de la alimentación del soldado, careciendo de dinero y de crédito para ad-

quirir víveres, no le quedó otro recurso que buscar carne fresca, la cual, con mucho trabajo, podíamos proporcionarnos en algunos ingenios principalmente en los del Rosario y Soledad. La presencia del teniente coronel fué despertando el abatido espíritu del soldado, que por instinto puso en él su cariño y confianza.

Algunos días después de hacerse cargo del batallón, llegamos al campamento de Sigüanea, en el cual existían unos doscientos soldados enfermos en su casi totalidad, faltos de raciones, y teniendo necesidad de enviar al hospital un crecido número de enfermos, regresamos á Cumanayagua.

Otra vez volvió á acordarse el general Prats del batallón de Burgos; y como el soldado decía no fué para nada bueno.

Toda la fuerza disponible del batallón había quedado entonces reducida, si mal no recuerdo, á 137 hombres á pie y 21 montados, tan exiguas fuerzas, reforzadas con algunas guerrillas movilizadas, recibieron orden de trasladarse á Guajinicó, en cuyo lugar había de construirse un fuerte. Nada de particular tendría esta orden si el teniente coronel, con los respetos debidos no hubiese hecho presente al general que las fuerzas que guarnecían el campamento de Sigüanea, solamente contaban con raciones para cuatro días, transcurrido este plazo, se envió á Cienfuegos un nuevo oficio recordatorio, pero nosotros continuamos operando y los de la Sigüanea sin racionar.

Cerca de un mes llevábamos separados del campamento cuando se nos dió orden de regresar á él; todos creíamos habrían sido racionados por alguna otra fuerza, pues nadie esperaba que el general les tuviese en el más completo olvido; desgraciadamente no fué así, pues aquellos infelices una vez ago-

tadas las raciones, estuvieron veintitrés días manteniéndose solamente con boniatos y calabaza, que habían de ir á buscar en pequeños pelotones, en las siembras hechas por el enemigo á larga distancia del campamento; para evitar que en lo sucesivo se repitiesen hechos de esta naturaleza, el teniente coronel trató de proveer de abundantes víveres el depósito del campamento; con este fin solicitó y obtuvo el auxilio de la brigada de transportes de Cienfuegos; se compraron terneras, y en pocos días llenamos de provisiones los almacenes del asiento.

Todo hacía prever que bajo el mando del señor Sánchez Morgán, no transcurriría mucho tiempo sin que las filas del batallón volviesen á nutrirse; así las cosas á fines de Septiembre recibiéronse órdenes de ejecutar nuevas operaciones en el interior de la Siguanea, y como muestra de la despreocupación ó poco tacto de algunos jefes voy á citar un hecho.

A las órdenes de un capitán nos encontrábamnos en Cumana-yagua unos ciento sesenta hombres de Burgos, entre ellos diez y ocho montados, el 30 de Septiembre llegó á este poblado bajo las órdenes del coronel que había mandado nuestro batallón, el de Antequera, cuya guerrilla tenía más de setenta hombres bien montados, gente decidida para todo y que más de una vez el filo de sus machetes había puesto en fuga al enemigo; para ejecutar las órdenes recibidas era necesario que las fuerzas de Burgos se uniesen á las que estaban en el campamento del Asiento, para lo cual nos era imprescindible atravesar el río Hanabanilla, operación entonces imposible de realizar á consecuencia de la grande crecida que á causa de las lluvias experimentó este río.

Impaciente el coronel por realizar las operaciones, diaria-

mente enviaba á los diez y ocho hombres de Burgos á reconocer su cauce. Dista de Cumanayagua, el único punto vadeable del río, más de seis kilómetros, llegan hasta su margen las altas montañas de la cordillera Siguanica, llenas de bosque y potreros, infestados entonces por las partidas insurrectas, contra las cuales, nada hubiesen podido hacer los diez y ocho guerrilleros á quienes tanta imprudencia exponía el coronel con sus mandatos á una muerte segura. Afortunadamente el enemigo se conformó con vigilarnos desde larga distancia y en las diferentes veces que reconocimos el cauce del Hanabanilla no nos hizo un solo disparo.

No sé qué razones tendría el coronel para no mandar á la guerrilla de Antequera, que por ser más numerosa que la nuestra se hallaba en mejores condiciones para repeler cualquiera agresión que practicase estos reconocimientos.

Órdenes tan imprudentes como ésta han sido dadas en Cuba muchas veces, y más de una vez fueron víctimas de las emboscadas del enemigo los pequeños destacamentos que las ejecutaron, sin que por ello se haya exigido estrecha responsabilidad á los jefes que con tan notoria imprudencia han enviado sus soldados á una muerte segura.

El día 5 de Octubre pudimos atravesar el Hanabanilla, llegando por la tarde al campamento, reunidas las fuerzas del batallón precipitadamente formóse una columna con toda la gente útil de que se podía disponer, consiguiendo reunir unos trescientos hombres, de ellos veintidos montados; con tan exigenas fuerzas iba el teniente coronel á cumplir las órdenes recibidas, órdenes que el que las dictó debía haberse olvidado

de la clase de terreno que debíamos atravesar y del considerable número de enemigos que en él se encontraba.

El día 6 por la noche acampamos en el valle y alturas de Tamarindo, á menos de media legua del lugar donde el enemigo debía tener reconcentradas el núcleo de sus fuerzas. Los antecedentes que de él teníamos, no podían ser más dignos de respeto. El titulado brigadier Rego, juntamente con los llamados coroneles Cayito Alvarez y el negro Camacho, reuniendo un total de más de ochocientos hombres, á los que había que unir cerca de trescientos jinetes acampados en el valle de Mercou, estaban perfectamente atrincherados en los puntos por donde nosotros habíamos de pasar.

Contaba también el enemigo con sobrados recursos para hacernos frente, hacía pocos días que en las bocas del río Arinas, había desembarcado una expedición conduciendo armas y municiones en tan considerable cantidad, que por no poderlas transportar dejaron abandonadas más de cuatrocientas cajas de cartuchos.

Antes del amanecer del día 7 la reducida columna de Burgos se puso en movimiento, conociendo el soldado del modo de combatir del enemigo, y comprendiendo que toda su atención debía reconcentrarla en las lomas que á su frente se levantaban, en las filas reinaba el más absoluto silencio; los guerrilleros en su exploración examinaban cuidadosamente el suelo, tratando de descubrir las huellas del enemigo. Todos esperábamos tener un rudo choque en el desfiladero formado por las lomas, á la entrada del lugar denominado Mercón. Sin disparar un solo tiro atravesamos la estrecha garganta, hallándonos al descender al valle con un destacamento enemigo que se dis-

persó á la vista de los exploradores. Solamente un insurrecto al verse alcanzado por un guerrillero le hizo frente, ambos dispararon á la vez sus tercercolas y caen al suelo para no volverse á levantar; poco después llega la cabeza de la columna, y con ella el teniente coronel y al ver el cadáver del guerrillero y enterarse de la causa de su muerte dijo: ¡Infeliz, valía más que hubiese escapado el insurrecto!

Prosiguiendo la marcha, comenzó la ascensión de las empinadas lomas que conducen al asiento de Mamoneillo, siendo el único punto por donde podíamos atravesarlas, una estrecha vereda que coronaba los precipicios formados por aquella cadena de montañas; al comenzar la ascensión la compañía de vanguardia tuvo que coronar la altura cargando á la bayoneta, y de este modo desalojar al enemigo de sus posesiones y poco después de esta maniobra el fuego se generalizaba en toda la línea. Ocupaban los insurrectos una cordillera de mayor elevación y paralela á la que nosotros teníamos que seguir, una vez comenzado el fuego por descargas duró sin interrupción más de una hora y era tan abrupto en terrenos que habíamos de seguir, que los guerrilleros tuvieron que echar pie á tierra y conducir los caballos de las riendas, los acemileros empujaban los mulos ayudándoles á escalar las alturas, casi todos los oficiales se apearon de sus caballos, sólo el teniente coronel seguía firme en el suyo, dictando órdenes y examinando con atención los movimientos del enemigo; en vano fué que algunos oficiales le hiciesen observar que en aquella posición presentaba un excelente blanco al enemigo. Para el soldado, que todo lo escudriña, no pasó desapercibido este detalle, y en su interior aplaudía la serenidad y sangre fría demostrada por su

jefe. Aquella era la primera vez que al mando de su batallón entraba en fuego el teniente coronel, y por su desgracia iba á ser la última.

Poco después de las ocho de la mañana volvió á recrudecerse el combate: dos líneas de espeso y blanquecino humo marcaban el lugar ocupado por los combatientes, el continuo fragor de las descargas no atemoriza el espíritu de un jefe que infinitas veces había probado su valentía en los campos de batalla, firme en su caballo continúa dictando órdenes; una bala le rompe la polaina y al advertirle este incidente el cornetín de órdenes le respondió con naturalidad:

—No hagas caso, muchacho, como la polaina es de hule, resbalan las balas.

De nuevo los oficiales vuelven á instarle para que se apece del caballo, y en el instante en que iba á verificar esta operación una bala penetrándole por la región pectoral izquierda le atravesó el cuerpo en sentido diagonal. Un estremecimiento de dolor agitó su cuerpo cayendo en brazos del ayudante y del cornetín que acudieron en su auxilio, y exclamó: ¡Me han muerto! pero acordándose de la situación de la columna, más que de su dolor, mandó llamar al capitán más antiguo para que le sucediese en el mando y le dió orden de sostener la acción á toda costa.

Pronto circuló entre los soldados la noticia de haber sido herido su teniente coronel, y lejos de desanimarles tan sensible pérdida les infunde valor y deseos de venganza, redoblan sus fuegos y otra vez á la bayoneta lanzan de sus posesiones al enemigo que trata de cortarles el paso.

Casi ya en el período agónico contempla el herido tan bri-

llante maniobra y exclama: ¡Lástima de batallón que pierdo!
poco después dejaba de existir.

.
A aumentar el fragor de las descargas que repercutían en
valles y montañas vino el trueno y con él fuerte lluvia que du-
rando más de tres horas nos impidió combatir con desembarazo.
Cerca de las ocho de la noche abandonamos las montañas ha-
ciéndose las últimas descargas en las estribaciones de las lo-
mas de Cansa-Vacas. El combate había terminado después de
más de doce horas de duración, las bajas sufridas por la co-
lumna fueron dos muertos y tres heridos, las del enemigo, por
más que figurasen en el parte, no se supieron hasta muchos
días después: ascendieron á 26, entre ellos el titulado coronel
Gayito Alvarez.

Cuando después de las nueve de la noche comenzamos á
acampar en el poblado de Arimao, fué grande nuestra sorpresa
al saber que el batallón de Antequera á las órdenes del coro-
nel, nos apoyaba en nuestra operación. Los soldados nos dijeron
que habían oído casi todo el fuego sostenido por nosotros, sin
que al coronel se le ocurriese mandar una sola compañía en
nuestra ayuda, verdad es que él con la fuerza á sus órdenes
apenas se internó en las montañas contentándose con marchar
á su vista por un camino cómodo y poco peligroso: eso sí en el
parte que dió el general, ya tuvo buen cuidado en redactarle
de modo que en la propuesta que debía hacerse se incluyera el
batallón de Antequera.

Al día siguiente el teniente coronel y el soldado muerto en
la acción recibieron sepultura en el cementerio de Arimo.

Como si la muerte de este jefe hubiese sido la señal de dispersión, faltó además el batallón del comandante que le mandó durante algún tiempo, los soldados volvieron á dispersarse, llenando con su número el hospital y destacamentos de Cienfuegos.

XIV

Los hospitales

Si fuese á hacerme eco de cuanto he oído referir respecto á los hospitales y enfermerías establecidos en la isla de Cuba forzosamente tendría que relatar verdaderos horrores; sólo si diré que merecieron el calificativo de «Mataderos del soldado»; del acierto ó no con que se les dió este nombre nada puede demostrarlo mejor que las estadísticas publicadas según las cuales en las guerras coloniales las bajas sufridas por el ejército español son:

Muertos á consecuencia de vómito, 28,819 hombres de enfermedades comunes, ó por mejor decir, de hambre y de fatiga, 30,120 hombres: total 58,939, ó sea 27 por 100 de todo el ejército de operaciones.

Si comparamos con esta cifra las bajas habidas en el campo de batalla, tendremos que en función de guerra ó de sus resultas han perecido: generales, 2; jefes, 30; oficiales, 153; individuos de tropa, 3,943: total: 4,128, resultando de aquí una

horrible desproporción entre los estragos causados por las balas y los producidos por el vómito y demás enfermedades. Las bajas en función de guerra son difíciles de evitar, y además, para una campaña tan larga como la que hemos sostenido son de poca consideración, pero las causadas por el vómito y las enfermedades comunes nunca hubiese llegado á ser tan considerables como han sido si los servicios sanitarios hubieran estado montados en debida forma.

Al iniciarse la campaña, careciendo el Estado de locales á propósito para instalar hospitales, hubo de echar mano de los primeros que encontró, sin detenerse en si serían ó no en condiciones para el objeto que se les destinaba, lo esencial es que fuesen grandes y nada más, en las improvisadas clínicas se colocaban catres de tijeras no siempre en buen estado; con esto quedaban dispuestas para recibir tantos enfermos como catres cabían. El hospital de Cienfuegos llegó á ser un verdadero almacén de seres agonizantes, era tan considerable el número de enfermos que afluía á este hospital, que hubo necesidad de duplicar el número de catres colocados en cada sala, allí donde había un hueco se ponía una cama, las salas que tenían suficiente espacio en el centro eran ocupadas por una fila de catres, no siendo esto aun suficiente para albergar á los enfermos que el hospital seguía recibiendo, fué necesario colocar camas bajo los cobertizos, es decir poco menos que á cielo descubierto, pues la luna repartía sus reflejos entre los enfermos puestos en torno del patio.

A pesar de hallarse el hospital tan aprovechado, llegó un día en el que ya no fué posible admitir un enfermo más, entonces nuestras imprevisoras autoridades, que durante la cam-

pañía han demostrado tomarse muy poco interés por el soldado, á toda prisa tuvieron que buscar un nuevo local, habilitando para hospital unos grandes almacenes de azúcar, entonces vacíos, y en los que se colocaron cerca de mil camas, cierto que aquel local no reunía condiciones de ninguna clase, antes bien, era por todos conceptos y constituía un foco de infección para la ciudad, pero estas cosas tan dignas de tenerse en cuenta á juzgar por el poco aprecio que de ellas hacían, las tenían como detalles insignificantes, lo esencial, como ya he dicho, es que cupiese mucha gente y nada más.

Si estudiando el trato que se les daba á los enfermos, empezamos por analizar el agua, diré que este artículo de primera é imprescindible necesidad, cuyas condiciones tan detenidamente se analiza en todos los hospitales del mundo no merecía el nombre de potable, era de color verdoso, de gusto desagradable, y despedía un olor nada grato; muchos enfermos, á poco de ingresar en el hospital, sentíanse atacados de diarrea, achacando esta nueva enfermedad á los efectos del agua.

Como es lógico los médicos no debían ignorarlo. ¿Trataron de poner remedio? No sé; pero sí afirmo que ésta fué la única agua que se suministró á los enfermos en el hospital de Cienfuegos.

Como sería muy prolijo enumerar las diferentes raciones que en los hospitales se suministraban, me ocuparé con preferencia de la ración común, consistente; por la mañana, como desayuno, una taza de café con leche con un panecillo, cuyo peso no excedía nunca de 50 gramos; entre diez y once, lo que se llamaba la comida, compuesta de una sopa de arroz ó pasta, y cocido con un pedazo de carne y otro de tocino; por la tarde

una sopa de pan, en la que algunas veces salían mezclados fideos ó granos de arroz, denunciando la poca limpieza y esrupulosidad del cocinero, y un guisado en cuyo líquido caldo coloreado con pimentón bailaban las patatas mezcladas con algunas piltrafas de carne, eso sí, generalmente la condimentación era no mala, sino pésima, pero si la comida carecía de substancia, en cambio tampoco era abundante.

Las Hermanas de la Caridad, que eran las encargadas de distribuir las raciones, lo hacían con tal parsimonia y tacto, que no había miedo de que nunca les faltase comida, pues el eucharón de que se servían para repartirlo, además de ser de muy poca cabida, nunca lo llenaban. Quiso mi desgracia que durante algunos días tuviese que permanecer en el hospital de Cienfuegos y allí pude ver varias raciones de cocido, cuyo número de garbanzos conté por gusto y el de una de ellas llegó á 17, tres pedazos de patata, á más de uno de tocino y otro de carne del espesor de una oblea, el café con leche era un brebaje, un poco dulce, bautizado con aquel nombre, y por lo que atañe á la ración de vino, diré que más tenía de composición química que de zumo de uvas.

Recuerdo que en atención á mi estado de debilidad, el médico me recetó vino de Jerez, sirviéndome una Hermana de la Caridad la ración en una taza, pues, por lo visto, los vasos y las copas se habían suprimido; la dejé sobre la mesilla de noche y á poco cayó una mosca, el insecto no tuvo que hacer muchos esfuerzos para librarse de morir ahogado, pues andando pudo salir del espacio ocupado por el líquido; algunos de mis lectores creerá que este detalle es exagerado, desgraciadamente es de rigurosa exactitud.

No todos los enfermos padecían hambre, pues había algunos que gozaban de grande influencia con las Hermanas de la Caridad, las cuales á la vista de los demás enfermos les suministraban abundante ración, y algunos aun más favorecidos recibían ciertos extraordinarios. Estos favoritos eran generalmente una colección de sinvergüenzas, que huyendo de la campaña buscaban refugio en los hospitales, y para conseguir el apoyo de las hermanas, hacían cuantos oficios les mandaban éstas.

Se ha hablado mucho de la abnegación de las Hermanas de la Caridad, no niego que la hayan tenido en otra parte, por lo que toca á las que prestaban servicio en el hospital de Cienfuegos, no sé que ninguna lo haya demostrado; pero sí que muchas de ellas llegaron á inspirar odio á los enfermos. De lo que se cuidaban con bastante preferencia era de repartir escapularios y libritos de propaganda católica entre los enfermos, reprendían á los que no rezaban, lo cual les valió que más de un enfermo, mostrándolas la exigua ración que acababan de suministrarle, las dijese: «Hermana, menos religión y más caridad.»

El modo de suministrar los medicamentos á los enfermos dejaba mucho que desear y rara vez podían tomarse á la hora fijada por el médico de sala. No entraré á analizar la calidad de los medicamentos; pero público y notorio es que de los hospitales militares han salido muchos medicamentos para surtir farmacias civiles, prueba de ello es lo sucedido en el hospital de Manzanillo, en donde los fraudes descubiertos dieron origen á una sumaria que aun no debe estar resuelta.

Si la alimentación era mala, si los medicamentos dejaban

mucho que desear, la asistencia era peor que ambas cosas juntas, en vano era que un paciente llamase al enfermero pidiéndole agua ó cualquier otro servicio, pues aunque se desgañitase gritando lo más que conseguía, era oír un «¡ya va!» pero nunca verse servido; afortunadamente los soldados se servían unos á otros.

De los sanitarios, lo único que puedo decir es que á la mayoría de ellos, el ejército tiene muy poco que agradecerles.

Dados estos antecedentes no se extrañará el lector de que la mortandad en los hospitales alcanzase la aterradora cifra antes citada. No era en este punto toda la culpa de los médicos que prestaban sus servicios en los hospitales, muchos de los cuales llegaron á inspirar eterna gratitud en el soldado. La culpa de tan crecida mortandad la tenían también los jefes de columna y los médicos en operaciones que no dejaban separar á los soldados de las filas hasta que les era imposible tenerse en pie. Varias veces se ha dado el caso durante la campaña de presentarse un individuo á reconocimiento y el médico despedirle con *cajas destempladas* llamándole gandul, maula, tambón y otras frases de este jaez, salir á campaña y á poco de comenzar la jornada aquel hombre perecer en el camino. Como de hechos de esta naturaleza á nadie se le ha pedido responsabilidad, no debe extrañarse el lector que se repitiesen con mucha frecuencia.

Muchas veces han ingresado en los hospitales expediciones de enfermas, que más que seres vivientes eran ya cadáveres, en los que por lo tanto nada podían hacer los auxilios de la ciencia.

Durante el tiempo que el batallón de Burgos estuvo operan-

do por la Siguanea, los enfermos que enviaba á Cienfuegos llegaban en tal mal estado y morían en tan crecido número, que el director del hospital dió cuenta de ello al jefe de la división; supongo que se mandaría poner remedio pero... continuamos lo mismo.

He citado el hospital de Cienfuegos por ser el que más conocía, pero casi me atrevo á afirmar, sin miedo á equivocarme, que los demás de la isla no eran mejores y de algunos como los de Santa Clara, Sagua y Manzanillo puedo afirmar que eran peores.

Tantos fueron los horrores que un jefe representante del batallón de Burgos, oyó referir á los soldados del hospital de Cienfuegos, que se decidió á establecer en Rodas una enfermería particular dotada con cincuenta camas. Después de no pocos esfuerzos consiguió ver realizados sus propósitos, y la enfermería quedó instalada en un local bastante bien acondicionado para este objeto, y si en ella no había lujó reinaba mucha limpieza.

La alimentación dada á los enfermos era sana, nutritiva y abundante, las prescripciones facultativas se cumplían al pie de la letra y los soldados que prestaban el servicio de enfermeros atendían con verdadera solicitud á sus compañeros; allí no había Hermanas de la Caridad, pero había hombres que la practicaban con desinterés.

La cantidad que se le descontaba al soldado por estancia, era de treinta centavos y el valor de la ración de pan, en junto treinta y seis, cifra mucho menor que la descontada en los hospitales del Estado.

No obstante no escatimarse nada en la alimentación de

enfermo y señalarse á casi todos los convalecientes, además de la ración común, algún extraordinario, con el fin de que pudiesen reponer con rapidez sus quebrantadas fuerzas, en las liquidaciones de fin de mes, siempre los gastos de la enfermería se saldaron con superávit, bien es verdad que en dicha liquidación no se incluía el valor de los medicamentos consumidos.

Los que en medio de nuestras desgracias tuvimos la suerte de ser asistidos en la enfermería particular del batallón no nos cansaremos nunca de bendecir el nombre del médico que la dirigía, el de los compañeros encargados de asistirnos, y hasta el del jefe que la fundó.

Si se examinan las estadísticas de los enfermos asistidos en esta enfermería, se verá que la mortandad apenas llegó al 2 por 100; compárese esta cifra con la de los hospitales y ella será el más elocuente elogio que puede hacerse de la citada enfermería.

XV

Adiós á la Sigüanea

Al dejar el general Weyler el mando superior de la isla de Cuba, cesaron también en sus cargos una porción de generales, entre ellos el de división señor Prats, pues sabido es que en España lo mismo en la política que en el ejército todos los personajes tienen sus camarillas correspondientes; los nuevos generales comenzaron por variar el plan de campaña que hasta entonces se seguía y por lo tanto decretaron el abandono del campamento de la Sigüanea.

Bien es verdad que los jefes de Burgos habían hecho presente á la superioridad que les era imposible mantenerse por más tiempo en la Sigüanea, pues carecían de fuerza hasta para guarnecer el campamento, hubo compañía que llegó á tener presentes hasta siete hombres, de los cuales cuatro eran camilleros, no quedando por lo tanto más que tres que tuviesen fusil. En este estado fácilmente comprenderá el lector que no

le era posible al batallón realizar grandes hechos en sus operaciones.

Lo que aun no nos hemos explicado nadie es como el enemigo sabiendo lo muy reducido de las fuerzas del batallón de Burgos y el mal estado de salud en que se hallaban la mayor parte de sus soldados no intentase dar un golpe de mano al campamento de Signanea; si bien el penetrar en el campamento, dado caso de poder conseguirlo, le hubiese costado mucha sangre, en cambio pudo batir ventajosamente á destacamentos que más de una vez tuvieron que marchar á Cumanayagua por raciones, atravesando seis leguas de terreno montañoso en el cual podían envolver á la pequeña columna que además marchaba llevando una impedimenta de 20 á 25 acémilas.

Bien es verdad que ya entonces el enemigo estaba muy escarmentado, pues las pocas veces que logró penetrar en algún pueblo defendido por fuerza de ejército, lo hizo sufriendo tan considerable número de bajas que no le compensaba ni con mucho la pequeña ventaja obtenida, más de una vez habían logrado penetrar en las calles de un pueblo como les aconteció en Aguada de Pasajeros defendido por un destacamento de treinta hombres de Burgos, y tuvieron que abandonarlas precipitadamente después de sufrir más de cuarenta bajas, entre ellas el cabecilla Menendez, español renegado que por su audacia y osadía era el más temible de cuantos operaban en aquella comarca. Las ventajas conseguidas en campo abierto tampoco le habían salido muy baratas; si en el territorio de las Villas lograron las victorias del Mal Tiempo y Cantabria, fué á costa de doble número de bajas de las sufridas por el ejército.

La experiencia les había demostrado que el soldado espa-

ñol, cuando más comprometida era la situación en que se encontraba con más arrojo y desesperación se batía. Este convencimiento era el que les hacía mirar con tanto respeto al reducido número de soldados que guardaban el asiento de Siguanea. Bien es verdad que desde hacía algunos meses la insurrección estaba muerta en las Villas. Los enemigos de España habían tenido que abandonar aquellos lugares en donde además de ser continuamente perseguidos no hallaban que comer, pues todas sus siembras habían sido destruidas por las tropas. Era tanta la vigilancia que se ejercía en los poblados que de ellos tampoco podía recibir el enemigo recursos de ninguna clase. Si alguna vez sus partidarios lograban burlar la vigilancia de las tropas los recursos que recibía el enemigo, eran en tan exigua cantidad que apenas bastaban para cubrir las necesidades de tres ó cuatro durante un par de días.

Desde mediados del año 97 los prisioneros que habíamos hecho en nuestras operaciones generalmente los encontrábamos en estado muy lastimoso, raro era que los hallásemos vestidos con algo que pudiese merecer el nombre de ropa un mal saco agujereado por su fondo con dos aberturas para pasar los brazos puesto á modo de camisa ó de taparrabos constituía toda su indumentaria. Muchos, obligados por el hambre y las enfermedades que padecían, se presentaban á indulto, por cierto que después que eran curados, vestidos, y satisfechas todas sus necesidades por nuestras tropas, cuando se hallaban en condiciones de volver á empuñar las armas tornaban á marcharse al monte. Según declaraciones hechas por los insurrectos que entonces se presentaban y que fueron plenamente confirmadas, al terminar la guerra, las bajas que sufrieron por enfermedades eran en

proporción mucho mayores que las sufridas por el ejército. Así es que cuando el general de división Don Ernesto Aguirre de Bengoa se encargó del mando de las Villas era ya muy poco lo que tenía que hacer para concluir en absoluto con la insurrección en dicha provincia.

En Noviembre de 1897, se dió orden para que los restos del batallón de Burgos abandonasen la Siguanea, orden que fué recibida con indecible júbilo por los soldados. Dicha operación fué realizada con el auxilio del batallón de Luchana. Antes de abandonar aquellos lugares era preciso destruir todo cuanto en ellos se había edificado y en muy pocas horas fueron destruídos los fuertes y los materiales empleados en su construcción rodaron por las montañas, quedaron esparcidos en los barrancos. El fuego se encargó de destruir los *bohíos* y demás viviendas construídas en el campamento. Era de ver el júbilo con que los soldados saludaban el estallido de las cañas brabas al ser consumidas por el fuego y el explotar de algunos cartuchos que habían quedado abandonados en las viviendas. Al resplandor de las largas líneas de fuego que reducían á pavesa una obra que tantas fatigas había costado edificar, los soldados se pusieron en marcha. Pronto su alegría fué turbada por amargos recuerdos: en el fondo del valle, en medio de las matas de guayabas, quedaban enterrados multitud de compañeros, de hermanos de infortunio que habían peleado á su lado, compartiendo con ellos las fatigas y peligros de la campaña, sobre cuyas sepulturas había puesto la piedad de sus hermanos una sencilla cruz hecha con ramaje. ¿Respetaría el enemigo aquellas piadosas señales? ¿Serían profanadas las sepulturas?

Estas eran las preguntas que los soldados se hacían. Por mi parte me atrevo á asegurar que sí.

La reconcentración del batallón comenzó á verificarse en el ingenio Horniguero inmediato á Palmira á cuyo punto se trasladó á los pocos días, incorporándose también las oficinas; paulatinamente y en grandes expediciones iban incorporándose los soldados que salían de los hospitales hasta el punto de elevarse la fuerza del batallón á los pocos días de hallarse en Palmira á más de 600 hombres, corrióse la voz entre los soldados, que en compensación á las muchas fatigas sufridas se nos daría un mes de absoluto descanso que en realidad bien habíamos de menester.

A los pocos días de hallarnos en Palmira recibimos la visita del general Aguirre, el soldado tiene tal instinto y golpe de vista para juzgar á sus superiores que rara vez se equivoca y esta sus juicios fueron muy poco favorables al citado general, el cual se presentó correctísimamente vestido y cubiertas sus manos con finísimo guante blanco; estos detalles al parecer insignificantes tienen grande importancia en campaña, y más en Cuba donde el soldado formó la opinión de que el general que cuidaba mucho de su ropa hacía muy poco caso de las operaciones.

A este detalle hay que unir, el que por aquel entonces la política diplomática iniciada por el general Blanco, estaba en todo su apogeo, todo se volvían conferencias y cabilleos con personajes afechos á la insurrección, con enemigos de España, que ocultos bajo la bandera autonomista nos brindaban su apoyo. Decíase también que una de aquellas noches debía entrar en Palmira el delegado de un cabecilla insurrecto á conferenciar

con el general y otra porción de cosas que por su gravedad no me atrevo á consignar.

Todas estas conferencias y cabildeos causaban grande indignación en el soldado, y á mi juicio fueron la causa principal del poco cariño que les inspiró el general Aguirre.

El soldado no entenderá de cuestiones políticas, pero también discurre. Estaba causado de ver que cuantas medidas se habían dictado para atraer á los insurrectos habían resultado contraproducentes. El admitir la presentación de las nubes de mujeres y niños, á quienes el hambre obligaba á abandonar los campamentos enemigos, si bien era muy humana, resultaba poco práctico, pues de este modo los insurrectos se veían desbarazados de multitud de bocas que consumían sus exiguas provisiones y eran inútiles para la guerra. Los enfermos que se presentaban, como ya he dicho, volvían á marcharse. Así es que, en opinión del soldado, el único medio de terminar la campaña era el de guerra sin tregua ni descanso, es decir, el seguido por el general Weyler.

Acompañado por la guerrilla del batallón, el general Aguirre visitó á Rodas, en cuyo poblado pudimos todos convencerlos de que era persona muy fina, muy atenta, muy bien educado y hábil maestro en el arte de salvar.

Por espacio de algunos días estuvo el batallón descansando en Palmira, y gracias á esta circunstancia, pudimos celebrar con bastante regocijo la fiesta de la patrona del arma de infantería, única vez que el batallón pudo conmemorar el día 8 de Diciembre con alguna tranquilidad y esplendidez, mientras duró la campaña.

XVI

Tres combates en cuatro días

Muy pronto empezaron en las Villas á recogerse los frutos de la política de atracción con tanto calor secundada por el general Aguirre. Envalentonados los insurrectos al ver la inacción de las tropas, burlándose descaradamente una vez más de la paz que les ofrecían, volvieron de nuevo á reconcentrar sus fuerzas. Abandonado el asiento de Siguanca pudieron cruzar por él libremente las partidas, estableciendo en aquel sitio su centro de operaciones. El cabecilla Sixto Roque, siguiendo su táctica de no presentar nunca combate, proseguía incendiando plantaciones de caña, y robando cuantas reses y caballos encontraba al alcance de Gumanayagua. Destacamentos insurrectos abandonando las montañas atacaban los poblados de Guas, Arimao y otros situados á poca distancia de las mismas. En una palabra, dada la actividad que los insurrectos desplegaban, parecía que nuevamente se hallaban en todo su apogeo.

Al conocer el soldado todos estos antecedentes redobló sus

murmuraciones contra los que querían terminar diplomáticamente la campaña.

Como final de la fiesta que el día 8 de Diciembre celebramos en Palmira, vino la orden de estar dispuestos para marchar al día siguiente, orden que fué recibida con bastante disgusto, pues el batallón aun no se hallaba en condiciones de entrar en campaña.

Al amanecer del día 9 emprendimos la marcha, llegando al ingenio Cantabria después de haber dado un ligero descanso á las tropas, á las 3 de la tarde, muy apremiantes debían ser las órdenes recibidas por el coronel, jefe de la columna, pues sin darnos en dicho sitio el más ligero descanso, nos hizo proseguir la marcha en dirección á Cumanayagua.

Eran todos aquellos caminos tan sobradamente conocidos por nosotros, que no nos hacía falta práctico para recorrerles con seguridad de no extraviarnos. Hacia mucho tiempo que por aquellos lugares no habíamos visto enemigos, y, por lo tanto, caminábamos con completa tranquilidad. Después de haber dejado á nuestra espalda la alta loma de Manacal, sobre la que se levantaba un fuerte dominando toda aquella comarca cubierta de potreros y montes, disponíase la extrema vanguardia, compuesta de ocho guerrilleros al mando de un sargento, á cruzar un pequeño arroyo, cuando sin que se sospechase la presencia del enemigo de una loma de en frente y potreros de la izquierda sonaron nutridas descargas, inmediatamente desplegó en línea la guerrilla, incorporándose á sus compañeros de vanguardia, al paso ligero avanza la infantería y muy pronto el estruendo de las descargas resonó por aquellos lugares. No sé por qué razón no se dió orden á la guerrilla para que car-

gase al machete, como era su costumbre y el terreno se lo permitía; pero no falta quien asegura que si no se hizo esta maniobra, fué porque el oficial que entonces la mandaba tenía el sable roto. Cerca de una hora duró aquel fuego, que para nosotros no tuvo otra consecuencia más que la demostrarnos el enemigo su osadía, pues, como ya he dicho en, aquellos lugares nunca se atrevió á hacernos frente.

Según he oído decir, en el parte oficial que se dió de esta acción, se conseguía que habíamos causado al enemigo nueve ó diez bajas, no niego la certeza, pero sí afirmo que no ví ninguna, además, después de la acción, sea por la obscuridad de la noche ú otras causas, no se reconoció el terreno y lo único que se hizo fué continuar la marcha á Cumanayagua, donde pernoctamos.

Al amanecer del siguiente día, volvimos á ponernos en movimiento. Otra vez se alzaban ante nuestra vista las lomas de Siguanca, que tanto odio y repugnancia inspiraban al soldado. Después de vadear el Hanabanilla por el paso de la Sidra, volvimos á internarnos en los abruptos lugares tantas veces transitados por nosotros. ¿Volveremos á acampar en el Asiento? se preguntaba el soldado con desconfianza ¿Tendremos que edificar todo lo que destruimos?

.....

Sin ningún incidente, si bien toda la jornada fuimos viendo rastros recientes del paso del enemigo en crecido número, aquella noche acampamos en las alturas situadas entre el cafetal González y Loma Sola. El día 16 cambiamos de campamento, yendo á situarnos á Tamariado. La precipitación con que estas jornadas fueron hechas, acabaron con las exiguas

fuerzas de muchos soldados que en mal estado de salud habían salido á operaciones, para librar á la columna del embarazo de los enfermos, se les envió escoltados por una compañía á Cumanayagua. También ahora quiso el enemigo demostrar su osadía, y sin atreverse á bajar al llano hostilizó con sus disparos, desde las lomas inmediatas á Mercón el paso de los enfermos.

Por lo que pudiese ocurrir salió la guerrilla en auxilio de la expedición, cambiamos algunos tiros con el enemigo desde larga distancia, pero nada más. Este incidente, á mi juicio sin importancia, sirvió para que se anotase en el diario de operaciones como otro combate y de él se diese parte á la superioridad.

Al amanecer del día 12, volvimos á penetrar en las entrañas de la Signanea, esta vez el enemigo comprendiendo la ventajosa posición de los desfiladeros de Mercón se había parapetado en ellos: oculto entre la maleza y demás escabrosidades del terreno espero á que los guerrilleros de vanguardia penetrasen en la garganta; de pronto nubes de humo aparecen en el frente y flancos, el estruendo de las descargas repercutiendo en valle y montañas anuncia que el combate ha comenzado.

Los guerrilleros tienen que abandonar sus caballos, rodilla en tierra responden con sus fuegos á los disparos del enemigo, y aquellos siete valientes no se arredran por verse algo separados de la columna, un cabo pierde la vida, esta pérdida parece infundirles más alientos, llegan las compañías de vanguardia, despliegan en orden de combate, durante más de una hora contestan con sus nutridas descargas á las del enemigo, que bien atrincherado en sus posiciones no cede un palmo de terreno.

No obstante ser muy conocedor del terreno y haber podido atrincherarse con entera libertad el enemigo cometió la grave torpeza de dejar abandonada una loma, que por aquella parte era la verdadera llave de la posición; acto seguido la ocupa una compañía y con sus fuegos domina á los del enemigo, con este apoyo otra de las que ya habían entrado en acción se lanza á la bayoneta, y sin esperar el choque los defensores de Cuba libre, huyen á la desbandada precipitándose por barrancos y cañadas en busca de nuevas posiciones situadas á poca distancia. A ellas va también á buscarles la infantería, de ellas las arroja, y otra vez vuelve á restablecerse el combate, pues el enemigo retrocede de montaña en montaña parapetándose en todas ellas, y defendiéndose en algunas con desusada terquedad. En su consecuencia el coronel ordena un movimiento envolvente. Dos compañías á las órdenes de un comandante comienzan á efectuar esta maniobra, pero el enemigo no espera á que se ejecute y abandona en definitiva las excelentes posiciones que ocupaba, y desde las cuales al haber tenido más valor, hubiese podido rechazar ventajosamente el ataque, máxime cuando para cada soldado podían presentar los insurrectos tres hombres bien armados en línea de batalla.

Siendo imposible emprender una persecución eficaz por tan intrincados lugares, se dió orden de proseguir la jornada marchando por el mismo camino que atravesamos el día 7 de Octubre, en realidad único practicable por aquellos sitios. Con ligeras interrupciones durante toda la marcha, tuvimos que repeler las agresiones del enemigo. Ya cerrada la noche acampamos en Azimao, sin que el soldado hubiese tomado durante todo el día, más alimento que una mala ración de café. Esta vez

los guerrilleros movilizados de Cumanayagua, que venían con nosotros, demostraron no servir para nada, muchos de ellos procedían de las filas enemigas, y á la primera descarga se tiraban al suelo, siendo necesario obligarles á palos que abandonasen tan vergonzosa posición.

Nuestras bajas fueron un cabo muerto, tres soldados gravemente heridos y alguno que otro contuso. Tal vez extrañará al lector tan reducida cifra, para un combate tan reñido, á mi juicio no tiene otra explicación, más que la poca tranquilidad con que el enemigo hacía sus fuegos, pues en los combates causaban más en la retirada que en el ataque.

Sin pérdida de tiempo el coronel jefe de la columna dió cuenta al general de las operaciones que acabábamos de realizar, ignoro las bajas que se atribuirían al enemigo, pero sí sé que las dos compañías que efectuaron el movimiento envolvente, no encontraron más que un negro con varias heridas, de las cuales falleció á los pocos instantes, y algunos rastros de sangre que hacían suponer que el enemigo había separado sus muertos ó heridos del lugar del combate.

Por telégrafo ordenó el general Blanco la formación de propuestas de recompensas; esta vez como otras muchas, era el favoritismo y no el mérito el que iba á recompensarse.

En primer lugar se propuso al comandante con la nota de distinguido, acompañada del correspondiente juicio de votación.

Seguían después dos capitanes también distinguidos y con sus *juicios* respectivos: uno era secretario del coronel, el otro amigo del comandante.

Iba después un sargento, primo del comandante, el que además de figurar como distinguido, también con su *juicio* co-

respondiente, se le propuso como contuso grave de bala en el codo derecho, contusión que no vimos ninguno por más que el interesado nos mostrase la bala que decía se la causó.

No recuerdo si como distinguido ó contuso grave iba un cabo, escribiente del comandante y sobrino de un capitán del batallón, dos soldados, uno asistente del coronel y otro del comandante, y además un segundo teniente, el mismo que ya acreditó su valor en el río de San Juan, haciendo fuego á las órdenes de un sargento.

Figuraban también algunos oficiales é individuos de tropa sin distinguir, y entre éstos, puedo asegurar había alguno que en la citada acción contrajo más méritos que todos los distinguidos juntos.

Ahora vamos por partes: ¿Qué hechos heroicos se habían realizado en las citadas acciones?... Ninguno, y conste que estuve en ellas y me enteré hasta de los más mínimos detalles. ¿Qué botín ó trofeos de guerra presentamos que pudiesen dar una ligera muestra de tanta heroicidad?... ¡Ah, sí! una cartera rota de cuero crudo que entre los árboles halló un soldado. Este era el único trofeo de tantos combates.

En mi concepto el único que en aquellos ataques merecía el calificativo de distinguido, fué un cabo el practicante, pues sin el auxilio de médico, pues carecíamos de él en la columna, hizo cuanto humanamente le fué posible en favor de los tres heridos á quienes no sólo practicó las curas, sino también buscó entre los oficiales quienes les proporcionasen alimentos y camas para aquellos infelices. Este cabo fué el único que se distinguió por su abnegación y desinterés.

Propuestas de esta índole se han hecho muchas en Cuba, y

cuentan que en cierta ocasión el general Weyler, examinando una propuesta en la que iban muchos distinguidos, dijo: «En esta campaña no hay más que tres que tengan interés en que se termine y son: los soldados, sus madres y yo.»

Bien sea porque alguien por debajo mano descubriese el pastel ó porque tanta distinción escamase á los encargados del examen y estudio de la propuesta, ello es que no produjo el resultado que de ella esperaban los distinguidos; generalmente á los que iban propuestos en este concepto se les concedía el empleo inmediato, en esta ocasión no se dió más que un ascenso, el del *distinguido* segundo teniente; pero eso sí llevieron cruces de María Cristina y demás pensionadas.

En el batallón de Burgos nunca he conorido que se haga una propuesta con tanto descaro ni tan falta de justicia como ésta. Tengo en mi poder tal cúmulo de antecedentes, que más de uno sentiría que viesen la luz pública.

XVII

Amigos y panlaguados

Viendo el poco ó por mejor decir ningún resultado que la gestión diplomática le producía, debió pensar el general Aguirre en la necesidad de caer con todas sus fuerzas sobre el enemigo y darle un buen golpe de mano que acabase para siempre con su creciente osadía. Suelen combinarse sobre el plano grandes operaciones de positivo resultado, que una vez ejecutadas sobre el terreno resultan un fracaso completo; algo y aun algos, como después verá el lector, le sucedió al general Aguirre.

Siendo otra vez un foco de insurrección los lugares donde el batallón de Burgos había combatido, pensó como en el *argot* militar se dice, echar la barredera y llevarse por delante cuanto encontrase á su paso. Con este fin reconcentró tres batallones de infantería, Saboya, Luchana y Burgos, dos de voluntarios de Cienfuegos, la guardia civil de la comandancia de esta ciudad, dos escuadrones de caballería, seis ó ocho de voluntarios, las guerrillas montadas de los cuerpos y locales, y por último

cuatro piezas de montaña y además por comarcas inmediatas á la que nosotros íbamos á operar, puso algunas fuerzas en movimiento.

El día 20 de Diciembre comenzaron estas fuerzas á maniobrar, pernoctando el batallón de Burgos en el demolido ingenio del Rosario próximo á Gusos, al amanecer del siguiente día llegamos á este poblado; pocas horas después destilaba ante nosotros el batallón de Sabeya, con destino á Arimao. Dicho cuerpo, juntamente con algunas fuerzas montadas y una pieza de artillería á las órdenes de un coronel, formaba la columna que pudiéramos llamar de la derecha y penetrando por el sitio denominado Cansa-Vacas, debía llegar al oriente de Mamoneillo. La columna de la izquierda la componían el batallón de Luchana también con algunas fuerzas montadas y dos piezas de artillería, bajo las órdenes de un general de brigada.

El 21 por la tarde mi batallón emprendió la marcha hacia Cumanayagua, siendo alcanzados en el camino por las fuerzas del general, compuestas de los batallones de voluntarios, la guardia civil y los movilizados; cuando la columna de Burgos hizo alto para darle paso, no dejaron de observar que su excelencia llevaba los guantes puestos, y alguien recordó la conocida frase: «Gato con guantes no caza ratones.»

Al amanecer del día 22 nos pusimos otra vez en movimiento. La columna de Luchana salió para entrar por el flanco izquierdo de Mercón. Media hora después rompía la marcha la de Burgos, siguiendo el camino viejo que de Cumanayagua conduce al derruido ingenio Galdós, y media legua antes de llegar á este punto torcimos á la izquierda, internándonos en unos barrancos que forman las estribulaciones de las lomas

acampados en ellas. A poco salieron cien hombres del campamento, era éste un jefe que, á pesar de haberse batido muchas veces y muy bien al frente de sus respectivos soldados, jamás se propuso como distinguido, no dió partes falsos exagerando las victorias obtenidas, ni hizo propuestas amañadas. El terreno que aquellas fuerzas habían de atravesar era tan escabroso, que el jefe y los oficiales abandonaron sus caballos. La reducida columna marchaba sin impedimento y sin más raciones que la galleta que los soldados llevaban en sus morrales. Su objetivo era la de entrar por el frente en el asiento de Mamoncillo, para lo cual contaban con el apoyo que las columnas de la derecha y de la izquierda les prestarían. La ascensión por aquellos lugares era tan difícil, que para no caer despeñados tenían las tropas que agarrarse á los arbustos, siendo el terreno de mala calidad, crecía en él con sobrada abundancia el *guao*, planta cuyo contacto quema la piel y á algunos individuos les produce grandes hinchazones. A esta planta tuvieron que agarrarse los soldados muchas veces durante la ascensión.

Los que habíamos quedado en el campamento, estábamos inquietos aguardando de un instante á otro el estampido de las descargas. Avanzaba la mañana, calculábamos que las columnas de la derecha y de la izquierda debían haber llegado á los sitios donde el enemigo acostumbraba á establecerse, y no obstante no sonaba un sólo disparo. Cerca de medio día oyóse un tiro, era la punta de vanguardia de Burgos, que habiéndose visto mover entre un guayabán un ser de aspecto indefinido, que intentó huir á la voz de alto, hizo fuego, resultando ser una anciana vestida con harapos, á la cual la bala le quitó la punta de la nariz. Este fué el primer resultado de aquel plan

de operaciones tan hábilmente combinado por el general Aguirre. Poco después y con cortos intervalos sonaron dos disparos más, que también procedían de la punta de vanguardia de Burgos, iban en ellos buenos tiradores y los disparos se aprovechaban.

Por fin la reducida columna llegó al objeto de su viaje, sin hallar en parte alguna enemigo que la hiciese frente; pero tampoco á ninguna de las dos columnas que debían auxiliarle.

Si aquel día el enemigo es más audaz, y da un golpe de mano á la reducida columna del comandante, con mucha facilidad hubiese podido, sino coparla, al menos haberla causado sin ninguna exposición un crecido número de bajas.

No he podido nunca comprender de qué modo se realizaban aquellas operaciones, en las que se empezaba por dejar al enemigo una retirada de más de cinco leguas de extensión completamente franca, pues aunque las columnas de auxilio hubiesen llegado al asiento Mamoncillo, de ningún modo le hubieran podido impedir la retirada: por otra parte, todos estos planes se combinaron con tan poco sigilo que cuatro días antes de empezar á ejecutarse me dió un paisano detallada cuenta de ellos, lo cual me hace suponer que también llegarían á noticia del enemigo. Además éste desde las cumbres de la Siaguanea, podía observar detenidamente cuantos movimientos ejecutasen las tropas.

En tanto las fuerzas del ejército practicaban estas operaciones, el general Aguirre esperaba su resultado acampado en cómoda tienda en el lindero del bosque de los cedros, lugar donde la sombra de los árboles amortigua los ardores del sol, corre la brisa del próximo mar refrescando el ambiente y el Matagua

proporciona cristalina agua que desciende de las montañas; los batallones de voluntarios, guardia civil y más de cuatrocientos jinetes rodeaban el lugar donde su excelencia estaba acampado. Por la mañana el coronel de la columna de Burgos, escoltado únicamente por veinte guerrilleros, se dirigió al campamento del general, del cual apenas distábamos media legua. Las avanzadas nos franquearon el paso, y sin ningún incidente el coronel pudo conferenciar con su excelencia; por la tarde iba á repetirse la misma operación, pero la cosa cambió de aspecto. Próximos al lugar del campamento nos encontramos con que la tercera guerrilla de Cienfuegos había desplegado en línea de tiradores sus ochenta y cuatro hombres y rpto sobre nosotros nutrido fuego. En vano era que el cornetín de órdenes tratase de darse á conocer por medio de toques combinados, los *valientes* tiradores no entendían otra cosa más que fuego y más fuego.

Tampoco he podido explicarme la conducta de aquellos *héroes*, siendo ellos una fuerza muy superior á la nuestra, pues nosotros en totalidad no excedíamos de 25 hombres. ¿Por qué no nos dejaron aproximar? así les hubiera sido muy fácil coparnos sin tirar un tiro, ya que nos tomaron por enemigos, y la norma de las fuerzas montadas en Cuba era la de no gastar municiones.

En vista de que los guerrilleros continuaban haciendo fuego y no era cosa de que nosotros le contestásemos, el coronel nos mandó regresar al campamento, por fortuna los disparos de nuestros *compañeros* de armas no nos causaron el más mínimo perjuicio.

Ahora dígame el lector. ¿Este detalle no le demuestra cla-

ramente que el plan del general Aguirre no estaba bien combinado? ¿No resultaba todo aquello un desbarajuste inexplicable?

Aquella noche regresamos á Cumanayagua, dando por terminadas las operaciones.

He sido de natural siempre curioso, y queriendo conocer detalladamente el juicio que el soldado había formado de aquellas maniobras, púsemo á escuchar la conversaci6n que varios guerrilleros sostenian en un corrillo. Uno de ellos, capaz de burlarse hasta de su sombra, decia:

—Para este viaje no necesitaba el general llevar alforjas muy grandes, es un paseo que ha hecho dar á más de cuatro mil hombres, y todo ¿para qué?

—Para dejar chata á una vieja, matar dos insurrectos de los que no pelean, recoger unas cuantas mujeres y chiquillos, que tendremos que mantener, y nada más, repuso uno.

—Y para otra cosa, agregó un compañero.

—¿Cuál? preguntaron los demás.

—Para darle un parte muy bonito al general en jefe de todo cuanto se ha hecho, como estas operaciones han sido dirigidas por el general en persona, el general en jefe mandará que se haga una propuesta muy grande, irán en ella muchos jefes y oficiales, pescarán lo que caiga y hasta otra, á algunos de nosotros nos obsequiarán con algún ciutajo, que para maldito de Dios la cosa que ha de servirnos, y asunto concluido.

Después de estos comentarios y otros muchos más sabrosos que en nada favorecian al general Aguirre vinieron las comparaciones. Acordándose del general Prats, los soldados decian: Es verdad que este general nos hizo trabajar mucho, que con

él sufrimos muchos hombres y fatigas que, como él mismo dijo en Santa Clara, nos quitó el pellejo; pero entonces encontrábamos al enemigo, nos batíamos, se hacía algo práctico, teníamos esperanza de acabar la guerra en poco tiempo; pero con éste, con Aguirre, ¿qué hacemos? Nada, todo se reduce á marchas y contramarchas, los cartuchos se oxidan en la cartuchera y los machetes se ponen mohosos de estar tanto tiempo metidos en la vaina.

Estos eran los juicios que el general, jefe del cuerpo de ejército de las Villas, merecía á los soldados, y como se ve eran bien poco favorables. Aquellas también fueron las primeras operaciones de campaña y creo que también las últimas que realizó durante su mando.

Por lo que se refiere á la propuesta, los soldados tampoco se equivocaron en sus apreciaciones, dicha propuesta, una de las mayores que hasta entonces se habían hecho en las Villas fué resuelta con bastante generosidad; se concedieron bastantes empleos y no pocas cruces pensionadas, el peor recompensado fué, á nuestro juicio, el jefe, que en mayor peligro estuvo y el que realizó la operación más difícil y arriesgada.

Esta vez también fueron propuestos y bien recompensados algunos que no lo habían merecido, cuyos nombres conservo en mi libro de memorias por si hiciese falta publicarlos.

Puestos á dar recompensas los gobiernos españoles, nunca han sido muy escrupulosos en otorgarlas, siempre que el agraciado cuente con influencias para ello, y no puede negarse que el general Aguirre debe tenerlas.

De golpe y porrazo se le agració con la gran cruz del mérito militar roja pensionada, con la cual se premian los méritos

contraídos por los generales en campaña; los que contrajo el general Aguirre ya hemos visto cuáles fueron.

Cuando la noticia de esta recompensa circuló por el batallón, oy á un soldado madrileño que decía:

—Yo le hubiese condecorado con la cruz de Puerta Cerrada, que es la mayor y de más peso que he visto.

XVIII

La Administración Militar

Si fuese á ocuparme detenidamente del proceder de la Administración Militar en Cuba en los diferentes servicios que tuvo á su cargo, por muy á la ligera que quisiese tratarlos, forzoso me sería escribir muchos volúmenes, así es que me concreto á describirlo en un sólo capítulo resumiéndolo en cuatro generalidades.

Desde la creación de la Administración Militar como cuerpo independiente, ó, por mejor decir, desde que hubo en el ejército empleados administrativos en cuantas campañas hemos sostenido, hubo siempre acerbas censuras para la Administración Militar.

Cuando en la campaña de África, que tantas veces hemos calificado de gloriosa sin saber por qué, el modo con que se hizo la contrata de cierto aparato ortopédico, valió á los individuos del cuerpo que nos ocupa cierto apodo que conservaron

y aun hoy se oye con alguna frecuencia aun haciendo muchos años.

En la funesta campaña de Santo Domingo hubo igualmente muchas censuras para la Administración Militar. En la guerra carlista también... y para terminar de una vez, en la que hemos sostenido en Cuba, el prestigio de este cuerpo no ha salido muy bien librado.

En todas las campañas lo que más embaraza los movimientos de un ejército es llevar una impedimenta de víveres y municiones que no pueden nunca dejarse abandonados, hay que custodiarlos y conducirlos. El plan de operaciones mejor combinado, el que mayor seguridad de éxito ofrezca, se frustra si el ejército que ha de ejecutarle no cuenta con raciones suficientes para el tiempo que dure la operación. De nada sirve ganar una batalla, conquistar una plaza ó posición estratégica si después el hambre obliga á abandonarlas, como más de una vez ha sucedido en nuestras guerras civiles.

Siendo casi imposible en Cuba que las columnas operasen con impedimento, que les permitiese llevar raciones para más de seis días, forzoso fué establecer en casi todos los poblados, por insignificantes que fuesen, factorías militares, en las cuales las columnas pudieran racionarse. Al frente de estas factorías se pusieron hombres civiles, cuya responsabilidad era muy problemática, y en cuanto á honradez no diré que todos fuesen ladrones, pero sí afirmo que gran número de ellos robaron todo lo que pudieron. Generalmente el factor tenía á sus órdenes un auxiliar y un mozo pesador. Los tres enemigos del cuerpo del soldado, pues de los del alma nos acordábamos muy poco durante la campaña.

Como es lógico, las factorías distribuidas por los poblados dependían de las centrales, siendo en éstas los encargados de recibir los víveres y hacer las remesas á los pequeños centros de racionamiento jefes y oficiales del cuerpo de Administración militar; como nunca tuve trato directo con estos señores y las noticias que de algunos de ellos tengo no puedo publicarlas por falta de pruebas, me ocuparé solamente de los factores y sus adláteres de la gente menuda, cuyas trapacerías han sido tantas y tan gordas que no creo posible las ignorasen los jefes administrativos de quienes dependían.

Como en nuestro país es añeja costumbre no tener en cuenta las condiciones personales de un individuo para darle un destino y sí mucho la persona que le recomienda, la mayoría de los nombramientos de factores recayeron en personas capaces de dar lecciones de robo á Caes y á sus mejores discípulos.

En los comienzos de la campaña los artículos que las factorías suministraban eran café, azúcar, sal, arroz, garbanzos, judías, tocino, bacalao, tasajo, vino, aguardiente, maíz y heno; paulatinamente fueroa suprimiéndose artículos y á mediados del 96, ya no suministraban tasajo, bacalao, garbanzos, judías y heno nada más que en la provincia de la Habana.

Generalmente los artículos no eran de mala calidad si se tiene en cuenta que el tocino americano y el arroz de las Guayanas valen muy poco. Como los artículos que constituían la ración de etapa además de ser incompletos para el rancho del soldado, no valían algún tiempo antes del bloqueo la cantidad de una peseta igual al plus de campaña, que por ellos se cargaba la mayoría de los cuerpos evitaban todo lo posible extraer

raciones de factoría y solamente lo hacían cuando el comercio no podía facilitárselas.

Este retraimiento fué causa de que las raciones almacenadas durante algunos meses se estropearan, siendo necesario darlas de baja, después de levantar la correspondiente acta justificativa. Si ajustáramos la cuenta del número de raciones que de este modo ha perdido el Estado, la cifra ascendería á algunos millones; cifra ante la cual se alarmó el general Weyler, y para impedir que las raciones siguiesen estropeándose en las factorías en Enero de 1897 dictó una orden mandando que todas las fuerzas de la isla extrajesen cuando menos diez días al mes ración de etapa, orden que dicho sea de paso, fué un perjuicio para el soldado, pues para el completo de su alimentación había de poner 10 centavos diarios, es decir, cuando comía, por lo que pudiéramos llamar gestión directa, le costaba el rancho 20 centavos, y cuando extraía ración de tapa treinta, como se ve, hasta en los detalles más insignificantes siempre á Juan Soldado le toca salir perdiendo.

Inútil me parece decir que la orden general fué recibida con disgusto por la tropa y con júbilo por los factores y demás aves de rapiña; el soldado porque se le obligaba á comer cuando menos diez días al mes el para él maldito arroz, alimento que odiaba con toda su alma, y del cual pocas veces pudo prescindir, y los factores porque con el aumento de despacho venía también el aumento en la ganancia.

Imitando á nuestros tenderos de abacería cuyas pesas rara vez tienen el peso que marcan, ellos á su vez comenzaron á falsear las básculas, que por cierto eran de sistema americano y se prestaban á bastantes amaños.

El tocino que recibían en cajones lo colocaban entre capas de sal, humedeciéndola antes para que quedase adherida y de este modo aumentábase su peso, como la sal les costaba cuando más á medio duro la arroba, y el tocino obado por el aditamento de aquella le vendían por regla general á tres duros, ya por esta parte resultaba una ganancia bonita.

El arroz, el azúcar y el café no se prestaban á los mismos amañeos del tocino, pero cuando alguno de estos géneros era de primera calidad, cosa que sucedía con bastante frecuencia, entonces no faltaba algún comerciante que abonando una cantidad les cambiase por géneros inferiores. Más de una vez he visto descargar en una factoría azúcar de buena calidad, café limpio y hermoso, arroz del llamado Canilla y sin embargo sacar raciones al día siguiente y encontrarne con todos los artículos cambiados.

Donde los factores cargaban verdaderamente la mano era en el vino, recibían este artículo en pipas, de 800 botellas, marca Torres ó Sol, vino mucho mejor que el que generalmente se expendía en los establecimientos comerciales, cada pipa contenía 1,200 raciones, á razón de un cuartillo por plaza, pero tan pronto como caían en sus manos las raciones se multiplicaban tanto como el conocido milagro de los panes y los peces; siendo los factores poco inteligentes en composiciones químicas, y menos escrupulosos en la elección de materias para sus manipulaciones, generalmente empleaban en ellas agua, campeche, fuschina y aguardiente de caña, para que el nuevo caldo tuviese alguna fuerza alcohólica.

En Agosto de 1897 acampó la guerrilla de mi batallón á la puerta de la factoría de Arimao, aquella mañana llegó para la

misma un convoy de seis mil raciones, y con ellas cinco pipas de vino. En menos de dos horas el buen señor bautizó una pipa, rebándola con su acompañamiento correspondiente de carne, peche y otras porquerías, nada menos que 26 garrafones de agua ó sean 832 cuartillos, quedando así aumentadas las raciones desde mil doscientas á dos mil treinta y dos. Los guerrilleros que pacienzudamente y sin perder un solo detalle habían observado la operación bautismal, cuando fueron á racionarse de vino se negaron á tomarle de la pipa bautizada, diciéndole al factor cuanto había hecho, el cual juraba hasta por las once mil vírgenes y el botafumeiro de la catedral de Santiago que el vino era de superior calidad y que él le repartía sin haberle adulterado, los guerrilleros sostenían lo que acababan de presenciar, y como el factor no cediese, la cuestión fué agriándose hasta el punto que un soldado le propinó un puntapie en la parte que Sancho Panza tuvo en tanto aprecio, haciéndole caer de bruces sobre dos pipas, disponíase el soldado á repetir cuando la oportuna aparición del cabo farriel puso fin á la contienda, alzóse el factor del suelo y haciendo alardes de honradez amenazó con dar parte del hecho al jefe de la columna. Todo cuanto había sucedido lo presencié yo oculto detrás de unos sacos de arroz, el cinismo del factor me llenó de indignación y no pudiendo contenerla salí de mi escondite, me aproximé á él y cogiéndole por el pezenzo le dije:

—Puede usted dar parte ó darlo todo, pero ahora por buenas ó por malas nos va usted á dar vino de una pipa que aun no haya adulterado.

Comprendiendo el *honrado* factor que estábamos dispuestos á tomarnos la justicia por nuestra mano, obedeció distribuyen-

do el vino con tanta generosidad que casi duplicó el número de raciones que nos correspondían, no atreviéndose tampoco á dar parte del suceso al jefe de la columna. Desde este día, el factor de Arimao aparentó profesarme una grande amistad y sirvió las raciones correspondientes á la guerrilla lo mejor que le fué posible, por mi parte debo manifestar que no hice el menor aprecio del cariño que semejante canalla me manifestaba y aproveché cuantas ocasiones se me presentaron para zaherirle, y más de una vez le llamé ladrón y bandido, sin que el buen señor se ofendiese por frases tan insultantes, gracias á ellas obtuve de él algunas revelaciones de cuya certeza no respondo; me dijo que eran muchas las causas que le obligaban á proceder de aquel modo. En primer lugar me manifestó que empezaba recibiendo de la factoría central las raciones con bastante merma, si al hacerse cargo de ellas ponía algún reparo, era casi seguro había de costarle el destino. Tenía también de vez en cuando que hacer algunos obsequios á ciertas personas que le sostenían en su cargo, y por último atender á las necesidades de su familia bastante numerosa y á una caterva de parientes que, según él, se lo comían vivo; el sueldo no andaba muy corriente, pues generalmente le adeudaban de ocho á diez meses.

Por confesión del factor supe también como se las arreglaba en sus negocios. El racionamiento de las fuerzas movilizadas eran los que mayores beneficios le producían, comenzaban por dejar en factoría una cuarta parte del total de las raciones por las que el jefe de la fuerza recibía, la cantidad estipulada por cada una á su vez el factor las cedía á la casa comercial de Hartasanches mediante el beneficio correspondiente. Los caballos de muchas guerrillas movilizadas estaban condenados á no

comer casi nunca maíz y el valor de sus raciones pasaba al bolsillo del jefe de la guerrilla, quedándole también al factor el beneficio correspondiente.

Como prueba de cuanto he dicho, más de una vez he visto salir de Arimao para Cienfuegos carretas cargadas con pipas de vinos secos de harina, maíz y demás artículos procedentes de la factoría, dichas carretas iban custodiadas por dependientes de la casa de Hartasánchez y guerrilleros movilizados de Arimao, con arreglo á las disposiciones del general en jefe, para que de un poblado pudiesen salir víveres con destino á cualquier punto de la isla, era indispensable el permiso del comandante de armas, el cual había de firmar la correspondiente guía; pues bien, los comandantes de armas de Arimao no se enteraron nunca de la procedencia de los víveres que iban á Cienfuegos, y los que con ellos traficaban, tampoco se recataron de pasearlos por delante del soldado.

Como lo sucedido en la factoría de Arimao no era una excepción y cada vez aumentaban las rapiñas de los factores, el general Weyler vióse obligado á tomar medidas bastante enérgicas, creyendo con ellas poner término á tanta rapacidad. En pocos días fueron suspendidos de sus cargos y presos un crecido número de factores, juntamente con los comerciantes con quienes traficaban, pero resultó que siendo éstos en su casi mayoría jefes ú oficiales de voluntarios á quienes se les concedía fuero militar, en vez de ingresar en la cárcel, quedaban arrestados en los castillos ó prisiones militares. El mal llamado castillo de Sagua albergó en sus pabellones más de treinta comerciantes agiotistas, á quienes la escarapela nacional, según frase muy antigua, les servíade pararrayos.

Los expedientes que con este motivo se incoaron, en un principio lleváronse con bastante rapidez, al poco tiempo se decretaron libertades provisionales, pusieronse en juego multitud de influencias, y cuando el general Weyler regresó á la Península los expedientes debieron quedar archivados, pues no he tenido noticia de que se resolviese ninguno. Otras de las medidas dictadas por el general en jefe para cohartar en parte el negocio de los factores fué la supresión en casi todas las provincias de la ración de vino, medida que redundó en perjuicio del soldado. Dicha medida se dictó cuando ya se habia ordenado que la tropa sacase diariamente sus raciones de la factoría.

Al encargarse el general Blanco del mando superior de la Isla, una de las primeras medidas que dictó, fué el arreglo de las raciones de etapa distribuyéndolas en nueve clases, en ellas volvían á entrar el tasajo, lateria, carne en conserva, chorizos y otra porción de cosas, que rara vez pudieron encontrarse en las factorías, dispuso también que las tropas en operaciones recibiesen ración extraordinaria de vino, todo lo cual produjo enormes beneficios á los factores, la mayoría de los cuales al terminar la campaña habían realizado bonitos negocios.

Cierto es tambien, que han regresado á España algunos jefes y oficiales de Administración militar con un crecido capital, cuya procedencia habia de serles muy difícil justificar, cuando en mi concepto han de descubrirse muchas de las irregularidades cometidas en el día que se liquiden las cuentas de la campaña, fecha que juzgo algo distante, y vendrá cuando la mayoría de los irregularizadores no figuren en el mundo de los vivos.

XIX

Los depósitos de transeuntes

No siéndome posible ocuparme del modo como que estaban organizados los depósitos de transeuntes en los diferentes centros de operaciones de la isla lo haré solamente del establecido en el castillo del Morro de la Habana y del de Cienfuegos.

De Babel militar podría calificarse el del castillo del Morro pues á él afluían de todos los puntos de la isla los individuos de tropa que por diferentes razones debían regresar á España, y que más que alojarse se almacenaban en las bóvedas de la fortaleza. A su llegada al castillo y por razones que en conciencia aun no he podido explicarme, empezaban por prohibirles la salida del murado recinto, si bien solía haber permisos especiales so pretexto de que iban á prestar algún servicio mecánico, para aquellos que los pagaban, concedidos á espaldas de la oficialidad por algún furriel improvisado, ó cualquiera otra de las clases encargadas de mangonear en las secciones, especie de servidumbre de escalera abajo, pero provista de buenas re-

comendaciones, hacia por su cuenta los negocios que podía; á semejanza de lo que sucedía en el Castillo de la Cabaña con las compañías de convalecientes, en el del Morro se esperaba para montar el servicio de armas de la fortaleza, cubrir los retenes con que de noche se reforzaban las guardias de las baterías avanzadas, á que saliesen los enfermos del hospital, dándose el caso de tenerles tres ó mas días consecutivos de guardia; para que toda esta gente pudiese prestar servicio había una colección de fusiles remington bastante sucios con no pocos desperfectos y algunos paquetes de cartuchería.

De la parte administrativa no quiero ocuparme, mejor que yo pueden hacerlo los soldados que pasaron por la citada fortaleza.

Si un depósito establecido en la capital de la isla casi á la vista del general en jefe, estaba montado tan defectuosamente, juzgue el lector lo que sucedería con los establecidos en poblaciones de menor importancia.

El establecido en Cienfuegos tenía por local un almacén bastante espacioso, situado en las inmediaciones de la estación; era para muchos soldados centro de refugio, gracias al cual se libraban de las operaciones, y un bonito negocio para algún oficial encargado del suministro, quien para que le ayudasen en sus poco escrupulosas operaciones, comenzaba por buscar una clase poco escrupulosa, de esas que á cambio de obtener algún beneficio les importaba muy poco que el soldado pereciese de hambre. El furriel, puesto unas veces de acuerdo con el oficial, comenzaba por extraer menos raciones de pan que las que correspondían al número de individuos presentes como es lógico, muchos debían quedarse sin ellas y para evitar recla-

naciones, esperaba la ocasión de que la mayoría de los soldados estuviesen fuera del local para distribuirlos. Si después de hecha la distribución algún infeliz de los que no habían estado presentes le reclamaba la ración de pan, solía contestarle que se la había dado á otro soldado que la pidió para él, si con esta razón no se daba por satisfecho, el reclamante además de quedarse sin pan, recibía algunos palos, con lo cual conseguía amedrentar á los pobres soldados, que preferían quedarse sin pan á verse maltratados de semejante modo.

El rancho aparte de ser de muy mala calidad era tan escaso que apenas si bastaba para suministrar á la mitad de la fuerza, pero la *previsora* inteligencia del furriel y los rancheros hallaron recursos para suplir la falta de menestra, arrojando sobre el barreño donde se distribuía, cubos de agua caliente coloreada con pimentón; para que el negocio fuese más redondo al entregar las sobras á los individuos unas veces se dieron todas en papel moneda y otras en parte proporcional mucho mayor de la abonada por la hacienda.

Cuando el negocio hecho en el depósito de transeúntes había llegado al período de su mayor apogeo, llegó á Cienfuegos el general Weyler y, según se cuenta, unos soldados á quienes interrogó le facilitaron noticia detallada de la explotación de que se les hacía objeto, pero ello fué que al día siguiente se presentó en el depósito un jefe de la confianza del general, quien pudo comprobar las muchas irregularidades que allí se cometían. Inmediatamente el oficial encargado, que aquel mes era un segundo teniente movilizado del batallón de Pando, fué relevado de su destino, pasando en calidad de preso al castillo

de Sagua. Igual suerte cupo al furriel y ambos quedaron sumariados.

¿Fue este el único oficial que se lució de los que estuvieron al frente del Depósito? Casi me atrevo á afirmar que no, para ello me fundo en lo hecho por dos cabos que en distintas ocasiones ejercieron en dicho depósito el cargo de furrieles, los citados sujetos además de gastar mientras desempeñaron el destino, una cantidad que no bajaría de cuatro ó cinco duros diarios, uno de ellos en el poco tiempo que ocupó la plaza aun pudo ahorrar cerca de quinientos duros, por lo tanto me es muy difícil creer que los oficiales dejasen robar tan descaradamente á los furrieles sin obtener ellos, que eran los responsables directos, el menor beneficio. Es más, hasta los rancheiros, los encargados de calentar el agua coloreada con pimentón recibían también su recompensa pecuniaria en pago de su silencio y habilidades culinarias.

Como al ser descubiertos por el general Weyler los latrocinios que en el depósito de transeuntes se cometían, no fué solamente castigado el oficial, sino también el jefe de su batallón al que se le impusieron dos meses de arresto, que sufrió en el castillo de Sagua, y según se dijo también, sufrió ocho días de arresto en su domicilio el coronel comandante militar de la plaza, parece que estos correctivos sirvieron de escarmiento y por el pronto acabaron en absoluto las irregularidades. Ya no volvieron á sacarse panes de menos, desapareció el agua coloreada con pimentón, el rancho era nutritivo, abundante y bien condimentado. Hasta entonces los jefes de los batallones encargados del suministro y el comandante militar de la plaza que habían tenido el depósito de transeuntes en el

más completo olvido, comenzaron á visitarle casi diariamente, probaban los ranchos, preguntando á los soldados, si habían recibido el pan y las sobras ó si eran maltratados, en una palabra, el miedo á que el general les impusiese algún correctivo les hacía cumplir con un deber olvidado durante mucho tiempo.

No faltaron nunca en los depósitos de transeuntes una colección de soldados que valiéndose de mil mañas perpetuaban su estancia en ellos, y en el de Cienfuegos los hubo en más abundancia que en cualquiera otro de la isla.

Dichos individuos eran los mismos de quienes me he ocupado en el capítulo referente á hospitales, hábiles maestros en el arte de fingir enfermedades, tan pronto como tenían noticias que del depósito iba á salir una expedición para incorporarse á la columna, si apelando á otros medios no podían librarse de ella, entonces ingresaban en el hospital.

Por espacio de dos años á los individuos que ingresaban en los depósitos de transeuntes, se les expedía pasaporte para que se incorporasen á la representación de su cuerpo que generalmente tenía la residencia distante del lugar donde éste operaba, y de este modo prolongaban por algunos días más, su incorporación á la columna.

Semejante medida además de ocasionar por transportes crecidos gastos al estado, hacía que los cuerpos tuviesen siempre mucha gente separada de sus filas; con el fin de corregir este abuso, á mediados del año 97, el general Weyler dictó severas disposiciones ordenando á los comandantes de armas, que á los individuos que se hallaban en transeuntes se les expediese el pasaporte únicamente para el lugar donde sus batallones

operaban, orden que mientras el citado general permaneció en la isla fué cumplida con toda escrupulosidad, pues debo advertir que no han tenido en este punto la misma suerte otros generales.

Otra de las plagas que pesaban sobre los depósitos de transeuntes era el crecidísimo número de individuos á quienes el destino que ejercían les obligaba á estar separados de sus cuerpos y á los que tenían que socorrer.

En todas las oficinas militares hubo durante la campaña más número de escribientes y ordenanzas de los necesarios, muchos de los cuales eran completamente inútiles para desempeñar el puesto que ocupaban, para eso sí, eran niños mimados, bien provistos de recomendaciones y por lo tanto no era cosa de permitir que las fatigas de la campaña ó alguna bala insurrecta pudieran estropearlos. Las operaciones han quedado siempre para aquellos infelices que no tuvieron quien se acordase de ellos.

A más de los escribientes y ordenanzas había una nube de asistentes, pues no era cosa de que los jefes y oficiales que ejercían destinos burocráticos estuviesen mal servidos; nada tendría que objetar sobre este punto, si dichos destinos hubieran sido cubiertos en la forma y condiciones que la ordenanza prescribe, pero es el caso que la gran mayoría de jefes y oficiales tenían á su servicio más número de asistentes, los señalados por la ordenanza.

Si las disposiciones dictadas reglamentando este servicio se hubiesen cumplido, si los castigos señalados á los jefes que permiten tener separados de las fuerzas que mandan á individuos que lo están sin causa justificada como lo es, el desempeñar

destinos no reglamentarios, se hubiesen impuesto, estoy seguro de que por la razón que acabo de exponer serian muchos los jefes que hubiesen perdido sus empleos.

XX

El primer armisticio

Los hechos de armas que acabo de relatar no produjeron ningún resultado práctico. Firmes en sus propósitos de seguir la política llamada de atracción, los generales volvieron á cambiar de táctica, y queriendo restar fuerzas al enemigo, comenzaron á organizar fuerzas movilizadas, admitiendo en ellas á todo bicho viviente.

En Cienfuegos comenzó por organizarse un batallón llamado «Tiradores de las Lomas», batallón compuesto en su casi totalidad de chinos, á los cuales se les vistió con bastante elegancia, dotándoles sin duda para que estuviesen más bonitos, de polainas de lona y otras fruslerías que en campaña no tenían otra aplicación que la de haber costado dinero, haberse

hecho contatas, y por lo tanto haber salido de ellas alguien ganancioso.

De los servicios prestados por este batallón nada hay que decir, pues á los pocos días de haber salido á operaciones, ó mejor dicho, á guarnecer algunos puntos, los «Tiradores de las Lomas» ingresaron poco menos que en masa en el hospital militar, encontrándose el Estado en que organizaba batallones, no para que le fuesen útiles en el campo de batalla, sino para mantenerlos, echándose sobre sus espaldas una carga bastante pesada.

De los beneficios que este batallón reportó, pueden dar detallada cuenta algunos de los que le administraron.

Se organizó también otro batallón denominado «Tiradores de las Villas,» sobre poco más ó menos como el anterior produciendo también idénticos resultados.

Gastándose inútilmente muchos miles de duros, se organizó la célebre brigada «Cuba Española», bajo las órdenes del no menos célebre coronel Massó, brigada que á juzgar por los interesados elogios que algunos periódicos la dirigían, parecía que ella sola iba á dar fin de la campaña. Algunos de sus jefes y muchos de sus oficiales, procedían del campo enemigo, y si bien en apariencia se mostraban amigos y aun ardientes partidarios de España, en el fondo de su alma seguían siendo tanto ó más insurrectos que antes. Los soldados, por no ser menos que la mayoría de sus jefes y oficiales, también procedían del campo enemigo. Los servicios de esta brigada desde los comienzos de su organización, fueron los de promover motines, insubordinaciones en grande escala y deserciones aún en ma-

yor, hasta el punto de pasarse al enemigo destacamentos enteros.

La organización de estos batallones preocupó muy poco á las tropas regulares, pero lo que sí vino á causarnos un efecto deplorable, fué la orden mandando organizar en los batallones del ejército las séptimas compañías, las cuales debían componerse de fuerzas movilizadas, mandadas también por oficiales movilizadas. Para que el lector juzgue del detestable efecto que esta disposición nos produjo, es necesario que tenga en cuenta lo siguiente. En primer lugar se señalaba á los movilizadas un haber mensual muy superior al que recibían los soldados, y además la ración de etapa; dicho haber, había de satisfacerse por quincenas vencidas y con preferencia á las demás atenciones, creando por lo tanto entre individuos de un mismo cuerpo privilegios irritantes; precisamente esta orden fué á dictarse cuando en muchos batallones hacía cuatro y cinco meses que los soldados no percibían sus exiguas pagas. Además ¿que efecto hubiese producido á los soldados el ver que los voluntarios cobraban y ellos no? ¿Este privilegio no hubiese podido dar margen á actos de insubordinación? En mi batallón había más de doscientos de la recluta voluntaria, los cuales no percibían, ni aun han percibido, el premio que se les señaló, á pesar de tan manifiesta injusticia, pues se faltaba abiertamente á un contrato celebrado entre ellos y el Estado, no hubo ni uno que protestase, pero no creo que hubiesen visto con calma cobrar á los movilizadas, en tanto que ellos seguían con el bolsillo vacío.

La creencia de que al organizarse las séptimas compañías podían ingresar en ellas oficiales movilizadas, produjo gran

descontento entre la clase de sargentos y muy especialmente, en aquellos en donde la mayoría llevaban dos y tres años de operaciones, y estoy seguro que la presencia de estos oficiales en los batallones hubiese producido más de un conflicto.

Per fortuna la mayoría de los jefes no se tomaron grande interés en la organización de las citadas compañías, comprendiendo que el único resultado que las traerían sería la creación de conflictos, como lo demostró el hecho de que en los pocos batallones donde comenzaron á organizarse, muchos de los afiliados, al verse dueños de un buen fusil maüser con su correspondiente dotación de cartuchos, se pasaron al enemigo. La séptima compañía de mi batallón, si se exceptua el cuadro de oficiales y clases, que eran de ejército, no tuvo más que un solo individuo movilizado, el cual no llegó á salir á operaciones.

El descontento que estas disposiciones produjeron al ejército, vino á agravarle la lluvia de recompensas otorgadas tan generosamente y en muy pocos días por el general Blanco. Si estas recompensas hubiesen venido á reparar olvidos ó injusticias, nadie hubiese dicho una palabra, pero desgraciadamente sirvieron para poner de relieve el favoritismo que en esta cuestión impera durante toda la campaña.

Entre los varios sargentos que entonces ascendieron en mi batallón, citaré solamente á tres, porque en mi concepto y en el de todo el mundo no merecían ser recompensados.

Uno de los agraciados, que por cierto había operado muy poco tiempo, en la noche del 14 al 15 de Febrero de 1897, estando durmiendo en su hamaca en el poblado de la Sierra, fué herido á consecuencia de algunos disparos hechos por el enemigo; en recompensa á las heridas recibidas se le concedió una

cruz pensionada, otorgándosele pocos días después el empleo de segundo teniente como premio á las operaciones practicadas hasta fin de Junio de dicho año; ahora bien, el citado sargento desde que fué herido no volvió á salir á operaciones. Como se ve, para recompensar á un paniaguado no se podía mentir más descaradamente.

Otro; éste operó algún tiempo al principio de la campana, después estuvo enfermo, luego destacado, realizó durante dos meses activas operaciones en la Siguanca, quedando en el campamento como encargado de la factoría del batallón, destino que después conservó en Palmira. De modo, que cuando ascendió á teniente por méritos contraídos durante la campana, hacía más de un año que este héroe no había oído silbar una bala, ni hecho otra cosa de provecho más que pesar raciones.

El tercero de los agraciados era de aquellos que siempre tuvieron la habilidad suficiente para huirle el bulto á las operaciones, amante de pasarse la vida en cómodos destacamentos, unas veces por suerte y otras por ingenio se las arregló de modo que casi siempre estuvo en ellos. Durante las operaciones que el batallón ejecutó en la Ciénega de Zapata y Siguanca, que fueron las más penosas de cuantas había realizado, este cuco se libró de ellas, pasándose el tiempo entre Cienfuegos y Caunas.

No obstante habérseles concedido á los tres el ascenso por los méritos contraídos en campana, puedo asegurar que en las pocas acciones en que tomaron parte no hicieron cosa alguna que fuese de provecho ni mucho menos distinguirse al frente del enemigo.

Otros sargentos cuyos méritos eran muy superiores á los de

los agraciados, viendo la generosidad con que éstos las obtenían, solicitaron también recompensas, pero faltos de influencia en los centros donde las otorgaban, se les contestó que estaban bien recompensados, pudiendo aun darse por muy satisfechos en que sus peticiones no las interpretara la superioridad como reclamación viciosa y se les impusiese algún correctivo.

Se ha hablado mucho de la revisión de recompensas. ¿Por qué no se ejecuta? Hágase una información por cuerpos y estoy seguro que no faltará quien tire de la manta: por mi parte estoy dispuesto á manifestar no todo lo que sé de lo sucedido en el río, pero sí cuanto pueda probar.

Para colmo de desdichas, en aquel tiempo se dió orden de suspender las hostilidades: las columnas quedaron acantonadas en los pueblos y el enemigo en el campo, haciendo todo cuanto le daba la gana, seguro de que nadie había de molestarle. De la confianza que este armisticio podía inspirar á los jefes de columna, puede dar una muestra el siguiente detalle. Cuando las hostilidades estaban en todo su apogeo, la guerrilla de mi batallón y los acemileros salían á forragear sin que les acompañara fuerza alguna de infantería; desde la fecha en que se suspendieron las hostilidades, nos escoltaba una compañía.

Jamás he tenido noticia de que en parte alguna se haya hecho una suspensión de hostilidades en la forma en que se hizo en Cuba, en concreto las tropas no sabían á qué atenerse, lo único que se nos dijo fué que no atacásemos al enemigo si éste no nos agredía antes; por cierto que aquella suspensión la aprovecharon los insurrectos para reconcentrar sus partidas y recibir muchos recursos de los pueblos de la isla y de la Junta revolucionaria de Nueva York.

En este tiempo fué cuando el ejército llegó á convencerse, viendo que la diplomacia no concluía con la insurrección, que la guerra con los Estados Unidos era una consecuencia inevitable. Todos esperaban que se aprovecharía aquel tiempo para abastecer la isla de víveres y municiones, se fortificarían algunos puertos importantes completamente indefensos, y que la Nación tomaría cuantas medidas fuesen necesarias para hacer siquiera frente en medianas condiciones á los grandes acontecimientos que se preparaban, por desgracia nada de esto se hizo, y los resultados de tanta imprevisión no pudieron ser más desastrosos.

Antes de terminarse el plazo marcado en el bando que dió el general Blanco al comenzarse la suspensión de hostilidades, viendo que los insurrectos no hacían maldito caso del perdón que se les ofrecía, á lo que es más probable obedeciendo á instrucciones del gobierno de Madrid, volvieron á romperse las hostilidades, de las cuales creo completamente inútil ocuparme.

XXI

La guerra con los Estados Unidos

Con indecible júbilo fué recibido por parte del soldado la declaración de guerra hecha por los Estados Unidos, cuyo proceder y conducta son demasiados conocidos de todos, razón por la cual creo inútil analizar.

Era tan grande el odio que esta nación inspiraba á las tropas que ansiaban la llegada del momento de trabar combate con el ejército de la llamada gran república. Tanto odio le había inspirado el convencimiento tenido por el soldado, de que la causa del sostenimiento de la guerra la tenían los Estados Unidos. Además, no había entonces un solo soldado que dudara de que el éxito de la guerra sería de España. La cuestión que más podía preocuparnos era la de las raciones, y el general Blanco declaró que tenía víveres para un año, tiempo mucho mayor del que suponíamos había de durar la campaña; pero á los pocos días de hecha esta declaración hizo otra, que ya empezó á enfriar algo los entusiasmos. Sin duda debí-

ron echar mal la cuenta de los víveres, y al recontarlos, resultó que no los había más que para seis meses.

Por su parte el comercio, que en Cuba ha blasonado siempre de ser muy patriota, no quiso desperdiciar la ocasión que se les presentaba de hacer buenos negocios, y á los pocos días de declararse la guerra, comenzó á subir el precio de todos los artículos de primera necesidad.

Con una rapidez, que nosotros estábamos muy lejos de esperar, vimos que los buques de los Estados Unidos bloqueaban la isla en toda regla, maniobrando cuando les parecía oportuno muy cerca de la costa, por lugares bastante difíciles, lo que nos hizo comprender que á bordo de dichos buques iban prácticos muy conoedores de aquellas aguas.

Durante los primeros días de bloqueo la Administración militar siguió facilitándonos lo mismo que antes las raciones de etapa; pero antes de que transcurriese el mes, las citadas raciones eran incompletas, empero por faltar el café y el vino, llegó á faltar hasta el azúcar, y por último faltó todo.

No obstante, presentárenos ya desde los comienzos del bloqueo el hambre en perspectiva, no decayó el espíritu del ejército ni le entibió en nada la noticia de haber sido apresado en la costa de Cienfuegos el vapor *Argonauta*, por cierto que en él ocurrió un hecho que voy á referir para que el lector conozca una vez más el interés que nuestros generales tenían en recompensar los buenos servicios hechos por las clases de tropa. Iba á bordo de dicho buque un cabo del batallón de Burgos que pasaba á incorporarse al de cazadores de Puerto Rico, núm. 49. Al embarcar en Cienfuegos se le hizo entrega de documentación de su nuevo cuerpo para que lo condujese á Manzanillo,

viendo el cabo que cuantos militares españoles iban en el *Argonauta* eran trasbordados al crucero americano *Nasuhille* y por tanto hechos prisioneros de guerra, trató de librarse del cautiverio que le esperaba, rápidamente abandona su equipaje, y con el reloj y los pocos ahorros que tenía se viste de paisano, se confunde entre los pasajeros, negó á los soldados americanos repetidas veces ser militar, y de este modo consigue ponerse en salvo; pero si bien abandonó todo lo que era de su propiedad, considerando como cosa de vital interés para su nuevo batallón la correspondencia que se le confiara, logra también salvarla ocultándosela en el pecho. Al llegar á Cienfuegos se presenta á las autoridades militares, las que le piden refiera detalladamente los episodios de su fuga, y al conocer los peligros que arrojó para salvar la correspondencia, le prometen que dicho servicio le sería recompensado, promesa que aun no ha llegado á cumplirse.

Después de la captura de este buque, esperábamos todos que España mandaría una fuerte escuadra, la cual no solamente castigaría la osadía de los buques americanos, sino también bombardearía sus puertos, pues á nosotros se nos hizo creer que la Nación no había perdonado medios para reunir una crecida armada, adquiriendo buques en Francia, Italia y Alemania.

Antes de embarcar para la isla de Cuba conocía yo detalladamente cual era el estado de nuestra marina de guerra, y suponiendo se hubiesen terminado los buques que estaban en construcción, calculé podríamos disponer de dos acorazados de primera clase, seis cruceros acorazados tipo *Viscaya*, dos iguales al *Reina Regente*, tres cruceros de hierro, tipo *Alfonso XII*,

seis de tercera clase, tipo *Isabel II*, tres iguales al tipo *Marqués de la Ensenada*, siete cañoneras torpederos, tipo *Terror*, otros seis similares al *Filipinas*, cuatro caza-torpederos y diez y ocho torpederos. La *Numancia* y *Vitoria* transformados en cruceros de combate, y la nube de buques de madera que nunca ha servido para otra cosa más que para agravar nuestro presupuesto de marina, se nos dijo que, además de todo esto, España había adquirido cuatro acorazados de primera clase, tres cruceros de combate y una porción de buques de pequeño porte.

Con estos antecedentes, repito, que nadie dudó de que la victoria sería nuestra.

Recuerdo que una mañana, estando la guerrilla de mi batallón forrageando en las inmediaciones de Canaao, hablando con el oficial que la mandaba, joven, lleno de entusiasmo, muy querido y admirado del soldado por su valor y excelentes condiciones militares, me dijo:

—No dude usted que aun hemos de ser nosotros los que hemos de ir á buscar á los yanquis á su casa, ellos nunca se atreverán á pisar las playas de Cuba, tengo la creencia que he de estar de guarnición en Wáshington y cobrar en oro americano las pagas que se nos adeudan.

Con el respeto y cariño que me inspiraba, le contesté:

—Perdone V., mi teniente, que mi entusiasmo no sea tan grande como el suyo, y es tanta mi desconfianza, que creo más fácil que los yanquis guarnezcan la Habana que nosotros á Wáshington.

—¿Qué razones tiene V. para pensar así?

—Si V. me lo permite y puesto que aquí ningún soldado

puede oírnos, se las diré si me hace el favor de responderme á algunas preguntas.

—Empiece V.

—¿Cómo se explica V. que siendo nuestra escuadra más fuerte, tripulada por marinos más valientes y expertos que la de los Estados Unidos, tarde tanto tiempo en presentarse en aguas de Cuba?

—Muy sencillo. Ya sabe V. que nuestra escuadra no viene sola, con ella llegarán también 30 buques de la Compañía Trasatlántica armados en corso, los cuales conducen víveres y material de guerra en abundancia. También se dice que con objeto de que España tenga comunicación directa con Cuba se está tendiendo un cable.

—Efectivamente, he oído decir todo lo que V. acaba de referirme y aun algo más, pero no doy crédito á unas noticias que en el fondo de mi alma siento no sean ciertas.

—¿Por qué razón?

—Dejando á un lado lo del cable, cuya tensión en las actuales circunstancias es bastante discutible. Le diré á V. que hace dos días estuve en Cienfuegos y allí hablé de este mismo asunto con una persona á quien V. conoce mucho, y por lo tanto, sabe y está muy bien enterada. Dicha persona me dijo que España no dispone más que de dos acorazados, cuatro cruceros, incluyendo en este número al *Colón*, buque comprado en Italia, la *Numancia* y la *Vitoria*, cuyas condiciones de combate son casi nulas, dos cruceros tipo *Reina Regente* y unos cuantos buques de menor importancia. Los cruceros que se construían en nuestros arsenales desde el año 92 aun están

sin terminar, y otra porción de cosas que hasta vergüenza me da el referirlas.

—¡Oh, eso es imposible!

—Me dijo más. Nuestra escuadra de Filipinas no ha tenido otro refuerzo que dos cruceros de tercera clase. Tenemos allí más de treinta mal llamados buques de guerra que no son otra cosa que ataúdes flotantes, basta un solo buque protegido para que en un combate los eche todos á pique.

—¿Entonces la victoria que el día primero de Mayo obtuvo nuestra escuadra sobre la yanqui cómo se la explica V.?

—Es pura ilusión, porque es una victoria más ficticia que real. Los americanos no son tan necios que envíen á Filipinas buques peores que los nuestros, por el pronto sé que tienen en aquellas aguas cruceros como el *Olimpia* y el *Baltimore*, muy superiores á los nuestros.

—Será verdad todo cuanto V. me dice, tendrán los americanos mucha y más mejor escuadra que España, podrán vencernos por mar, pero en tierra no dude V. que la victoria será siempre nuestra.

—Sobre este punto no he dudado. Sé por experiencia como se bate el soldado, pero...

El teniente no me dejó concluir la frase, ordenándome no comunicase á nadie mis impresiones, orden, que dicho sea de paso, no me hacía falta para tenerlas muy calladas, pues en realidad me daba pena apagar los entusiasmos del soldado.

XXII

Fortificación y bombardeo

Muchos fueron los temores que repentinamente debieron asaltar á las autoridades de la isla de que los yanquis desembarcaran un ejército organizado en condiciones de conquistar la grande Antilla, cuando á toda prisa se dió orden de fortificar las elevaciones de terreno inmediatas á Cienfuegos, por no perder la costumbre, la consecuencia de tanta premura vino también esta vez á pagarlas el soldado: mi batallón juntamente con otros movilizados se encargó de construir las defensas de Cienfuegos por la parte de tierra, dichas unidades orgánicas fraccionadas por compañías comenzaron la construcción de unos reductos, cuyos parapetos de tierra apisonada eran de espesor más que suficiente para resistir los efectos de la artillería de campaña.

Con verdadera fe é indecible afán ejecutaban los soldados aquellos trabajos bajo la orden y dirección de los oficiales de su compañía, quienes á su vez recibieron los planos detallados

de la Comandancia de ingenieros, la que falta de personal técnico que pudiese dirigir personalmente los trabajos de dichas obras, había sólo de concretarse á inspeccionarlas con alguna frecuencia.

En plazo relativamente breve terminó la fortificación de una línea de 16 kilómetros, en la cual se alzaban igual ó mayor número de reductos en los que hubieran podido emplazarse en buenas condiciones más de sesenta piezas de campaña, pero desgraciadamente en el parque de Artillería de Cienfuegos no había disponible ningún cañón que sirviese para maldita de Dios la cosa. Para la guarnición y defensa de tan extensa línea, hubieran sido necesarios de 14 á 16 mil hombres, cifra que en caso de necesidad creo hubiese podido reunirse con el auxilio de los voluntarios de Cienfuegos.

También se fortificó á toda prisa el poblado de Auras para impedir que el enemigo pudiera apoderarse libremente de dicho punto y dominar la entrada de la bahía de Cienfuegos. Dichas obras se redujeron á la construcción de algunos ramales de trinchera y fueron artillados con cinco piezas de montaña á cargar por la boca, cuya fecha de construcción databa del año 1859, siendo, por lo tanto, de modelo muy anticuado y completamente inútiles.

Mientras se ejecutaban estos trabajos de fortificación una mañana se presentó en la boca de entrada del canal de Cienfuegos, cinco cruceros *yankes*, seguros de que nadie había de molestarles fueron tranquilamente aproximándose á la costa y cuando les pareció oportuno rompieron el fuego de cañón sobre la tarola, la cual tenía por toda defensa cuatro piezas de montaña, las mismas que después se enviaron á Auras.

Cerca de cinco horas estuvieron disparando los cañones *yankes* sobre la indefensa farola, la cual consiguieron derribar después de haber lanzado sobre ella más de mil proyectiles de diferentes calibres.

Desde los primeros disparos, comprendiendo nuestros artilleros lo inútil de su permanencia en aquel sitio, se retiraron, llevándose las piezas de montaña, á las cuales dieron los soldados el nombre de «chocolateras sin chocolate.»

Como el objetivo principal de los *yankis* era el de apoderarse de la casita del cable y cortar la comunicación del mismo con Trinidad, Santiago de Cuba y la Habana, destacaron de sus buques algunas fuerzas de desembarco. Para impedir esta maniobra, algunas fuerzas del batallón de Luzón, hoy de Isabel la Católica, únicas que en aquel lugar teníamos, se atrincheraron en la playa, aquellos valientes, ó mejor dicho héroes, sufrieron á pie firme el fuego de los cañones americanos sin ceder un palmo de terreno. Cuando los botes *yankis* que conducían la gente de desembarco se aproximaban á la playa, entonces, haciéndoles nutridas y mortíferas descargas, les obligaban á emprender precipitada fuga. Repetidas veces intentaron los americanos el desembarque y otras tantas tuvieron que retirarse sin haber conseguido su objeto, habiendo sufrido regular número de bajas, por nuestra parte el número de heridos que tuvo el batallón de Luzón fué el de 10.

Tan pronto como en Cienfuegos se tuvo noticia del bombardeo de la farola, que fué á los pocos instantes de comenzado, el general Aguirre ordenó que precipitalmente se reconcentrasen en dicha población cuantas fuerzas estaban en sus cercanías y pronto penetraron en ella media docena de batallones.

La Cruz Roja se puso en movimiento y en Cienfuegos parecía que el enemigo llamaba á sus puertas, lo mismo que si se acabase de librar un gran combate donde los heridos se encuentran por miles, en una palabra, exagerando el bombardeo en grado superlativo: en la aduana se estableció un hospital de sangre.

En las inmediaciones del muelle veíase multitud de señoras y señoritas luciendo el emblema de la Cruz Roja, y según manifestación del general Aguirre: «Sufriendo el fuego con una impavidez asombrosa.» Nota. El proyectil que cayó más cerca de Cienfuegos fué á 20 kilómetros de distancia.

No niego que si para auxiliar á los heridos hubiese sido necesario exponer la vida algunas de las damas de la Cruz Roja la hubieran arriesgado, pero sí afirmo que muchas de esas damas se declararon decididas partidarias de la insurrección tan pronto como vieron que la suerte de las armas no era favorable á España, entonces salieron á la calle paseando los colores insurrectos y algunas hasta se atrevieron á llamarnos *patones* y otras lindezas por el estilo.

No sé en qué forma el general Aguirre daría parte del bombardeo al Capitán general de la isla, pero sí que á consecuencia de este hecho se mandó formular propuestas en las que se incluyeron multitud de batallones que no estuvieron en el sitio del combate, y gran número de personas que no hicieron otra cosa más que oír los cañonazos, muy lejos del alcance de los proyectiles cuyo silbido no molestó ni una sola vez los oídos del jefe militar de las Villas. En mi concepto, los únicos que merecían ser recompensados con mucha más largueza de lo que fueron, eran las fuerzas de Luzón, únicas, repito, que tomaron

parte en el combate, y si oficialmente se ha dicho otra cosa, aunque la personalidad que lo asegure ocupe alta posición, no tengo inconveniente en demostrarle que es falso.

Pocos días después de hecha la propuesta corría el rumor de que el general Blanco se había enterado minuciosamente del bombardeo, y sus noticias diferían mucho de las que les suministró el general Aguirre, este rumor vino á confirmarlo algunos meses después la resolución de la propuesta, pues en ella sólo se concedieron cruces sencillas, es decir, que de este modo venía á confesarse implícitamente que los agraciados lo eran sin haberlo merecido.

A consecuencia del bombardeo se activaron las fortificaciones del canal que conduce á la bahía de Cienfuegos; el lugar ocupado por la farola, limpio de escombros, se transformó en batería, emplazándose en ella dos obuses y un cañón de 12 centímetros, magníficas piezas para hacer salvas.

En Pasa Caballos se terminó una buena batería, pero mal artillada, pues en ella se colocaron cuatro cañones de bronce de á 9 cm. retrocarga, iguales á los que aun usa en España la artillería de campaña, y una ametralladora. En las inmediaciones del castillo de Sagua se hicieron dos baterías, emplazándose en ellas otras piezas, según me dijeron, dos cañones Hontoria de á 12 cm. Los disparos de toda esa artillería no hubieran causado el menor desperfecto en un acorazado de tercera clase.

Creo que si los buques yanquis no entraron en la bahía de Cienfuegos fué, ó porque no les dió la gana, ó por temor á los torpedos colocados en el canal.

No obstante ver en aquel artillado una muestra palmaria

de nuestra debilidad, la mayoría de los soldados creían de buena fe que con aquellas defensas, Cienfuegos era inexpugnable. Creencia de las que también participaban crecido número de oficiales más entusiastas que instruidos, pues demasiado sabe el lector que cuando menos un 50 por 100 de la oficialidad que ha hecho la campaña de Cuba, carecía de conocimientos balísticos y aun de otros más elementales.

Afirmaba la creencia que el soldado tenía de que Cienfuegos, por mar, quedó convertido en plaza inexpugnable, el ver que unos cuantos buques de guerra americanos se paseaban continuamente en la boca de entrada del canal, sin atreverse á penetrar en el mismo; pero no dejaba de llamarles su atención el ver también á los citados buques estacionarse algunas veces á menos de tres mil metros de la batería del faro, sin que ésta les hiciese disparo alguno.

—¿Por qué razón no se les hace fuego? preguntaban los soldados.

—¿Es que los cañones no alcanzan ó temen que vuelvan á repetir el bombardeo?

Nada puedo contestar á esto, pero á mi juicio la dotación de proyectiles de que dichas piezas disponían era bastante reducido, además, no habiendo número suficiente de artilleros para su servicio, hubo que improvisarlos á la carrera, para lo cual los cuerpos de infantería enviaron á toda prisa sus respectivos contingentes, eligiendo, no hombres de capacidad que fácilmente y en pocos días pudiesen aprender el manejo de piezas de artillería, sino hombres de estatura, gente de fuerza, como si para apuntar bien un cañón fuese más necesario tener buenos puños que mediana inteligencia.

Varias veces llegaron hasta nosotros noticias de que los buques enemigos que habían intentado penetrar en Cárdenas, Manzanillo, Casilda ó cualquier otro puerto de la isla peor defendido aún que Cienfuegos, tuvieron que retirarse después de haber sufrido averías de consideración, los periódicos de la Habana publicaron la noticia de haberse ido á pique un cañonero torpedero á consecuencia de averías sufridas en el bombardeo de Cárdenas; pocos días después era un crucero de alto bordo el *Cincinatti*, naufragado en la costa de Mariel, añadiendo para confirmar esta noticia que el mar había arrojado á la playa restos del citado buque.

En tanto que nosotros creíamos de buena fe estas patrañas, los barcos yanquis seguían apresando buques mercantes é impidiendo que recibiésemos provisiones.

Un día se destacó de la escuadrilla bloqueadora del mar del sud, un buque mercante armado en guerra, é internándose por el canal que conduce á Cienfuegos, llegó sin ser molestado hasta las inmediaciones del castillo de Sagua, haciendo algunos disparos que ocasionaron bastantes destrozos en las casas inmediatas á la citada fortaleza. Un cañonero de guerra salió á su encuentro y por espacio de algunos minutos sostuvo un combate bastante desigual por su parte, pues tuvo algunos heridos y sufrió averías de bastante consideración en la proa. En cuanto al buque americano, por más que se dijo había sufrido averías de consideración, nadie se las vió y cuando lo tuvo por conveniente se retiró sin ser molestado. Este ataque bastó para hacernos comprender que Cienfuegos no era inexpugnable, y que su única defensa, como antes he dicho, consistía en los torpedos puestos en el canal.

Para colmo de males, por aquellos días fué sorprendido á bordo del vapor inglés *Adula* un caballero, el cual había conseguido que alguno de los buzos encargados de fijar las defensas submarinas les facilitase el plano y con él el lugar exacto de donde se hallaban colocadas, para mayor vergüenza nuestra, alguno de los traidores era hijo de España, y el modo desastroso con que terminamos la campaña ha hecho que su traición quede sin castigo.

XXIII

Entusiasmos de Real orden

En tanto se desarrollaban estos sucesos, los batallones acantonados en Palmira y Caunao, hacían lo posible por divertirse, el batallón de Colón acampado en la primera de dichas poblaciones, celebró el 2 de Mayo con extraordinaria solemnidad, hubo misa de campaña con asistencia de las banderas de dos batallones, sermón patriótico y otra porción de pláticas por el estilo, por la tarde *carroussel*, cueñas en las que el premio consistía en un pueto símbolo de Mae-Kinley y otra porción de cosas que servían para recrear al soldado y divertir á una colección de señoritas cursis que decían ser muy españolas, no obstante odiarnos con la mayor cordialidad.

Tanto festival, tanto discurso patriótico, ó por mejor decir, tantas tonterías como entonces se hicieron, eran más propias de un ejército que hubiese terminado con gloria y provecho una campaña, que de tropas que en realidad aun no la había comenzado. Aun recuerdo el entusiasmo con que aquella tarde

se acogió la lectura del telegrama dando cuenta del triunfo que nuestras babuchas náuticas habían obtenido sobre los buques americanos en aguas de Manila.

Con este motivo se hicieron infinidad de comentarios, no faltando quien en su entusiasmo patriótico dijese que el número de buques yanquis echados á pique excedió de 30, y las bajas sufridas por el enemigo pasaban de 5,000, como es lógico, las nuestras eran solamente un *capitán de proa* contuso y un gato de á bordo sin cola.

Todos estos entusiasmos vino á amortiguarlos la salida del batallón á campaña con objeto de vigilar la costa desde Aurás al río de San Juan, servicio que dicho sea de paso, resultaba completamente inútil pues en el caso de que el enemigo se hubiese aventurado á hacer un desembarque por aquellos sitios, lo hubiese podido efectuar bajo el amparo de sus cañones con mucha facilidad, pues el reducido número de tropas que ocupábamos aquellos lugares, estaban tan diseminadas que en caso necesario hubiesen tardado algunas horas en prestarse mutuo auxilio.

Diariamente contemplábamos el paseo por las inmediaciones de la costa de los buques bloqueadores, los cuales eran en su mayoría vapores mercantes armados en guerra. La vigilancia que ejercían nuestros enemigos no les sirvió para que el trasatlántico *Montserrat* entrase en la bahía de Cienfuegos burlando el bloqueo y nos facilitó víveres, que ya comenzaban á escasear.

A los pocos días de comenzarse estas operaciones, nuestro batallón recibió orden de reconcentrarse en Caunas, pueblecillo que por la parte de tierra es la llave de la defensa de Cien-

fuegos, en dicho pueblo tuvimos noticia que la escuadra española al mando de Cervera, había entrado en el puerto de Santiago de Cuba. Nada se nos dijo en concreto del número de buques que la componían, pero sí que era muy poderosa. Se habló mucho de la pericia demostrada por Cervera al burlarse de la escuadra del almirante Sampson.

No satisfizo mucho esta noticia á nuestros soldados que razonaban del siguiente modo:

Si nuestra escuadra es tan poderosa ¿por qué razón no presenta combate á la americana, por qué no la escarmienta? ¿Por qué permite que los buques bloqueadores se posean á la vista de nuestras costas? Y como los víveres traídos por el *Montserrat* estaban casi agotados, añadían:

¿Dónde está ese convoy de víveres que escoltaba nuestra escuadra? ¿Vendrán las raciones cuando ya estemos muertos de hambre?

Fui á Cienfuegos, y la misma persona que me facilitó los antecedentes ya referidos sobre nuestra marina de guerra, me dijo que la tan cacareada escuadra llegada á Santiago de Cuba se reducía á cuatro cruceros protegidos, á quienes antes de la guerra el general Beránger, siendo ministro de Marina, les bautizó con el mote de acorazados de segunda clase y dos *desrlo-yers* adquiridos en Inglaterra. Conociendo yo que las condiciones de defensa de dichos buques era casi nula, pues sus costados podían con mucha facilidad ser traspasados por cañones de pequeño calibre; esta noticia me llenó de consternación. Para mí el envío de aquellos buques á las aguas de Cuba, era lo mismo que entregarlos al enemigo, pero me guardé mucho de hacer esta manifestación á mis compañeros, temiendo que

en su patriotismo me acusasen de mal español y hasta de cebarde; además la ordenanza prohíbe ciertas manifestaciones y otras muchas cosas de las cuales se hizo en Cuba muy poco caso.

Seguía manteniendo el entusiasmo de nuestras tropas las noticias que se recibían de Santiago de Cuba, según las cuales, siempre que los buques americanos atacaban las baterías de la plaza tenían que retirarse después de haber sufrido averías de consideración.

Una noche, por iniciativa del coronel que entonces nos mandaba, se organizó una gran fiesta para celebrar la voladura del acorazado *Merrimac* en la entrada de Santiago de Cuba. Inmediatamente se improvisó una carroza con alegorías en las cuales figuraba el indispensable Mac-Kinley al desfilarse la comitiva al son de las cornetas, únicos instrumentos de que podíamos disponer, se dieron gritos de ¡abajo el tocino! ¡muera los tocineros!

Gritar ¡abajo el tocino! cuando era la única sustancia nutritiva que entraba en nuestro estómago, no se le ocurre á nadie más que á nuestro soldado: como si este grito hubiese sido la señal de agotamiento tocinal; pocos días después le buscábamos por todas partes y no le hallábamos en ninguna. En todas las factorías se habían agotado las raciones de tocino, sustituyéndose por las de aceite... ¡pero qué aceite, Dios mío! al destaparse las latas en que venía envasado, era tan nauseabundo el olor que despedía que nos obligaba á taparnos las narices; aquel aceite podría servir para todo, menos para comer. En vano era que los rancheros al freírle le echasen ajos, cebollas, pan, limón, multitud de cosas para quitarle el gusto,

era tan malo el sabor que daba al rancho que sólo la mucha hambre que nuestros soldados sufrían podía hacérselo comer.

Después de acabarse el tocino se conclayeron los garbanzos, las judías y hasta el arroz; se acabó también la harina y la galleta, y la ración del soldado se redujo únicamente á aceite y á fideos, también malo.

Con tan exigua alimentación era imposible que el soldado pudiese soportar las fatigas que se le exigían y el hambre hizo perecer á muchos infelices en el hospital de Cienfuegos; pero si los que estábamos en operaciones carecíamos de todo, en cambio en el hotel Continental de Cienfuegos, lugar donde comían nuestros generales, allí nunca les faltó nada, por lo tanto no debe extrañarse que los que comían bien no se acordasen de los condenados á perpétuo ayuno.

No obstante, el bando publicado por el general Blanco, mandando á los almacenistas declarasen á las autoridades militares lo que guardaban en sus almacenes, la mayoría de ellos no cumplieron este requisito. Era público y notorio que algunos almacenistas de Cienfuegos tenían crecido número de víveres ocultos en algibes y en casas alquiladas con este fin, y en tanto que los soldados perecían de hambre, los comerciantes vendían al detall los víveres ocultos, sin que el general Aguirre hiciese nada práctico para descubrir tanta ocultación.

El negocio realizado por los almacenistas ocultadores durante el bloqueo es de aquellos que no puede calificarse, la libra de patatas llegó á valer cinco reales, diez la de arroz, y á este tenor los demás artículos.

Más de dos meses estuvieron los soldados de mi batallón sin comer pan ni galletas y algunos días tuvieron que mante-

nerse solamente con harina de maíz cocida con agua. La falta de fuerzas era ya tan grande que en recorrer una distancia de cuatro leguas de no mal camino, tardamos siete y ocho horas, y al fin de la jornada, los soldados se tendían en el suelo completamente rendidos, y otra vez el paludismo volvió á causar extraordinario número de bajas en mi batallón.

Lo único que en parte vino á mitigar el hambre que sentíamos fué la orden dictada por el general en jefe mandando que las tropas se surtiesen de carne en los puntos donde la hallasen quedando exceptuados de la requisita los bueyes de trabajo y las vacas de cria. Esta requisita debía hacerse con la intervención de los alcaldes de barrio, los cuales señalaban á las tropas los puntos de su jurisdicción donde debían ir por carne y el propietario encargado de suministrársela, los cuerpos abonaban las reses á razón de su peso limpio, señalándose el de 21 centavos oro el kilo: recomendaba la circular que el pago fuese en el acto, cosa imposible de cumplir, pues la mayoría de los cuerpos carecían de fondos.

Hallándose mi batallón en una zona donde abundaban las reses vacunas, fácil nos fué surtirnros de carne durante algún tiempo, cuantas veces fuimos por ella al ingenio Soledad, colocado bajo el pabellón inglés, nos fué facilitada mediante recibo, sin que el encargado de la finca opusiese la menor resistencia; no sucedía lo mismo en la finca de un español residente en Cienfuegos, hombre que, según el decir de los que conocían su riqueza, contaba las onzas por bocoyes.

Dicho señor, fiado en la posición social que ocupaba y contando con valiosísimas influencias, dió orden terminante al mayoral encargado de su finca para que en ninguna forma per-

mitiese que las tropas se llevasen reses de su ingenio. Esta orden, dadas las circunstancias excepcionales porque atravesábamos, era más fácil de dictar que de cumplir.

Varias veces me correspondió ir por reses á esta finca y al divisar desde la casa del abandonado incendio la proximidad del destacamento de guerrilleros, el administrador comenzaba por esconderse, mandando á los monteros que hiciesen lo mismo, medidas que de nada le servían pues los guerrilleros eran bastante hábiles para enlazar las reses aun que fuese á galope tendido.

Terminada esta operación y en vista de que el encargado de la finca se negaba á admitir el recibo, se ponía el hecho en conocimiento del alcalde de barrio, quedando así cubierta nuestra responsabilidad.

Recuerdo que una ocasión debíamos surtirnros de carne por partes iguales del ingenio Soledad, y el que me ocupa.

Con objeto de ganar tiempo el oficial encargado de la comisión me envió al ingenio del acaudalado español para que recogiese las reses, debiendo yo esperarle en el citado sitio.

En el momento que me presente al administrador manifestándole las órdenes que había recibido, me respondió del modo más soez que el lector puede imaginarse, diciéndome, entre otras cosas, que allí no mandaba el general Blanco ni nadie. Soy poco amigo de aguantar insolencias de nadie y confieso que me hallaba dispuesto á tomarme la justicia por mi mano, á no haberlo impedido la oportuna llegada del oficial á quien di cuenta del hecho.

Las reses tuvimos que llevárnoslas poco menos que á viva fuerza y este hecho dió origen á que se cambiasen algunos te-

legramas entre el teniente coronel jefe del batallón y el jefe de la media brigada, de cuyo texto no quiero ocuparme por que para vergüenza del ejército español demostraría una vez más que la influencia del elemento capitalista en Cuba llegó á sobreponerse muchas veces al cumplimiento de las órdenes dictadas por algunos generales, sin embargo, dichos capitalistas han sido siempre amigos de alardear de españolismo, pero en realidad han sobrepuesto siempre el buen resultado de su negocio á todos los intereses de la patria.

XXIV

El desastre

Al tenerse noticia de que el cuerpo de ejército americano desembarcado en Daiquiri, sitiaba la ciudad de Santiago de Cuba, se nos dijo que en auxilio de esta plaza se enviaría un cuerpo de ejército, para nosotros había llegado el deseado momento de medir nuestras armas con las del enemigo, y puedo afirmar que el entusiasmo de los batallones que operaban en las Villas, era grande; pero al ver que transcurría el tiempo y nosotros seguíamos en vergonzosa inacción, los ánimos fueron decayendo paulatinamente.

Al soldado español, lejos de desanimarle los reveses, parece que acrecientan su furia al tener noticia de la completa destrucción de nuestra escuadra, noticia que supimos quince días después del desastre, todos ansiábamos vengarla; para nosotros nada significaba la pérdida de los cuatro cruceros y los dos *destroyers* que la componían, la guarnición de Santiago de Cuba seguiría defendiendo la plaza con el valor y tenacidad que han caracterizado á nuestras tropas cuando han tenido á su

frente generales que han sabido dirigir las é inspirarlas confianza; nos afirmaba en esta creencia el saber que la escuadra española también había sido completamente destruida en aguas de Manila, y sin embargo la capital continuaba defendiéndose, así es que cuando se nos dijo algunos días después que Santiago de Cuba había capitulado, nadie dió al pronto crédito á esta noticia. El soldado no podía creer bajo ningún concepto que sus hermanos habían capitulado. Cuando ya no era posible la duda, cuando supieron que en la capitulación no solamente estaban comprendidas las que defendían la plaza, sino también las que ocupaban el territorio del llamado Departamento Oriental. La palabra traición corrió de boca en boca; y cuando el soldado, lejos de la presencia de sus oficiales podía comunicar á sus compañeros cual era su pensamiento, lanzaba terribles acusaciones contra el gobierno de Madrid y contra casi todos los generales que tenían mando en la Isla.

A los rumores de paz que circularon, respondió el soldado deseando fuese un hecho cuanto antes, ya su único afán era el de regresar á España, el de volver á ver los seres queridos que en su pueblo había dejado; á él no le importaba nada, pero absolutamente nada que se perdiesen Cuba, Puerto Rico y Filipinas, si él no había de ser empleado ni comerciante. Ya para él nuestras posesiones españolas no eran otra cosa que inmensos cementerios donde reposaban los huesos de miles de hermanos de infortunio, ya no irían á Cuba tantos soldados españoles y las madres no llorarían la separación de sus hijos, cuya vuelta al hogar era bastante dudosa; y si ahora el soldado no hacía público alarde de sus pensamientos, tampoco se ocultaba en manifestarlos. De la desconfianza en sus jefes á la in-

disciplina hay muy poca distancia, y á pesar de esto fueron muy contados los casos de insubordinación que se registraron. No obstante todas estas manifestaciones, en el fondo del soldado aun existía un grande amor á su patria, y al tener á su frente un jefe de energía, con gusto hubiese derramado su sangre en honor de la bandera que tan mal hacían le cobijase.

El tratado de paz, la vergonzosa forma en que fué hecho, las onerosas condiciones que se nos imponían, despertó la indignación de muchos jefes y oficiales, y la siguiente protesta que copio dará una prueba más clara que todo cuanto pudiera yo decir:

«A nuestros compañeros de armas

»Llega hasta nosotros, compañeros, el eco triste de una paz próxima, que, al convertirse en un hecho, nos declara quizá vencidos sin combate y sin haber probado nuestro esfuerzo.

»Servidores leales de la Patria, ni traspasaremos la ordenanza, ni olvidaremos el respeto que á las instituciones debemos; pero inspirándonos en las alocuciones de nuestro digno general en jefe, cumple á nuestro honor y cuadra á nuestro aliento afirmar ante la Nación y ante la historia el natural sentimiento que embarga á las fuerzas de un ejército ansioso, en vano, de combatir hasta el último extremo. Queremos también hacer constar, que si los poderes públicos, responsables de la Nación, imponen la paz á este intacto y decidido ejército, resignados acataremos tal mandato, mas no sin protestar en nuestro fuero interno de soluciones que no salven por completo el ho-

nor de las armas y dejen incólume el prestigio tan esencial para la vida del Ejército.

»Ante vosotros, como compañeros, y siéndonos vedado en otra forma, hacemos esta manifestación para que conste siempre, seguros de que en vosotros late este mismo sentimiento.

»Cienfuegos, 10 de Agosto de 1898. — El general de la brigada de Cienfuegos, Julio Alvarez Chacón. — El coronel jefe de la primera media brigada, José Delgado Santiesteban. — El coronel jefe de la segunda media brigada, Vicente de Cortijo. — El coronel inspector del quinto tercio de guerrillas, Enrique Vázquez. — El comandante de artillería del segundo cuerpo de ejército, Antonio Cañada. — El teniente coronel jefe del batallón cazadores de Colón, Federico Paez Jaramillo. — El teniente coronel jefe del batallón de Luzón, José Patiño. — El teniente coronel jefe del batallón de Pando, Isidro Rodríguez. — El comandante jefe accidental del batallón de Burgos, Manuel Neira Gayoso. — El teniente coronel jefe de la Guardia civil, Luis López Mijares. — El coronel de voluntarios, jefe de las guerrillas de Cienfuegos, Luis Ramos Izquierdo. — El subintendente militar, Fernando Villarejo.»

Este documento iba también suscrito por los capitanes y subalternos del batallón cazadores de Colón, soldados de este batallón juraron uno por uno al frente de su bandera defender la honra de la patria y el honor de las armas hasta el último extremo. Los de los demás cuerpos no hicieron juramento alguno porque no se les exigió; pero tengo la plena seguridad que hubiesen cumplido á todo trance los mandatos de los jefes que suscribieron el acta.

Tan pronto como las autoridades superiores de la Isla tu-

vieron noticia de esta protesta, á juzgar por las medidas que dictaron, puede decirse que se apoderó de ellas verdadero pánico.

Inmediatamente fué relevado del mando de la brigada el general Chacón, al cual se le obligó á presentarse en la Habana sin pérdida de tiempo, con este motivo entre las tropas circuló el rumor de que había sido arrestado por el general en jefe.

El coronel Delgado fué trasladado á Matanzas, permitiéndole permanecer en Cienfuegos algunos días, tal vez porque le creyeron el más inofensivo de todos los firmantes, este jefe llegó á la Isla mandando el batallón de Burgos, operando con él obtuvo el empleo de coronel y otras varias recompensas, y según su decir, tenía en grande estima al batallón. Por nuestra parte debo confesar que los individuos de dicho batallón no era mucho el cariño que le profesábamos, acusándole de habersetomado muy poco interés en que los individuos que pelearon á sus órdenes fuesen recompensados con arreglo á los méritos que habían contraído.

El coronel de caballería señor Cortijo, que hacía poco tiempo se hallaba en Cienfuegos, después de haber sido libertado del poder de los yanquis, gracias al canjeo hecho por el Gobierno americano para libertar á dos periodistas, también fué relevado del mando de su media brigada.

La permanencia del batallón de Colón en el castillo de Yagua, debió ser considerada peligrosa por el general Aguirre, pues inmediatamente dispuso que el citado batallón saliese á guarnecer Santo Domingo y los poblados inmediatos de la vía férrea.

Los demás jefes que suscribieron el acta, se dice que fueron reprendidos y algunos arrestados en sus domicilios.

Después de tener noticia de este hecho, no he podido aún explicarme las razones que impulsaron al general Blanco para pronunciar hace poco tiempo en el Senado las siguientes frases:

«Señores senadores: siento no haberme sublevado en la Habana al frente de las fuerzas de mi mando, porque entonces otra hubiera sido la suerte de la Isla.

«Me arrepiento, repito, de no haber sublevado al ejército de Cuba contra las instrucciones del Gobierno.»

Arrepentimiento tardío, frases inútiles, con las cuales no podrá nunca borrar el estigma arrojado sobre su historia militar, sobre la de la patria y la del ejército.

Si tuvo intenciones de sublevarse, ¿por qué no lo hizo? ¿Los que eran sus subordinados no le marcaron el camino que debía seguir? Si no pensaba prolongar la defensa del territorio puesto bajo su mando, ¿por qué respondió al jefe de las fuerzas que defendían á Manzanillo, cuando esta población se hallaba atacada por mar por los buques yankis y por tierra por las fuerzas insurrectas que se acordase de Numancia y de Sagunto?

¿Es que entonces aun no había recibido órdenes del Gobierno, es que aun no sabía á qué atenerse?

Si esto es así, debe manifestar al país clara y terminantemente cuales fueron las órdenes recibidas y las razones que tuvo para obedecerlas sin protesta. La nación, que ha sacrificado durante muchos años sus hijos y su riqueza en defensa de unos territorios que han sido entregados sin lucha, tiene perfecto derecho á saber la verdad de cuanto ha sucedido.

Cuando la guerra franco-prusiana, el pueblo español en

general y los militares en particular calificaron de vergonzosas las rendiciones de Sedán y Metz; pues bien, aquellos ejércitos antes de entregar las armas habiau combatido, en sus filas se contaban per miles las bajas hechas por el plomo enemigo; ahora bien, la casi totalidad del ejército español en Cuba no disparó un solo tiro sobre los mercenarios americanos, y no obstante, tuvo también que rendirse cumpliendo las órdenes de los jefes que los mandaban.

Si las rendiciones de Sedán y Metz fueron calificadas de vergonzosas, ¿cómo calificaremos la entrega de Cuba y demás provincias que fueron españolas?

Repito que cuanto diga el general Blanco para disculpar su conducta, que no sea las órdenes que recibió del Gobierno y todo lo concerniente á la entrega de la isla de Cuba, será completamente inútil, y no debe olvidar, que el ejército de Cuba, viendo que se rendía poco menos que á discreción teniendo á sus órdenes más de 150,000 hombres que ansiaban combatir, le calificó de traidor y de cobarde, y cuando el soldado aplica á uno de sus generales calificativos de esta índole, difícilmente recobra el prestigio que tanto necesita quien ha de mandarles.

XXV

Fuera caretas

Tan pronto como fué considerada la paz como definitiva, comenzó lo que pudiéramos llamar danza y contradanza de batallones, las columnas se disolvieron, pasando sus fuerzas á ocupar los poblados inmediatos á las vías férreas con objeto de impedir que los insurrectos se apoderasen de ellos, y llegó también el momento de que los mentidos amigos de España se quitasen las caretas y manifestaran en público cual era su verdadera opinión. Cerca de Caunao, punto donde nuevamente fué destinado mi batallón, estaba situada la finca Santa Rosalía, lugar donde acampó un erecido núcleo insurrecto, y al cual acudían numerosas personas de Cienfuegos á visitar á sus parientes y amigos.

Los primeros días que dichas visitas pudieron efectuarse con entera libertad; la calzada que de Cienfuegos conduce á Caunao semejábase á una animada romería; pelotones de jinetes cuyos caballos en su gran mayoría anunciaban en su hierro haber pertenecido á las fuerzas movilizadas de la jurisdicción

galopaban en todas direcciones; veíase carros y carretas con asientos provisionales habilitados para la conducción de gente y algunos carruajes de lujo; veíase también multitud de gentes á pie, cosa rara en un país donde antes de la guerra, eran muy pocos los que caminaban un kilómetro á pie.

Casi todos los visitantes lucían cintas con los colores de la bandera cubana, y algunos, muy pocos, la estrella de cinco puntas; para llegar á la línea de Santa Rosalía les era preciso atravesar por el centro de Cauaio, en cuyas calles estaba el batallón acampado.

Las risas de aquellas gentes, el continuado barullo que sus voces producían, llenaban de indignación al soldado á quien las órdenes de sus superiores le obligaban á permitir lo que nunca hubiese tolerado por la fuerza de las armas; pero lo que más indignación le causó, lo que estuvo á punto de provocar un conflicto, fué el ver que algunos canallas luciendo aun en sus sombreros la escarapela de voluntario y vestidos de uniforme marchaban confundidos entre los grupos en dirección al campo insurrecto, y es seguro que tales individuos lo hubiesen pasado mal á no ser la presencia de los oficiales que aconsejaban á los soldados tuviesen calma.

Muy pocos fueron los que se atrevieron á dirigirnos alguna frase desagradable, pues los que así lo hicieron pagaron bastante cara su osadía, pues en mi batallón nadie se consideró vencido y sí vendido. Así es, que no estábamos dispuestos á permitir que nadie nos ofendiese. Los pocos que tuvieron el mal gusto de hacerlo, inmediatamente se arrepintieron de ello, pues no faltó quien á puñetazas les pasiese la boca en condiciones de pronunciar muy pocas palabras.

Como los insurrectos carecían en absoluto de víveres, algunos comerciantes y particulares de Cienfuegos, por espacio de algunos días, se los estuvieron suministrando. Dijose entonces que la precaria situación en que se hallaban las fuerzas insurrectas iba á cesar muy pronto, pues los Estados Unidos les enviarían abundantes recursos, en víveres, ropas y algún metálico; pero los días iban transcurriendo sin que los tan ansiados auxilios pareciesen por ninguna parte. Los patriotas cubanos también se causaron de socorrer al *ejército que les había libertado* y suspendieron poco á poco el suministro de víveres, viéndose el *ejército cubano* obligado á volver á las andadas, en pocos días quedaron las zonas de cultivo de aquella demarcación sin un boniato, sin una mala vianda. De esta manera cumplía la insurrección el bando dictado por sus caudillos, en el cual, después de encarecer la obligación que todos tenían de respetar la propiedad, imponía severísimas penas á quienes lo infringiesen.

Con el fin de socorrer á los insurrectos se abrieron en Cienfuegos suscripciones públicas, figurando en sus listas los donativos hechos por un crecido número de comerciantes españoles, muchos de los cuales eran aún, por no haberse disuelto estos cuerpos, jefes y oficiales de voluntarios, gente muy amante de su patria, que cuando el bloqueo ocultaron cuidadosamente los víveres que tenían almacenados, víveres que entonces pusieron á la venta, sosteniendo aun muy elevados los precios, supretexo de que con el cambio de dominación no se atrevían á adquirir provisiones en grande cantidad por miedo á que al ser rebajados los derechos de Aduanas las mercancías perdiesen una parte de su valor.

Al ser preguntados las razones que tenían para cambiar tan repentinamente de opinión política, algunos nos hicieron entender con bastante claridad que al perder España su soberanía en la isla de Cuba, á ellos les era preciso congraciarse con el nuevo elemento dominador, pues así lo exigían sus intereses comerciales, pues de seguir haciendo alardes de españolismo corrían el riesgo de ser atropellados por los insurrectos y ver saqueados sus establecimientos.

Bajo el punto de vista comercial serán estas razones muy poderosas y por lo tanto dignas de tenerse en cuenta, pero lo que no he podido explicarme el cinismo de alguno de ellos que inmediatamente puso en los escaparates de su tienda banderas y atributos insurrectos.

A este fin citaré lo ocurrido con un comerciante de Palmira. Aun faltaban algunos meses para que cesase nuestra dominación en Cuba, cuando este señor que desde el principio de la campaña había ejercido el cargo de primer teniente de voluntarios, puso en las vitrinas de su tienda de ropas y bisutería, una porción de banderitas y escarapelas insurrectas. Era su establecimiento uno de los más frecuentados por nosotros, en el que casi todos nos surtíamos de ropas, pagándolas á buen precio; quiso su desgracia, que una tarde uno de los sargentos del batallón entrase en su tienda, y al ver aquellos atributos, á los cuales aun seguíamos profesando muy poco cariño, le dijese reeriminándole su proceder:

— Parece mentira que usted, que tanto ha alardeado de amor á España, nos refriegue ahora por las narices las banderas enemigas; que esto lo hiciese un comerciante nacido aquí, no

me extrañaría, pero que lo haga el que nació en España, es cosa que no tiene nombre.

—Yo he de vivir en Cuba, le interrumpió el comerciante con sequedad.

—Conformes; pero no le ha de faltar á usted tiempo para congraciarse con los cubanos y venderles toda esa bisutería.

Además, no olvide usted que en Palmira aun flota el pabellón español y tiene obligación de respetarle, pues de lo contrario no faltará quien le obligue á ello.

Lleno de indignación por verse reprendido por quien juzgaba valer menos que él y con un cinismo inexplicable, el mísero comerciante respondió:

—Para mí, el negocio es antes que todo. Ustedes aquí ya no son nadie, y lo mejor que pueden hacer, es meterse la lengua en el c...

El sargento no pudo contenerse y propiciándole un terrible bofetón á consecuencia del cual le quedaron boca y narices bañados en sangre, le impidió terminar la frase.

Acto seguido las vitrinas fueron rotas y cuantos artículos insurrectos se encerraban en ellas pisoteados y hechos mil pedazos.

Esta lección sirvió de escarmiento á los demás comerciantes, pues algunos, que eran hijos del país, y que también habían colocado en sus escaparates dichas mercancías, se apresuraron á retirarlas temiendo que con ellos se hiciese lo mismo que con el teniente de voluntarios.

Otro comerciante de Palmira, también nacido en España, demostró la verdad de sus alardes patrióticos, fabricando una bandera insurrecta para izarla en su establecimiento el día que

resase nuestra dominación, pero éste fué más ciego que su compañero y supo guardar el sigilo necesario para que nosotros no nos enterásemos de su villana traición.

Después de estos sucesos y por confesión de personas muy afectas á la causa separatista con quienes hablé, supe que ambos mercachifles durante la guerra, escudados en su calidad de españoles y oficiales de voluntarios por añadidura, habían remitido á las fuerzas insurrectas ropa y otros efectos, cobrándolos á buen precio y por encargo de algunos dueños de fincas inmediatas á Palmira.

Como prueba del aprecio que la mayoría de los comerciantes nos inspiraban, me permito copiar la mayor parte del contenido de una hoja impresa que con bastante profusión circuló por Palmira y Cienfuegos á principios de Diciembre de 1898, la cual causó más de un disgusto á varios mercachifles y con especialidad, al más acaudalado de la población, quien en su afán de comerciar traficó con todo menos con la vergüenza, por ser cosa que no se cotizaba en el mercado y que él nunca había tenido.

DESPEDIDA

del Batallón de Burgos de la Isla de Cuba

PRÓLOGO

Varios *patones* que miden,
según el metro nos cuenta,
por arriba del cuarenta,
de la Isla se despiden
como cumple á gente atenta.

Lo hacen en versos ripiosos
pues no saben otras cosas,
y por partes rigurosas
como verán los curiosos
y si gustan las curiosas.

Á las doncellas

Ya de la tan querida patria en pos
cantamos con placer vuestra hermosura
y hondamente sentimos la amargura
de expresar con el alma eterno ¡Adiós!

Mas llevamos en nuestros corazones
vuestra imagen cual dulce melodía
y por siempre de nuestra fantasía
seréis las más caras ilusiones.

Jamás será posible que olvidemos

hechizos cual los vuestros que son tantos
y nuestra fiel memoria, los encantos
que os adoran, para que recordemos.

Recordad, pues, también aquellos ratos
que pasasteis en nuestra compañía,
y no abuséis de la vianda, que es la cría
que causa indigestiones, y hasta flatos.

Á los doncellos

Vosotros los llamados ciudadanos
de Cuba libre, feliz é independiente,
lo mismo el que en el *verde* cual valiente
peleó por *libeltal* á sus hermanos
que el del pueblo, patriota, *hojalatero*
que hizo guardias por comer de factoría
y hasta usó encarapela en su falsía
vendiéndose español de candelero.

Vosotros que de Oriente hasta Occidente
freiendo hazañas propias de barbánes
jinetes en soberbios alazanes
de guerreros ganasteis la parente.

Vosotros más chillones que los grillos...
sois hombres en proyecto todavía,
y es sabido que á tiempo se decía:
¡Ay de aquel que se acuesta con chiquillos!

A los bodegueros

Mercaderes falimentidos,
Cacos de nuevo sistema
que habéis hecho panema
de patricios bien nacidos.

Infames ocultadores
del tocino y del tasajo,
que con el yankee á destajo
habéis sido bloqueadores.

Queden en vuestras carpetas,
nuestros *vales* que no valen
y cuidarlos, por si salen
de esos papeles psetas.

Ganado os habéis la hopa
pues estrujando al soldado
al final, le habéis negado
el alimen o á la tropa.

Desplegando activa maña
habéis sido muchos meses,
para nosotros, *ingleses*;
viles yankees para España.

De patriotas triste ejemplo
pasando plaza de bueno.
¡Sí, por algo el Nazareno
os arrojó de su templo!

A nuestros amigos los buenos españoles

Los pocos buenos que en la Isla han sido;
para aquellos que fué nuestra bandera
algo más que un pingüo cualesquiera
y por España sufren y han sufrido,
Dios les premie su conducta tan sincera.

Justo es consignar que si en el elemento comercial de la isla hubo muchos y muy malos españoles, no faltaron tampoco quienes sacrificaron sus intereses y hasta su vida en aras de la patria; quienes consintieran que la insurrección les destruyese sus riquezas antes que ayudarla facilitándole recursos, todos los que con hechos habían demostrado su acendrado amor á la tierra que les vió nacer, al terminar la campaña quedaron en situación tan comprometida que, temerosos de ser víctimas de las mezquinas venganzas cometidas por el elemento separatista, á toda prisa tuvieron que abandonar la Isla, malvendiendo sus fincas ó traspasando sus establecimientos, único medio de librarse del furor de una chusma que, si bien era muy poco amiga de exponer su vida en los campos de batalla, en cambio no tenía el menor escrúpulo en asesinar á cualquiera de sus enemigos siempre que lo pudiese ejecutar impunemente.

Muchos peninsulares ó hijos del país que habían peleado en nuestras filas, á quienes la falta absoluta de recursos ó numerosa familia les impidió abandonar la Isla, fueron víctimas, y aun lo siguen siendo de mezquinas venganzas, á ciencia y paciencia de las autoridades americanas, que nada hicieron para impedirlo, ni llevar trazas de poner coto á los desmanes que aun hoy sigue cometiendo una chusma ávida de sangre.

XXVI

Nosotros y ellos

Ajústase la paz, como el Gobierno español no había hecho directamente ningún pacto con las fuerzas insurrectas, si bien las hostilidades quedaron suspendidas en absoluto, fué de un modo puramente convencional, puesto que el enemigo no había hecho ningún pacto que le obligase seriamente á no hostilizarnos, por lo tanto las fuerzas españolas acampadas en los poblados seguían sin permitir la entrada en los mismos á los insurrectos con armas; todos los que se presentasen sin ellas podían entrar en los poblados á comprar lo que necesitasen ó á visitar á quien quisieran, para pernoctar en los mismos, necesitaban autorización de los comandantes de armas.

En honor á la verdad, por regla general, la conducta observada por los individuos del ejército mambi dentro de los poblados con las tropas españolas, fué bastante correcta, y hubo muy pocos que se atrevieron á insultar al soldado, verdad es también, que la experiencia les había demostrado que éste no estaba dispuesto á consentir que nadie se mofase de él ni de su bandera.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, fueron apagándose los odios, hasta el punto de llegar en diferentes ocasiones á conversar amigablemente españoles é insurrectos.

Revelaciones

El primero con quien la casualidad me hizo conversar fué con un titulado comandante; me hallaba yo en un potrero inmediato á Caunas, esperando que los soldados de la guerrilla terminasen de forragear, cuando el cubano se acercó á mi y después de saludarme con bastante cortesía, cuyo saludo la educación me obligó á devolver, me suplicó le hiciese el favor de darle noticias de un soldado, hermano suyo y como él hijo del país que había prestado sus servicios en la guerrilla. Dile las noticias que me pedía y sirviendo éstas de pretexto para entrar en conversación me dijo:

—Usted se extrañará que estando yo desde el principio de la guerra peleando contra España, mi hermano sentase plaza en su batallón.

—No señor; desgraciadamente en las guerras civiles casos de esta naturaleza se ven con demasiada frecuencia.

—Mi padre era español, en la guerra pasada defendió con las armas en la mano la causa de España; mi hermano lo ha hecho en ésta y yo le hubiese seguido al no tener el convencimi-

miento de que la administración española y una gran parte del elemento peninsular en la Isla, no hacían en ello otra cosa más que explotarla por todos los medios imaginables y mirar con desprecio al hijo del país.

—No lo tengo entendido así.

—¡Oh! si usted me escuchase, prometiéndome no incomodarse por lo que le diga, creo que mis razones le convencerán.

—Puede usted hablar cuanto guste en la plena seguridad que sus palabras no han de causarme la menor molestia,—y para obligar á mi interlocutor á que sus declaraciones fuesen más amplias, le ofrecí ron y tabaco.

—Usted no debe ignorar,—me dijo después de aspirar con una avidez que demostraba hacia tiempo no haber fumado,— que el Gobierno español no ha cumplido ninguna de las condiciones estipuladas en el tratado de paz del Zanjón, paz que en mi concepto no se hubiese quebrantado si se les hubiese permitido tomar parte directa en la Administración de la Isla.

—Sobre este punto V. me objetará que no somos muy buenos administradores y que nuestra probidad, á juzgar por lo que muchos autonomistas han hecho, es bastante discutible; es cierto ¿pero acaso los funcionarios enviados por el Gobierno de la Península, han sido más honrados que los autonomistas?...

Demasiado sabe V. que no.

Dejando á un lado el elemento oficial, cuya reconocida inmoralidad está en la conciencia de todo el mundo, y por lo tanto es indiscutible, voy á ocuparme del elemento comercial.

La riqueza de la Isla es incalculable, aquí el hombre que es trabajador y cuenta con algunos recursos, bien para dedicarse al comercio ó á la agricultura, pues la industria en grande es—

cala en realidad aquí no existe, en poco tiempo consigue verse dueño de una regular fortuna; pero el afán de enriquecerse demasiado pronto, ha hecho cometer al comerciante y al agricultor en grande escala, explotaciones tan inicuas que en ninguna parte del mundo pueden realizarse más que aquí.

—Creo que usted exagera bastante sus apreciaciones.

—No, señor; voy á convencerle de la veracidad de cuanto le digo.

—¿Se ha fijado usted del modo con que en la mayoría de los ingenios tienen montados sus servicios?

—Conozco algunos detalles, pero nada más.

—Pues bien; ya sabe usted que el trabajador ha de comer en las cantinas ó fondas que existen en todos ellos, por lo cual se le descuenta del exiguo jornal, que desde hace algunos años no excede de un peso diario, cantidad superior al valor de los alimentos que se le dan cuya calidad y condimentación dejau mucho que desear. La bodega le facilita tabaco, licores y ropas, ¿i qué precio lo hace? Mucho más caro que si se comprase al contado. Cuando llega el momento de pagar, lo primero que se hace es descontarle al trabajador el importe de todo lo recibido.

—¿Cómo se trata á los operarios en los ingenios?

—Si se exceptua que en sus espaldas no descarga el mayoral los golpes de su látigo, con escasa diferencia lo mismo que á los negres en época de la esclavitud.

Estas palabras me recordaron una escena que presencié en Aguada de Pasajeros en Enero de 1897, llegó á dicho poblado un tren procedente del ingenio Indio, deteniéndose su marcha en uno de los costados de la plaza principal del pueblo, de una

de las vagonetas dos trabajadores descendieron un hombre liado en una manta de algodón á modo de fardo, depositándolo en el suelo muy cerca de los rails de la vía. Hecha esta operación, el tren continuó su marcha, poco después aquel ser á quien los rayos del sol caían de plano, comenzó á demandar socorro con voz débil, dos soldados acudieron en su auxilio encontrándole en estado agónico, pues á los pocos segundos falleció.

Aquel hombre era un español operario del Indio, á quien por orden del dueño de la finca le trasladaron de aquel modo, dejándolo completamente abandonado, pues no se dió tampoco aviso á las autoridades del pueblo, se sintió repentinamente enfermo y el dueño de la finca, para verse libre de un operario que ninguna utilidad podía producirle, se desembarazó de él, empleando un medio que no halló palabras con que calificarlo.

Después de esta digresión prosigo el relato.

—Sabe usted también que á los hijos del país, se nos acusa de viciosos y holgazanes,—prosiguió diciendo mi interlocutor. —Desgraciadamente no puedo negar que estas acusaciones hay bastante motivo en que fundarlas.

—La fertilidad de nuestro suelo es tanta que nos produce mucho á poco que le trabajemos *los sileros*, los que hemos cultivado por nuestra cuenta, nunca ha faltado quien nos proporcione lo que necesitábamos. Las bolegas nos facilitaban á crédito viveres, ropas, útiles de labranza y hasta dinero, pero ¿en qué condiciones? apuntando en los libros cantidades mucho mayores de las que percibíamos, ó sea como en el país se dice, *apuntando con tenedor*. Esta facilidad en hallarlo todo nos era más perjudicial que beneficiosa, pues además ¿de que el producto de nuestra labor iba íntegro á poder del *generoso* bole-

guero, destruía en nosotros el espíritu de economía, no haciéndonos nunca pensar en el mañana, que tanto preocupa á los espíritus ahorrativos.

—Las censuras que usted dirige á los agricultores y comerciantes españoles, ¿también son aplicables á los hijos del país?, pues según mis noticias, el mismo procedimiento han empleado unos que otros.

—Es verdad, pero los criollos son una ínfima minoría. El elemento español lo tiene acaparado casi todo.

—Yo no le censuro por ello, nosotros estamos, si se quiere, en mejores condiciones que ellos, y buena prueba es que el criollo que quiere trabajar también se enriquece. Desgraciadamente puedo citarle pocos cubanos que con su trabajo se hayan enriquecido, en cambio conozco muchos que perdieron la fortuna heredada de sus padres.

Libertinaje y arbitrariedad

—Ustedes acusan á los españoles de tiranos y sin embargo ningún país del mundo disfruta las libertades de que gozó Cuba antes de la guerra.

—¡Libertad! ¡Libertad!—repitió el criollo dejando que sus labios se contrajesen dibujando amarga sonrisa.

—La libertad que hemos gozado en Cuba no merece tal

nombre; debe llamarse libertinaje. Es cierto que aquí ha habido una libertad tan amplia que en ella cabían todos los vicios. En todas las bodegas del campo había sus correspondientes cuartos destinados al juego, una nube de tabures de mala ley inundaba el país estableciendo *timbas* allí donde les parecía lugar á propósito para su negocio; de todo esto tenían perfecto conocimiento las autoridades de la Isla, y muy pocas veces trataron de impedir el juego, por la sencilla razón de que el funcionamiento de las *timbas* era para ellas un negocio muy productivo.

Otra de las diversiones del criollo son las peleas de gallos, usted debe haber presenciado algunas, y por lo tanto visto las enormes cantidades que se cruzan en las apuestas, estas peleas que llegaron á perseguirse con verdadero entusiasmo en los campos y pueblecillos de poca importancia, se permitían sin dificultad alguna en los poblados que tenían iglesia, semejante medida fué dictada á indicaciones del clero, pues sabiendo éste la desmedida afición á las peleas de gallos, apeló á este medio para obligar á los vecinos á construir por su cuenta esos barracones de madera que nos sirven de templos, á la sombra de los cuales se han construido los circos gallísticos.

Todo cuanto acabo de decirle resulta pálido si se compara con los pelgros á que con sobrada frecuencia se hallaba siempre expuesto el campesino honrado y trabajador.

La libertad con que el vicio se ejercía, engendró la formación de cuadrillas de holgazanes, las cuales para sostenerle, acudieron al robo; en todas las comarcas había bastante número de *sitieros* que en vez de trabajar sus tierras, se dedicaban á robar las del vecino, los robos de ganado estaban á la orden

del día, y no había labrador que tuviese sus caballos ó bueyes seguros, generalmente los autores de estas cateterías eran pocas veces habidos, la impunidad en que estos delitos quedaban dió alientos á muchos para cometerlos...

—De lo que Vd. acaba de decirme no tiene la culpa España ni el elemento español.

—Eso cree Vd., pero yo opino lo contrario y voy á demostrarlo. Las cuadrillas de bandidos que han infectado la isla, necesitaban auxiliares que les sirviesen de espías y confidentes y estos servicios nadie mejor que los rateros podían desempeñarlos *los plateros*, que así se les llama, tenían con sus fechorías aterrorizadas á las gentes del campo, las cuales no se atrevieron nunca á denunciarles por miedo á ser víctimas de su venganza. Si el Gobierno español hubiese garantizado en debida forma la seguridad personal de los que vivían en los campos, el bandolerismo no hubiese podido existir; pero no sólo estaba la seguridad personal sin garantir, sino también dejaron que muchos bandidos se librasen de la acción de la justicia, permitiéndoles abandonar la Isla, para lo cual se les entregó el correspondiente salvo conducto...

Esto le parecerá á Vd. increíble, pero no soy yo sólo quien lo dice, lo ha dicho también en letras de molde un oficial de la Guardia civil, y hasta la fecha nadie de los que han ejercido autoridad en la Isla se ha tomado el trabajo de negar las terribles acusaciones hechas por el citado oficial.

¿Ahora dígame Vd. si era ó no culpable la administración española de la existencia del bandolerismo?

Punible abandono

—Otrá de las cosas que llama la atención de todos los que llegan á esta Isla, es ver el punible abandono en que se encuentran las obras públicas. Si prescindimos de las pocas y no muy buenas que hay en la provincia de la Habana, en el resto de la Isla no existe una mala carretera ni un camino vecinal, nada que pueda facilitar el tráfico siquiera en medianas condiciones, los puentes son completamente desconocidos, fuera de los ingenios en los cuales han sido construidos por los dueños de las fincas.

En nuestros puertos no se ve un muelle que merezca el nombre de tal, ni una draga que limpie sus fondos, las comarcas interiores no pueden cultivarse en grande escala por falta de vías de comunicación que faciliten la salida de los productos, así es que tierras feracísimas que podrían producir tabaco ó azúcar en abundancia hemos tenido que convertirlas en potreros.

En nuestras poblaciones se desconocen por completo los servicios de higiene pública, la urbanización está completamente abandonada, y en muchas ciudades los propietarios edifican como les da la gana, la ornamentación pública son los montones de basura que el vecindario deposita en las calles,

los animales muertos se abandonan en cualquiera parte y nadie se preocupa de que sus pestilentas emanaciones sean una continua amenaza para la salud pública, afortunadamente las auras se encargan pronto de dar fin á la carne podrida y ellas son las encargadas de velar por la salud pública.

Siendo este país un emporio de riqueza, creo que los municipios y las diputaciones hubiesen encontrado sobrados recursos para urbanizar los pueblos en debida forma, para construir vías de comunicación, en una palabra, interesarse por el desarrollo de la riqueza y prosperidad de la Isla ¿Qué han hecho los administradores de todos los ramos? Salvo muy raras y honrosas excepciones, robar todo lo que han podido.

Estando casi todos los destinos de la administración de la Isla en poder de españoles, no debe á usted extrañarle que los hijos del país culpemos única y exclusivamente á ellos de cuanto malo sucedía.

Religión é Instrucción

—El clero no ha sido para nosotros un lazo que fortaleciese nuestro amor á España, sensible es decirlo, pero la mayor parte de los sacerdotes que han venido á Cuba distan mucho de ser un modelo en su clase, también en ellos ha imperado el afán de lucha.

Viven en la isla un gran número de familias formadas sin intervención del sacerdote, sin casar civil ni canónicamente, matrimonios chiquitos, que nosotros llamamos, ¿sabe usted por qué? por la sencilla razón de que los sacerdotes exigen crecidísimas sumas por la celebración de una boda, de las que el campesino no puede disponer, casi otro tanto ocurre con los bautizos; así es que entre nosotros es moneda corriente el prescindir de la Iglesia y el amontonamiento no suele estar mal visto.

En cuanto á nuestra educación y prácticas religiosas, creo inútil decirle nada, pues demasiado sabe Ud. que en los pueblos del campo son muy contadas las personas que se preocupan de cumplir con la Iglesia. Nuestras creencias religiosas son bastante indefinidas, el cristianismo las sirve de base, pero hemos mezclado en él una porción de creencias supersticiosas y groseras que lo han adulterado por completo.

Por lo que á la instrucción pública atañe, el abandono no puede ser más manifiesto, pues la mayoría de los habitantes del campo y un crecido número de las de las ciudades, no saben leer ni escribir.

Esta ignorancia en que se ha tenido al pueblo, ha sido á mi juicio, el factor más importante que tuvo el elemento separatista para provocar la guerra, los directores del movimiento insurreccional, lo fueron preparando por medio de la propaganda, en libros y en folletos exageraron los males que pesaban sobre la Isla, hicieron ver que los españoles eran unos explotadores y unos tiranos y el pueblo, en su ignorancia, no sabiendo descartar las exageraciones con que se le pintaron

los males, creyó de buena fe ser verdad absoluta é indiscutible todo cuanto se le dijo.

—Cierto, la insurrección ha sido en muchas regiones un levantamiento en masa. La guerra se ha hecho con un odio y un encarnizamiento que no puede calificarse, pero ustedes no han ganado nada.

—Es verdad, nosotros no hemos vencido, España ha perdido la isla y Cuba no ha hecho otra cosa más que cambiar de dueño.

—¿Y ustedes se resignan á vivir bajo el dominio de los Estados Unidos?

—No.

—Para ser independientes forzosamente han de sostener una nueva campaña y no creo que se encuentren en estado de seguir luchando.

Declaraciones importantes

—Hace un año la insurrección puede decirse que estaba aniquilada por completo, acosado constantemente por las tropas españolas era materialmente imposible permanecer tranquilos en el campo. El hambre y las enfermedades disminuyeron nuestras filas, hasta el punto que, partidas como la mandada por Rego, en poco tiempo, de unos 800 hombres que contaba, quedó reducida á 200 escasamente.

Casi toda la gente que operábamos en las Villas íbamos á caballo, unas veces las sorpresas de las columnas y otras la fatiga que continuamente soportaban, nos hizo perder el ganado en muy poco tiempo. La pérdida de un caballo nos era casi imposible reponerla, pues ya no los hallábamos en ninguna parte.

—¿No les recibían ustedes de los pueblos?

—Algunas veces, muy pocas, nos facilitaban alguno, otras agazando el ingenio y corriendo el peligro de perder la vida, los robábamos en los pueblos burlando la vigilancia de los fuertes. El hambre nos obligó muchas veces á sacrificar los caballos y su carne fué en muchas jornadas nuestro único alimento.

No habiendo ningún punto seguro donde depositar nuestros enfermos ó heridos, al llegar el momento de la huida nos era forzoso dejarlos abandonados á su suerte, muchos de estos infelices hallaron la muerte ocultos en el monte, sin tener quien pudiese proporcionarles el más mínimo socorro.

Desvastados los campos, destruidas nuestras siembras, muy vigiladas las poblaciones para que no nos pudiesen facilitar recursos, desnudos, descalzos, sin medicamentos, en una palabra, sin nada de lo mucho que habíamos de menester, cundió la desmoralización en nuestro ejército, hasta el punto de renegar muchos de la hora en que empuñaron las armas contra España. Los esfuerzos hechos por los jefes para reanimar el espíritu del soldado eran completamente inútiles, en todas las partidas se registraban continuas deserciones, y más se hubiesen acogido á indulto á no impidió la extremada vigilancia que sobre ellos se ejercía. Esta era nuestra situación durante los últimos tiempos del mando en la Isla del general Weyler, si continúa en ella dos meses más, la insurrección no hubiese tenido más remedio que sucumbir sin condiciones, pues ya nos era de todo punto imposible seguir luchando.

—Si ustedes lo creían así, ¿por qué prolongaron la lucha?

—Porque esperábamos la intervención de los Estados Unidos, intervención anunciada desde hacia mucho tiempo.

—Entonces no tienen ustedes que quejarse si ellos mantienen su soberanía sobre la Isla.

—Sí, señor, porque ellos nos prometieron la independencia, por la cual hemos luchado, para cambiar de dueño no se sostiene una campaña como la que hemos sostenido. De no ser

independientes, la mayoría de nosotros preferimos el pabellón español al americano.

—Conformes, pero ¿qué medios tienen ustedes para conquistar su independencia?

—Hoy muchos más que para seguir luchando contra Weyler. La suspensión de hostilidades dictada por el general Blanco fué para nosotros una ventaja incalculable, gracias á esta medida pudimos engrosar nuestras filas, recogiendo los dispersos que vagaban por los montes, recibiendo gente y auxilios que llegaban de los poblados y reponiendo nuestras fuerzas con el descanso. Al estallar la guerra con los Estados Unidos, en pocos días se nos incorporaron más de tres mil hombres, la mayor parte procedente de las fuerzas movilizadas, los cuales se presentaban armados y equipados; aun así nuestra situación no tenía nada de halagüeña, pues el hambre seguía acosándonos. Hoy hecha la paz aun seguimos careciendo de muchas cosas, como lo denuncia la suciedad y mal estado de mi traje.

—No lo crea usted así, y si ellos persisten en dominar la Isla, la guerra estallará dentro de pocos meses.

—Pero ¿quién les facilitará armas y municiones?

—España nos dará muchas más de las que necesitamos.

—¡Imposible! España no hará una cosa semejante.

—Lo está ya haciendo. Diariamente salen de sus parques miles de cartuchos y centenares de armas compradas por nuestros amigos. Dichos pertrechos se depositan en sitios solamente conocidos por unos cuantos. Hoy los valles de Sigüenza ocultan algunos millones de cartuchos y más de 10,000 fusiles remington. En la Habana hemos comprado algunas piezas Plazencia de montaña vendidas por el Gobierno español.

—Pero ¿no comprenden ustedes que si la lucha es larga, no teniendo quien les auxilie han de acabárseles muy pronto los recursos?

—Nada de eso. Si estalla la guerra con los Estados Unidos ésta no podrá prolongarse arriba de un año. Sus soldados no tienen el valor ni la abnegación del español. Esos mocetones rubios y fornidos no resisten un mes operando por esas lomas (señaló las de Sigüenza), á las cuales es imposible transportar los víveres que esa gente necesita para su consumo, allí no es fácil llevar tiendas de campaña ni cocinas de hierro, y un ejército acostumbrado á comer bien no puede operar donde los víveres escaseen.

En caso de lucha lo único que pueden hacer los americanos es defender las grandes poblaciones, y dejarnos á nosotros en dominio de los campos, volviendo á sembrar ellos nos facilitarán cuanto necesitamos. Si el país no tiene tranquilidad, el comercio permanecerá paralizado y por lo tanto siendo este el primer objetivo de los yanquis al apoderarse de Cuba, una vez convencidos que su dominación no les produce ningún beneficio, se retirarán renunciando al dominio de la Isla, conformándose solamente con ser protectores de su independencia.

Mala política

—Si como usted me asegura piensan defender á todo trance la independencia de la Isla, no me explico el encono con que persiguen á los españoles que han defendido la bandera de su patria y á los criollos que pelearon á su lado.

—Tiene usted razón, los asesinatos que se han cometido los deploro con toda mi alma, esas son venganzas mezquinas, que además de no reportarnos ningún beneficio, sólo pueden ser provechosas á los americanos.

—¿Qué beneficios pueden reportarles?

—Más de los que usted cree.

En primer lugar, esos asesinatos atemorizan á muchos peninsulares, por lo cual abandonan la Isla, dejando así el campo más libre al comercio americano. En segundo, esas venganzas lejos de apagar unos odios que todos debíamos hacer lo posible por extinguir cuanto antes, les avivan, y en caso de lucha, el elemento peninsular se pondría de parte de los americanos; la falta de trabajo y medios de subsistencia obligaría á muchos españoles á empuñar las armas, y lógica es que si nosotros les perseguimos han de ponerse al lado de los yanquis.

Siendo aquellos gente avezada á la lucha, con ellos podrian formarse un núcleo de guerrillas, para nosotros mucho mas terribles que todas las fuerzas americanas.

Comprendiendo todo esto, muchos de nuestros generales, no se causan de proclamar la unión que debe existir entre nosotros y el elemento español; pero esto no lo quieren comprender ciertos elementos que no han tenido valor para empuñar las armas y ahora predicán el exterminio de los españoles.

El haber terminado los guerrilleros el farrageo, puso término á la conversaci3n que sostenía y me separé de mi interlocutor, sintiendo que aquella no habiese podido prolongarse alg3n tiempo más.

XXVII

Final

La llegada á Cienfuegos de las tropas americanas, el establecer éstas su campamento en las inmediaciones de Caunas, puso de manifiesto la poca cordialidad que existía entre las tropas del Norte y los cubanos. En primer lugar comenzaron por negar á éstos la entrada en sus campamentos, mientras el soldado español seguía compartiendo con el paisanaje su miserable rancho, los americanos enterraban las sobras del suyo, para impedir que un pueblo hambriento pudiese aprovecharse de ellas.

Diariamente acudían á Caunas numerosos pelotones de soldados americanos que afanosamente buscaban á los españoles procurando sostener conversación con ellos, en la cual después de hacer multitud de elogios de su valor, terminaban diciendo que ellos ya no eran nuestros enemigos, antes al contrario, nos profesaban amistad y admiración.

Un botón de uniforme, una cruz, un número, cualquier objeto nuestro que caía en sus manos era para ellos un recuerdo

de valor y estinación. Si incidentalmente se les hablaba de los insurrectos, diciéndoles que eran sus amigos y aliados, respondían despreciativamente calificándolos de canallas, cobardes y bandidos, de gente más hábil y diestra en el robo que en la guerra, agregando:

—Nosotros ya sabemos que dicen no les inspiramos ningún temor, pues ellos á los únicos que temen es á los españoles, dicen también que para batirse con nosotros no necesitan fusiles, les sobra con el machete; pueden pensar como les dé la gana, cuando llegue la ocasión ya les demostraremos lo contrario.....

Soldados españoles y americanos llegaron á fraternizar hasta el punto de vérselos beber juntos en las bodegas y entre ellos no llegó á haber una sola reyerta.

Fin de la dominación

En la noche del 31 de Diciembre de 1898, fué arrancado por nosotros el escudo de armas que ostentaba la fachada de la casa cuartel de voluntarios del poblado de Caunao, los dos leones de yeso que le sostenían fueron hechos mil pedazos, el asta bandera desapareció de su sitio; y si mal no recuerdo, la bandera que izaba quedó en poder del teniente coronel de Vizcaya, tal vez como recuerdo de los últimos emblemas de España que flotaron en Cuba.

El sol del 1.º de Enero no alumbró nuestro pabellón en el pequeño poblado. Al dar las doce del día, en algunas casas y comercios se enarbolaron banderas americanas y cubanas, pero no se oyó una frase ni un grito que fuese ofensivo para España ni para su ejército; nosotros ya no dominábamos en la Isla, pero seguíamos resueltos á no permitir que nadie nos insultase.

A España

A mediados de Enero llegó á Cienfuegos el general Giménez Castellanos, apresurando con su presencia las operaciones de embarque.

Una de sus primeras medidas fué la de entregar á los cuerpos el importe de la consignación de un mes, gracias á lo cual pudo atenderse á las necesidades del soldado, pues de prolongarse algunos días más la falta de recursos, por lo que á mi batallón se refiere, difícilmente se hubiese podido dar de comer.

Dispuso también el general Castellanos que ingresasen en las cajas de los cuerpos el importe de tres pagas para los sargentos, cabos y soldados y dos para los jefes y oficiales, los cuales nos serian entregadas á nuestro arribo á la Península, siendo este el único dinero que en Cádiz percibió la tropa del batallón de Burgos.

Cuando en la tarde del 30 de Enero mi batallón pasó á bordo del vapor francés *Los Andes* el corazón se nos llenó de júbilo, había llegado para nosotros el codiciado instante de regresar á España.

Desde la bahía de Cienfuegos contemplábamos las altas lo-

mas de Sigüenza y ellas traían á nuestra mente los recuerdos de las fatigas pasadas y el de los muchos compañeros de armas que allí encontraron la muerte...

La desgracia fué en todo nuestra inseparable compañera, la compañía Trasatlántica nos trajo á España casi en las mismas condiciones con que hubiese conducido un rebaño de cerdos.

La generosidad del Gobierno español ha sido tanta que escatiana el pago de los alcances del pobre soldado.

Es verdad que no son capitalistas, no poseen títulos de la deuda, no han dado dinero para la guerra, dieron su sangre y las deudas de esta índole en España no se pagan.

FIN

Advertencia al lector

Impresa y hecha la tirada de los pliegos correspondientes al capítulo en que me ocupó del general Arolas, tuve noticia de su muerte, acaecida casi repentinamente. Siento por esta razón haberle tratado con alguna dureza.

Descanse en paz.

EL AUTOR

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Antes de empezar.	5
I—Mis primeras impresiones.—El León de la Trocha. —Alimentación —Otras gangas. —Indagaciones. —Se rompe la Trocha.	13
II—La Cabaña.	30
III—Las guerrillas —Guerrillas de ejército.	42
IV—Mi guerrilla.	50
V—Weyler y el papel moneda.	56
VI—Una marcha penosa.—El general Pina.	61
VII—La reconcentración.	68
VIII—La primera derrota.	77
IX—Vamos viviendo.	81
X—Como se mata un batallón.	88
XI—La jornada de la muerte.	97
XII—La Siguanea.	105
XIII—A poner remedio.	113
XIV—Los hospitales.	124
XV—Adiós á la Siguanea.	132
XVI—Tres combates en cuatro días.	158
XVII—Amigos y paniaguados.	145
XVIII—La Administración Militar.	154
XIX—Los depósitos de transeuntes.	163
XX—El primer armisticio.	169
XXI—La guerra con los Estados Unidos.	176

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
XXII—Fortificación y bombardeo.	182
XXIII—Eufusismos de Real orden.	100
XXIV—El desastre.	198
XXV—Fuera caretas.	205
XXVI—Nosotros y ellos.—Revelaciones.—Libertinaje y arbitrariedad.—Posible abandono.—Religión é instrucción.—Declaraciones importantes.—Mala política.	214
XXVII—Final.—Fin de la dominación.—A España. . . .	232
Advertencia al lector.	237

Casa Editorial Martínez; San Pablo, 30—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS Y EN VENTA

BIBLIOTECA DEL SIGLO XX

Elegantes volúmenes tamaño Regente, á 60 cénts. tomo

PAUL FEVAL.—Los compañeros del silencio.	Un tomo.
» » Los bandidos de los Abruzos.	» »
» » Los amores de Angélica.	» »
» « El Rey de la Noche.	» »
ALFONSO DAUDET.—Cartas desde mi molino.	» »
LEON TOLSTOY.—Año y Criado.	» »
E. CONSCIENCE.—El Posadero de Aldea.	» »
A. DE LAMOTHE.—Memorias de un deportado á la Isla del Diablo.	» »
CONDESA DE GENLIS.—La Casa Misteriosa.	» »
VICTOR HUGO.—La Piedad Suprema. El Papa.	» »
STEPHENDAL.—La Cartuja de Parma.	» »
MAXIMO RUDE.—La víctima del Convento.	» »

BIBLIOTECA FESTIVA

á 50 céntimos tomo

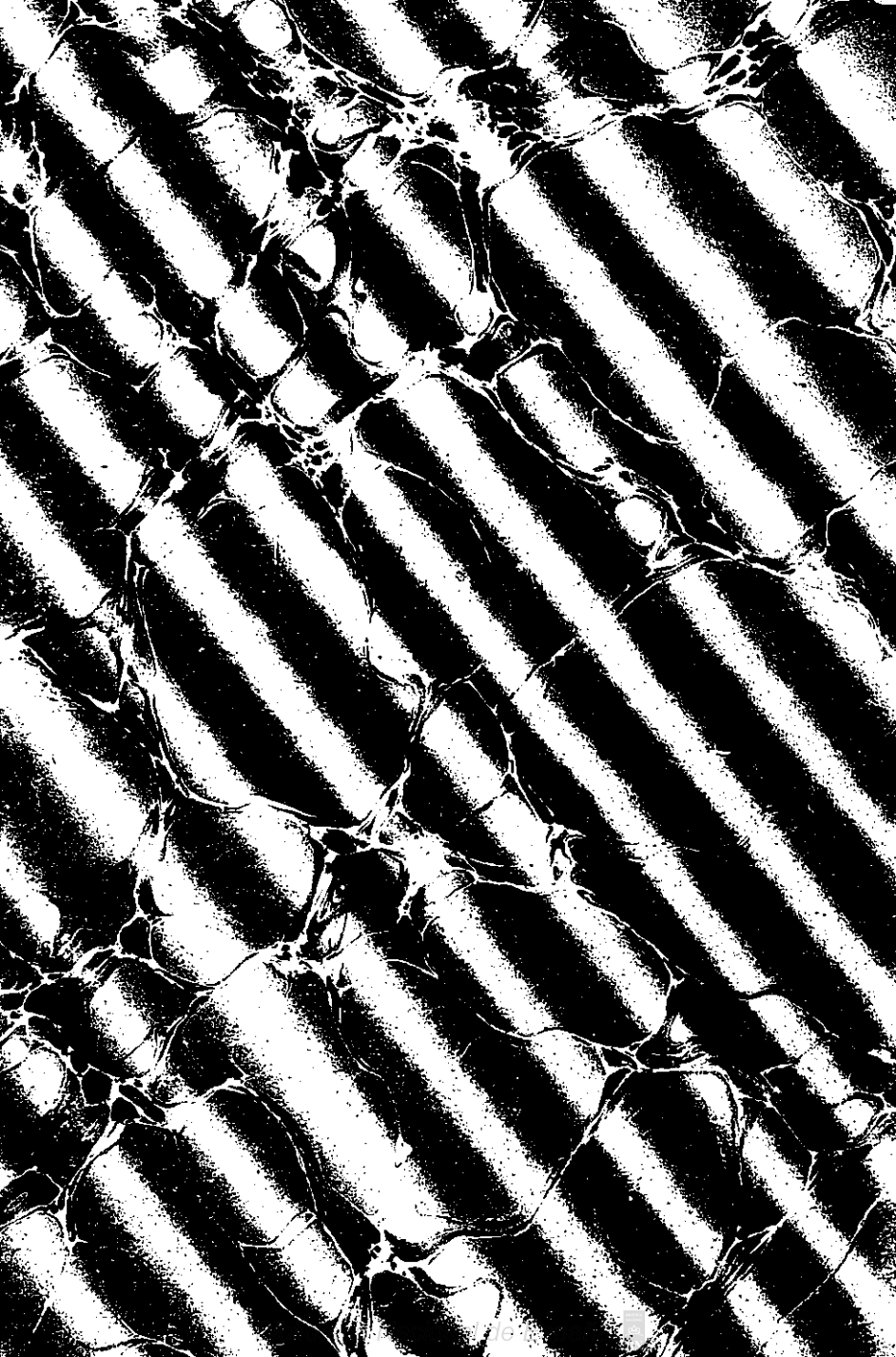
Escritos jocosos de Quevedo.	Un tomo.
Leyes secretas del amor (traducción de un tratado indio)	» »
Reglas del amor (traducción del árabe).	» »
Cuentos del Harem.	» »
Amores de un Paje del Siglo XIV.	» »

HISTORIA DE LA PROSTITUCIÓN

por Manuel Gil de Oto —Un tomo en 4.^o, con 70 grabados y encuadernado en plancha, 24 reales.

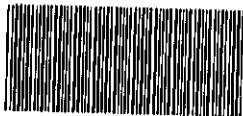
MARAVILLOSOS SECRETOS DE ALBERTO EL GRANDE

Única edición española con grabados, 4 reales.





BIBLIOTECA NACIONAL



1000546692



68053856086